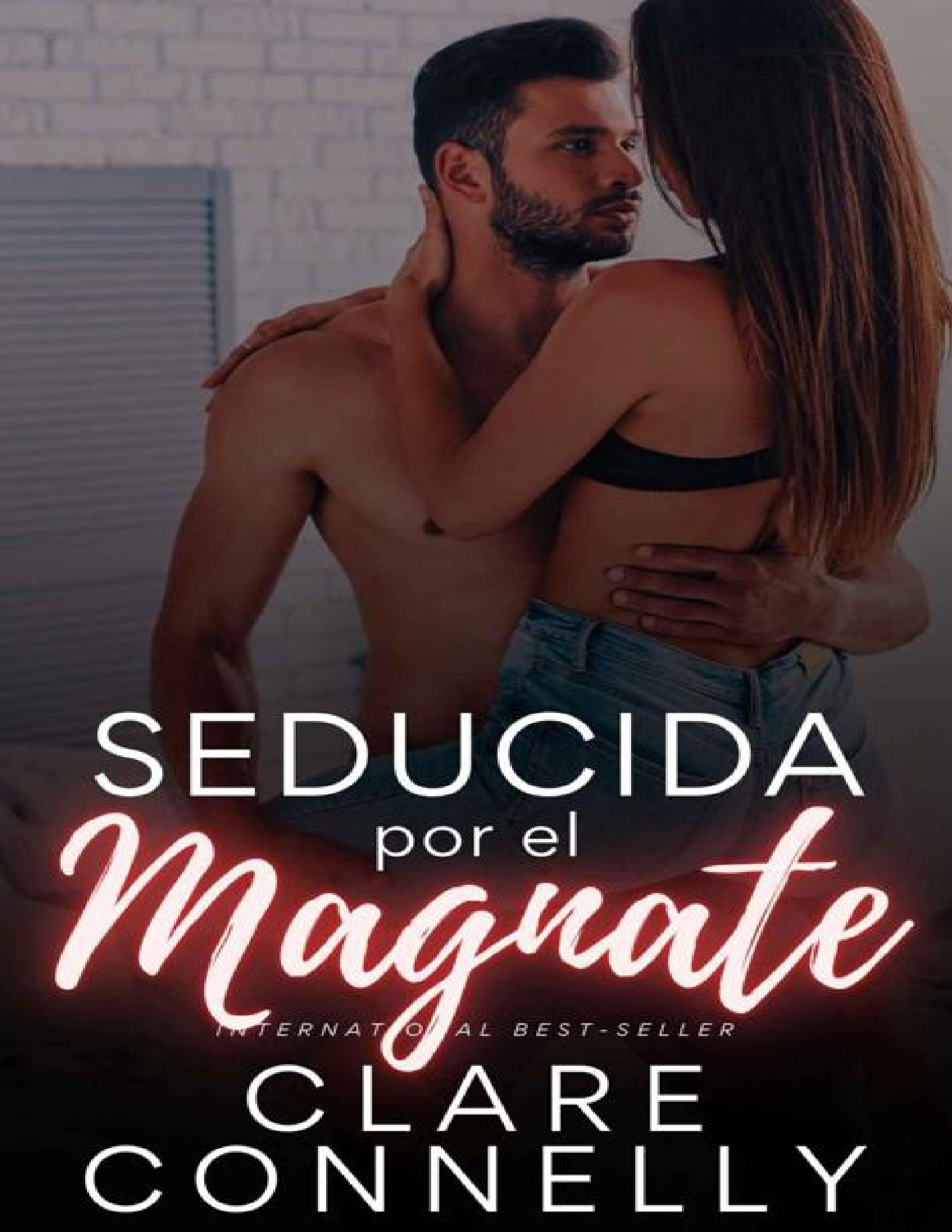

SEDUCIDA por el Magnate

INTERNATIONAL BEST-SELLER

CLARE CONNELLY

Seducida por el Magnate

Clare Connelly

Contents

Sobre la autora

Seducida por el Magnate
- Copyright
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce
- Trece
- Epílogo

Extracto
- Seducida por su Falso Prometido Multimillonario
- Uno

Libros de Clare Connelly
Únete al Club

Audiobooks

Clare Connelly creció en un pequeño pueblo rural de Australia. Rodeada de selvas tropicales y viejas casas de madera destartaladas, la magia impregnaba el aire, y las historias y la narración formaban una gran parte de su infancia.

Desde muy temprana edad, Clare se dio cuenta de que sus libros favoritos eran las historias de amor, y leía vorazmente. Desde Jane Austen hasta Georgette Heyer, pasando por Mills & Boon y (más recientemente) 50 Sombras, Clare es una devota del romance. Escribió su primera novela a los quince años (si la memoria no le falla, trataba sobre una glamurosa modelo de moda que se enemistaba con un diseñador de alto nivel. Saltaban chispas, la ropa volaba aún más rápido, y nacía el amor).

Clare tiene una pequeña familia y un bungalow cerca del mar. Cuando no está persiguiendo a sus pequeños y enérgicos hijos o limpiando huellas de dedos de los muebles, está escribiendo, pensando en escribir o deseando estar escribiendo.

A Clare le encanta conectar con sus lectores. Visita **www.clareconnelly.co.uk** para suscribirte a su boletín o unirte a su página oficial de Facebook.

Icono de Facebook Facebook
Icono de X (Twitter) X (Twitter)
Icono de Instagram Instagram

Seducida por el Magnate

Copyright

Todos los personajes de este libro son ficticios y no existen fuera de la imaginación muy vívida e incesante de la autora. No tienen relación con ninguna persona que lleve el mismo nombre o nombres y son pura invención (muajajaja).

Todos los derechos reservados. El texto de esta publicación o cualquier parte del mismo no puede ser reimpreso por ningún medio sin el permiso del Autor.

La ilustración en la portada de este libro presenta modelo/s ardientes o ilustraciones de modelos y, por muy hermosos que sean, el/los modelo/s presentados no tienen relación con los personajes descritos en el interior.

Primera publicación 2023

(c) Clare Connelly

Crédito de portada: adobestock

Contacta a Clare:
http://www.clareconnelly.com
Blog: http://clarewriteslove.wordpress.com/
Correo electrónico: clare@clareconnelly.co.uk

Sigue a Clare Connelly en facebook para todas las novedades.

Únete al boletín de Clare para mantenerte al día con las últimas noticias de CC. www.clareconnelly.com

Uno

NO ERA LA PRIMERA vez que Portia se colaba en el ático del problemático Marco Santoro, pero la experiencia no lo hacía más fácil. De hecho, era diez mil veces peor, porque cada una de las tres veces que había tenido que hacer esto había sido inquietante de una manera nueva y diferente.

La primera vez fue cuando entró y lo encontró de pie en la cocina vistiendo solo unos bóxers que dejaban muy, muy poco a la imaginación. Luego estuvo la vez que llegó mientras él estaba en medio de una partida de póker con amigos y la testosterona en la habitación casi la hizo vomitar. Pero sin duda la peor fue hace un mes cuando su jefe Dante Santoro le pidió que fuera al apartamento de su depravado hermano menor para obtener la contraseña de algunos documentos protegidos y encontró a Marco en el jacuzzi con una mujer que Portia estaba bastante segura de reconocer de una valla publicitaria en Leicester Square que pasaba en su ruta de running casi todas las mañanas. Ambos estaban desnudos, suponía, aunque no se acercó lo suficiente para constatarlo.

Así que fue con cierto temor que golpeó, esperó, deseando contra toda esperanza que este fuera el día en que realmente respondiera a la puerta, vestido con algo más que bóxers, firmara los malditos documentos que se suponía que debía revisar a principios de semana, y ella pudiera irse.

Excepto que... nada.

Golpeó de nuevo, más fuerte, más alto, murmuró entre dientes:

—Vamos, hijo de puta perezoso —rechinó los dientes, luego a regañadientes metió la mano en su bolso y sacó la llave que su jefe le había dado la primera vez que la envió allí, mientras le ofrecía una tímida disculpa.

Dante Santoro, CEO de Santoro Enterprises, implacable multimillonario, rara vez era tímido. De hecho, rara vez era algo más que arrogantemente brillante, excepto cuando tenía que pedirle a Portia que tuviera algo que ver con Marco Santoro.

Había conocido a todos los hermanos Santoro, y a los padres, y primos. En un negocio familiar como este, era imposible evitarlo, y había sido la asistente ejecutiva de Dante durante dieciocho meses, lo que le dio tiempo suficiente para haber estado expuesta a todo tipo de miembros de la familia Santoro. Todos eran iguales, con su cabello oscuro, ojos oscuros, piel morena, cuerpos fuertes, personalidades confiadas y encantadoras.

Todos excepto Marco, que habitualmente llegaba tarde a las reuniones de la junta, si es que se molestaba en venir. Y en lugar de los trajes a medida que el resto de la familia usaba como algo habitual, Marco, estaba bastante segura, no poseía nada ni remotamente tan restrictivo como una prenda a medida. Era más bien un tipo de jeans rasgados y camiseta. Una perenne barba de

tres días, el complemento perfecto para su cabello a menudo un poco demasiado largo.

Dejó escapar un suspiro impaciente mientras abría la puerta, dio un paso adentro y gritó:

—¿Hola?

Sin respuesta.

Genial.

Probablemente estaba tomando el sol con cualquier supermodelo que hubiera llamado su atención recientemente en Ibiza. Solo pensarlo hizo que la columna de Portia se enderezara.

Los hombres apestaban.

Todos los hombres, sin excepción.

Calculó que todavía estaba muy dentro del período de una mala ruptura como para permitirse rendirse a pensamientos tan amargados y cínicos. Solo habían pasado seis meses. Había pasado de estar comprometida y planeando su boda a darse cuenta de que su prometido no había entendido que la fidelidad era una parte esperada de su relación. También tenía una predilección por mujeres cuyas piernas eran demasiado largas y pechos demasiado grandes y ojos demasiado separados, y piel demasiado perfecta.

Con disgusto, Portia pasó por la gloriosa cocina de planta abierta con amplias vistas de Canary Wharf, ignorando las encimeras que estaban llenas de botellas de cerveza y cajas de pizza, hacia la sala de estar que parecía que debería haber estado en la portada de una revista de arquitectura con sus muebles escandinavos de mediados de siglo e impresionante arte renacentista.

—¿Marco? —llamó mientras dejaba de caminar, para que el taconeo de sus zapatos de tacón alto contra el suelo de baldosas no interfiriera con oír su respuesta.

—Soy Portia —llamó, con más esperanza—. Dante me envió.

¿Era posible que no estuviera en casa?

Un sonido amortiguado.

Viniendo de la dirección de, si no se equivocaba, su dormitorio.

Genial. Simplemente genial.

Cruzó los dedos sin darse cuenta, enviando una pequeña plegaria a los cielos para *no* encontrarlo en la cama con alguien. Sería demasiado reminiscente de haber entrado en su casa después de sucumbir a un malestar estomacal y necesitar salir temprano del trabajo, solo para descubrir que Jack también había llegado temprano a casa... y no solo.

Apartando esas horribles imágenes de su mente —habían pasado seis meses, ¿cuándo dejaría de ser torturada por eso?— siguió caminando, con una extraña sensación de retorcimiento en el estómago mientras se adentraba más en el impresionante hogar de Marco.

Olía encantador aquí abajo, se dio cuenta, reprimiendo un gemido ante el pensamiento no deseado. Era fresco, como un bosque, y cítrico, y mientras se acercaba a su dormitorio se dio cuenta de que el baño estaba nebuloso, como si solo hubiera sido usado recientemente para ducharse, y su gel de baño era el culpable de la fragancia.

¿Tal vez estaba despierto, no solo? ¿Tal vez se había duchado con alguien?

Su teléfono vibró y lo sacó de su bolso, revisando rápidamente el mensaje de Dante: *¿algún éxito?*

Si no fuera una de las asistentes ejecutivas mejor pagadas de Londres, pensó con una mueca, habría estado tentada de renunciar allí mismo.

Excepto que amaba su trabajo. Amaba trabajar con Marco, que era brillante, diligente, y respetaba su inteligencia y fortalezas profesionales lo suficiente como para frecuentemente estirarla mucho más allá de la carga de trabajo tradicional de una asistente. Siempre la estaba

desafiando, ofreciéndole oportunidades, invitándola a viajar con él. Esta era una de las raras ocasiones en que le había pedido que hiciera algo más parecido a un trabajo de peón. Y sabía por qué no subcontrataba este tipo de cosas a una de las asistentes del grupo, compartidas entre los ejecutivos.

Necesitaba discreción.

Marco era una especie de niño mimado de los medios, su encantadora y sexy persona de playboy combinada con la riqueza estratosférica de la familia, significaba que frecuentemente aparecía en los periódicos de escándalos y por todo internet. Sus citas —o sus aventuras— eran un asunto de gran interés, y la perspectiva de poder vender un chisme sobre su última conquista significaba que Portia era una de las pocas personas en las que Dante podía confiar para entrar en el santuario interior de Marco. Ella no se molestó en responder a Dante de inmediato; eso esperaría hasta que estuviera en un taxi abajo, con los documentos firmados.

Cuando no hubo respuesta a su golpe en la puerta del dormitorio, la empujó hacia adentro y echó un vistazo.

Las cortinas estaban cerradas, pero suficiente luz matutina se filtraba para distinguir la forma de Marco en la cama y, con alivio, vio que estaba solo.

Una sábana cubría su mitad inferior, aunque una pierna de piel bronceada y cubierta de vello sobresalía de la cama, y si miraba lo suficiente y seguía la línea de esa pierna hacia arriba, podría ver el contorno de su impresionantemente firme trasero silueteado por las sábanas de un millón de hilos.

—Marco —se paró junto a la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho, deseando que se moviera—. Dante me envió. Despierta.

Marco no se movió.

Genial.

Irritada e impaciente, se inclinó y le clavó un dedo en el hombro. Su piel estaba cálida y suave; su dedo se demoró un momento más de lo necesario, luego lo retiró como si se hubiera quemado.

Sus rasgos eran similares a los de Dante, pero de alguna manera diferentes. Dante era el hermano mayor, y su rostro tenía una angularidad dura, una simetría que hablaba de fuerza y también de agitación. O quizás la parte de la agitación venía de conocer su trágico pasado e imaginar que su pérdida y dolor estaban impresos en sus rasgos duros. O tal vez era porque rara vez sonreía, y sonreír podía cambiar la apariencia de una persona por completo. Dante parecía cargar el peso del mundo sobre sus hombros, mientras que Marco parecía ni siquiera saber lo que era cargar peso alguno. Era la personificación de lo despreocupado. Mejor dicho, descuidado.

Vivía como si cada día fuera el último en la tierra. Festejaba, coqueteaba, tenía aventuras, vivía el tipo de vida que uno esperaría que disfrutara una persona nacida en una obscena riqueza. Excepto que Portia sabía que también desempeñaba un papel valioso en la empresa, puramente en virtud del hecho de que era un genio certificado con un don de savant para los números. Podía lograr en veinte minutos de esfuerzo concentrado lo que a muchas personas les llevaría meses comprender, lo que significaba que se toleraba casi cualquier cosa de él.

—Marco —elevó la voz, le clavó el hombro de nuevo, pero esta vez él se movió, reaccionando rápidamente, una mano extendiéndose, agarrando su muñeca, los ojos abriéndose —borrosos pero de alguna manera enfocados— y clavándose en los suyos, haciéndola sentir como si hubiera quedado pegada al suelo.

—Portia —dijo su nombre con un toque de acento y su estómago se revolvió incómodamente —. Qué agradable sorpresa.

Sus dedos estaban envueltos alrededor de su muñeca y por razones más allá de su comprensión, Portia no se apartó. —Dante me envió —dijo, su voz extrañamente ligera.

Los ojos de Marco se estrecharon. —Trabajas demasiado.

—Para eso me paga tu familia —respondió con brusquedad, finalmente poniendo su cabeza en orden y apartando su mano—. Necesitas firmar estos papeles.

—¿Qué papeles?

—Estos —metió la mano en su bolso y sacó el sobre—. ¿Necesitas un minuto para vestirte? —sugirió, bajando los ojos por voluntad propia hacia su amplio pecho desnudo, persiguiendo el tatuaje que corría horizontalmente bajo su músculo pectoral derecho, la escritura cursiva tan difícil de leer ahora como lo había sido la primera y segunda vez que lo había visto medio desnudo.

—¿Quieres que me vista? —arrastró las palabras, moviendo una mano hacia su pecho, pasándola sobre el tatuaje, luego bajándola, por la línea media de su impresionantemente musculoso cuerpo, hacia la sábana.

Se le formó un nudo en la garganta. No podía tragar, no podía moverse, no podía apartar los ojos. Su mano bajó aún más, y su respiración se atascó en su garganta.

—Sí —dijo simplemente, tratando de averiguar a qué estaba respondiendo, si era la respuesta correcta, si era lo que había querido decir.

Él levantó una ceja. —¿Sí, qué?

Piensa, Portia, piensa. —Necesitas vestirte —soltó con alivio—. Te esperaré en la sala de estar.

Excepto que no se fue. Sus pies aún no cooperaban. Simplemente se quedó mirando su cuerpo, fascinada por su impactante perfección masculina. Marco no parecía alguien que hiciera ejercicio y sin embargo debía hacerlo, porque no había manera de que alguien tuviera este físico sin hacer algún tipo de esfuerzo.

—Puedo firmar los papeles aquí, ¿no?

—¿Aquí? —su voz era chillona. La controló con esfuerzo—. ¿En tu dormitorio?

Su risa fue un bajo rumor. —Suenas como si te hubiera propuesto sexo, *cara*. Relájate, no eres mi tipo.

Algo se clavó profundamente bajo sus costillas y la galvanizó a la acción. —Me alegro de oírlo. Créeme cuando te digo que tener a un hombre como tú atraído por mí sería todo un insulto. Esperaré en la sala. Date prisa.

Salió rápidamente de su habitación antes de que las lágrimas tontas pudieran brotar de sus ojos.

Habían pasado *seis meses*. ¿Cuándo se acabaría esta sensación de dolor, traición y rechazo? ¿De creer que no había sido suficiente para Jack? ¿Que si hubiera sido más divertida, espontánea, sexy, él no la habría engañado?

No eres mi tipo.

Sí, bueno, aparentemente tampoco había sido el tipo de Jack.

—Está bien, Portia —su voz arrastró las palabras, baja y ronca. ¡Maldita sea! No esperaba que saliera tan rápido. Parpadeó rápidamente, esperando que estuviera demasiado resacoso o borracho para notar las lágrimas que había tenido que contener, tomándose un momento extra para sacar el grueso fajo de papeles del sobre antes de colocarlos sobre la mesa.

—¿Tienes un bolígrafo? —preguntó, sin mirarla. Gracias a Dios. Le dio un momento para procesar el hecho de que se había puesto unos vaqueros, subido la cremallera pero descuidado el botón, lo que significaba que se sentaban peligrosamente bajos, revelando esos fascinantes

huesos de la cadera. Una camisa aparentemente había sido demasiado esfuerzo.

Ignoró estudiadamente su tatuaje.

—¿En serio? Esta es tu casa —murmuró, sacando uno de los tres bolígrafos que siempre tenía a mano—. ¿Qué clase de persona no tiene un bolígrafo disponible?

—Soy más un chico digital. Sigo diciéndole a Dante, esto se puede hacer en línea.

—Tu abogado quiere papel —espetó, cansada de todo de repente. De Jack, de su aventura, de la lealtad inquebrantable de su familia hacia él, de su insistencia en que era un buen tipo que solo había cometido un error, que merecía una segunda oportunidad. Como si Portia fuera una perra insensible porque había roto su compromiso y se negaba a mirar atrás. Estaba cansada de Marco también, de la forma en que vivía su vida y de alguna manera se salía con la suya, cansada de los hombres que actuaban como si las mujeres fueran prescindibles y solo sirvieran para una cosa.

—Me sorprende encontrarte solo —murmuró ella, pasándole un bolígrafo—. Creo que es la primera vez.

Él se encogió de hombros. —¿Te molesta?

—¿Que no haya alguna mujer desnuda aquí con la que lidiar? —preguntó ella.

—Que a menudo la haya —corrigió él, clavándole la mirada una vez más. Aguda, perspicaz, mucho más parecida a Dante de lo que a ella le gustaba.

Un escalofrío le recorrió la espalda; lo ignoró. —Realmente no me importa —dijo con rigidez—. Es tu vida.

—Parece que sí te importa —respondió él, dejando caer el bolígrafo sobre la mesa sin haber firmado los documentos—. O tal vez eres naturalmente muy mojigata.

Había algo peligroso en esta conversación, pero ella no lo rehuyó. Él estaba expresando sus temores más íntimos. Tal vez si pudiera entender *por qué* era tan mojigata, la infidelidad de Jack tendría sentido.

—Te equivocas.

—¿Sobre qué? —Se acercó más, con ojos moteados de ámbar y oro, bordeados de pestañas negras, sondeando los de ella—. ¿Sobre que no te importa? ¿O sobre que eres mojigata?

—Yo... —su lengua asomó, humedeciendo su labio inferior—. No lo sé.

Él pareció meditar eso. —¿Alguna vez has tenido sexo con un hombre en otro lugar que no sea un dormitorio?

Ella jadeó ante la pregunta. —Marco —su voz contenía una advertencia, pero la respuesta fisiológica a sus palabras no podía ser ignorada. Su corazón tembló, sus mejillas se sonrojaron, su sangre parecía correr por su cuerpo rápida y fuertemente—. ¿Cómo te atreves?

—Eso no es una respuesta.

El calor se agolpó entre sus piernas. Desvió la mirada rápidamente. —Yo...

—Es una simple pregunta de 'sí' o 'no'.

—Que no tienes derecho a hacer.

—¿Qué vas a hacer? —bromeó él, acercándose más, levantando un dedo hacia su cabello y colocándolo detrás de su oreja—. ¿Acusarme con mi hermano?

—¿Ir a Recursos Humanos? —respondió ella, pero su voz tembló y sus rodillas estaban aún peor.

—Podrías hacer eso —dijo él encogiéndose de hombros, luego se volvió hacia la mesa, tomó el bolígrafo y se dirigió al documento.

Sus oídos estaban llenos del sonido de la sangre corriendo y apenas podía pensar con claridad, pero no quería que firmara los documentos porque entonces tendría que irse y, por más extraña, incorrecta y totalmente inesperada que hubiera sido su conversación, también había

hecho que Portia se sintiera más viva y sensual de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Su corazón golpeaba contra sus costillas mientras el calor hacía casi imposible respirar.

—¿De verdad crees que soy mojigata? —preguntó, acercándose más, fingiendo que quería presenciar su firma. Él garabateó su nombre en la página, dejó el bolígrafo deliberada y lentamente, y se enderezó.

—He especulado sobre ello —dijo pensativo—. Exteriormente, sí, pero siempre ha habido algo en ti —continuó—. Algo que me hace pensar que podrías ser bastante salvaje debajo de todo esto —hizo un gesto hacia su traje gris.

Su interior tembló. Este era el hermano de su jefe. ¿O era técnicamente su jefe, dado que ella trabajaba para el negocio familiar? Lo que fuera. Era un completo sinvergüenza, un soltero que cambiaba de mujeres con más frecuencia que la mayoría de la gente cambia las sábanas. Definitivamente estaba fuera de su liga en términos de experiencia y, bueno, en prácticamente todo, en realidad.

Y sin embargo...

No se fue.

No quería irse.

Quería más de esto. Más de sentirse interesante. Sensual. De sentir que alguien como Marco podría haber estado realmente contemplando su lado salvaje, o la falta de él.

Era solo una cuestión de ego. El suyo había sido gravemente maltratado y magullado, y de repente vio una forma de sentirse mejor. Solo por un minuto. No podía ir mucho más allá de esto, pero solo dejar que él coqueteara con ella estaba haciendo algo por las profundas y dolorosas heridas de su alma.

Es tu jefe, más o menos, gritó una voz interior, pero Portia la ignoró.

—Creo —dijo, tardíamente, dándose cuenta de que él la estaba mirando, como esperando una respuesta—. Que te decepcionarías.

Sus ojos se encontraron con los de ella. —¿Eso es una invitación?

Ella jadeó, sin darse cuenta de haber dicho tanto, y sin embargo, básicamente, sí. Lo había estado invitando a probar su teoría, a comprobar por sí mismo la verdad de su especulación.

—Estoy preguntando —dijo él, después de una pausa, bromeando—. Para que conste. En caso de que Recursos Humanos solicite hablar conmigo.

Ella tragó saliva, su garganta moviéndose con el gesto, los ojos de él bajaron y se detuvieron allí. —No voy a ir a Recursos Humanos —dijo, levantando la barbilla.

—¿No?

Ella negó con la cabeza.

—¿Porque quieres que te bese? —preguntó él, con una sonrisa burlona y confiada en los labios que hizo que ella lo odiara incluso cuando lo deseaba con cada fibra de su ser.

—Yo... has besado prácticamente a todas las otras mujeres en Inglaterra, así que supongo que es justo.

Su sonrisa era tan sexy. Su estómago se retorció.

—¿Celosa?

Ella resopló. —¿De alguien como tú? Por favor.

—Suenas celosa.

—No lo estoy, créeme.

—No te creo. —Alcanzó el bolígrafo y el corazón de ella latió con fuerza. ¿Iba simplemente a firmar el documento? ¿Terminar con esto? ¿Sin besarla? Su interior se apretó. Se acercó más, mirando por encima de su hombro mientras él alcanzaba no los documentos sino el sobre en el

que ella los había traído y escribió: *Yo, Portia Mason, quiero ser besada por Marco Santoro.*

Su ritmo cardíaco se triplicó.

—Fírmalo, *cara*.

Ella lo miró desconcertada. —¿Por qué?

—Recursos Humanos —sonrió, pasándole el bolígrafo, sus dedos rozando los de ella haciéndola sobresaltar, con los ojos muy abiertos—. Solo para que no haya dudas.

—No voy a firmar eso.

—Entonces no te besaré.

Estaba atrapada. Podía alejarse, negarse a firmar el maldito sobre y nunca saber qué se sentía al ser besada por otra persona, seguir viviendo en un mundo donde las de Jack fueron las últimas manos que la tocaron, los últimos labios que poseyeron los suyos. O podía sucumbir, dejar que Marco la besara, averiguar si realmente tenía algún tipo de chispa sensual después de todo.

Era un experimento, puro y simple.

Con una mirada rebelde, tomó el bolígrafo. —Bien. Pero lo romperé después.

—Eso derrota el propósito —señaló él.

—¿Y cuál es ese? —Su mano se cernía sobre la página.

—Seguro.

No era estúpido de su parte. Él no la conocía, no conocía su ética y fibra moral, pero si en seis meses pasaba algo y la despedían, ¿qué le impedía ir a Recursos Humanos y hacer una queja? Ella admiraba su sensatez en medio de la locura que los rodeaba. Aunque, tal vez era solo una prueba de que él no estaba tan atrapado en esto como ella. Marco coqueteaba como respiraba.

—Bien —firmó su nombre—. Adelante. Muéstrame de qué se trata todo este alboroto —espetó, cruzando los brazos sobre sus pechos y quedándose quieta, negándose a mostrar cuánto deseaba esto.

Su sonrisa era indolente mientras acortaba la distancia entre ellos, su aliento cálido en la sien de ella mientras estiraba la mano y deliberadamente le descruzaba los brazos, sujetándolos a sus costados.

—Recatada hasta ahora —murmuró, evaluándola cuidadosamente. Luego, le movió las manos detrás de la espalda, usando solo una de sus manos para sujetarle las muñecas, atrapándolas para que no pudiera moverse, y sus pechos se proyectaron hacia adelante, moviéndose rápidamente con cada respiración torturada que salía de su cuerpo.

Su otra mano se curvó alrededor de su cadera, sobrecalentando su piel a través de la tela de su traje. Alcanzó el botón del medio de su chaqueta, lo desabrochó, revelando la blusa debajo, cuyos botones estaban tensados sobre sus pechos.

—Quizás no tan recatada, a pesar de cómo te vistes —reflexionó, con los ojos fijos en sus pechos, de modo que aunque no la estaba tocando, ella sentía como si lo hiciera, y sus pezones se endurecieron, presionando contra el encaje de su sujetador.

—Marco —gimió su nombre, luego intentó ser racional y tomar el control—. No tengo todo el día —le recordó—. Tu hermano está esperando esos papeles.

Algo parpadeó en sus ojos, una mirada que estaba a medio camino de una emoción oscura, pero luego la cubrió con una sonrisa sensual.

—Impaciente —murmuró, acercándose más, de modo que la palabra fue susurrada contra su oreja. Su cuerpo tembló—. Pero esto nunca debe apresurarse. Un buen beso es como el vino, para ser saboreado, disfrutado, cada momento degustado y reflexionado.

Incluso la forma en que hablaba encendía pequeños fuegos en su torrente sanguíneo.

—Pensé que te gustaba más la cerveza que el vino.

—No me conoces —dijo simplemente, y aunque era cierto, también no lo era, porque ella lo había visto suficientes veces como para haberse formado una buena comprensión de Marco y su estilo de vida—. Pero está bien. No necesitas conocerme para disfrutar esto.

Entonces, la besó, y todo el mundo de Portia se desmoronó por completo.

Dos

SUS LABIOS SEPARARON LOS DE ELLA suavemente al principio, con curiosidad, como si la estuviera probando, tal como había dicho, como quien prueba un vino, su lengua rozando la de ella perezosamente, inquisitivamente. Fue un beso que abrió algo en su vientre, haciendo que todo su cuerpo temblara y se estremeciera. Anhelaba tocarlo, pero él aún mantenía sus manos detrás de su espalda, así que ella era completamente su cautiva, y eso solo aumentaba el calor sensual que asaltaba su cuerpo.

—Marco —pronunció su nombre con urgencia y, a falta de poder tocarlo con sus manos, levantó una de sus piernas, su talón rozando la pantorrilla de él, luego subiendo más, hasta la parte posterior de su rodilla, de modo que su sexo estaba presionado contra el de él y sintió su creciente excitación tan tentadoramente cerca que gimió contra su boca. El beso, que había comenzado tan lánguidamente, cambió de repente de ritmo, con urgencia y desesperación en cada movimiento de Marco, mientras su lengua comenzaba a fustigar la de ella y su boca presionaba con fuerza, y la mano que sostenía sus muñecas se liberó para subir a la parte posterior de su cabeza y enredarse en su cabello, sosteniéndola, presionándola hacia adelante, contra él, todo su cuerpo de alguna manera pareciendo envolverse alrededor del de ella y comandarla, exigirle. Ya no podía ver. Había negro en su campo de visión y también blanco cegador; estaba actuando solo por instinto y cada instinto le decía que necesitaba a Marco: más de él, todo de él.

Dijo su nombre una y otra vez, intercalado con la palabra "por favor", mientras él la levantaba fácilmente y la sentaba en el borde de la mesa, parándose entre sus piernas, besándola mientras la empujaba hacia atrás, su cuerpo pesado sobre el de ella, sus manos recorriendo todo su cuerpo mientras su lengua continuaba dominando y exigiendo.

—No eres recatada —dijo él con un movimiento de cabeza, levantándose y mirándola a los ojos, una sonrisa en su rostro tirando de algo bajo en su vientre. Él había obtenido su respuesta, pero ella no quería que se detuviera. Por nada del mundo.

Sus propias manos encontraron la cremallera de los vaqueros de él y la bajaron, sus ojos inconscientemente embrujados mientras revelaba su desnudez ante ella por primera vez con la intención de que fuera para ella.

—Portia —había una advertencia en su voz, una seriedad que iba en contra de su habitual personaje de playboy—. No acordamos esto —levantó el sobre.

—Lo cambiaré después —murmuró ella, con las mejillas intensamente sonrojadas.

Él se quedó quieto, con los ojos fijos en los de ella. —¿Estás segura?

—Tenías razón sobre mí. Solo he tenido sexo en un dormitorio —dijo, tratando de hacer una broma, pero fracasó—. Estoy segura —dijo en voz baja, con determinación. Quería borrar a Jack

de su ser, pero también quería a Marco completa, total y desesperadamente, y no se atrevía a dejar que la lógica entrara en la contienda. Esto no era sensato ni racional y estaba bastante segura de que querría desaparecer después, pero todas estas eran contemplaciones a las que no podía dar peso en este momento.

Él maldijo. —Esto definitivamente vale la pena ser despertado.

Ella se incorporó, afortunadamente todavía teniendo la presencia de ánimo para querer quitarse su propia chaqueta y camisa. Por la forma en que la había estado besando hace un segundo, sospechaba que Marco podría arrancar los botones si le dejaba encargarse de ello. Además, había algo ultra empoderado en ser ella quien se desnudara para él. Se movió con eficiencia empresarial, pero cuando llegó a su sujetador, él le detuvo las manos. —Detente.

Con los ojos enormes, ella lo miró.

—Déjame a mí.

Él alcanzó detrás de ella, encontrando el broche, pero mientras lo desabrochaba, sus labios bajaron a la curva de su cuello, y la besó allí, su barba incipiente arrastrándose por su piel sensible mientras sus dedos se deslizaban ligeramente por su espalda, quitándole el sujetador, guiándolo por sus brazos, descartándolo sobre la mesa mientras levantaba su boca a la de ella, la besaba, sus manos buscando sus pechos, acariciándolos suavemente al principio y luego con más insistencia, haciendo que ella arqueara la espalda y gritara, una fiebre blanca y ardiente extendiéndose por todo su cuerpo mientras el placer amenazaba con estallar como una ola sobre todo su ser.

No podía pensar ni hablar ni hacer nada más que sentir mientras una ola de tanto deseo explotaba a través de ella que sintió que el calor entre sus piernas se intensificaba, la húmeda necesidad haciéndola gemir su deseo por él.

Él maldijo de nuevo mientras desabrochaba sus pantalones, su boca moviéndose a uno de sus pechos mientras le agarraba el trasero, levantándola para poder quitarle los pantalones, llevándose su ropa interior con ellos, dejándola desnuda y expuesta en el borde de la mesa, y demasiado excitada para que le importara.

—Para nada recatada —murmuró cuando volvió su boca al otro pecho, tomando su pezón entre los dientes y presionando sobre él lo suficientemente fuerte como para hacerla gritar su nombre, para mover sus caderas. Era una invitación que no necesitaba escuchar dos veces; su mano separó sus muslos, sus dedos rozando su sexo ligeramente al principio, haciéndola saltar, porque había pasado mucho tiempo desde que había estado con un chico, e incluso con Jack, él no la había tocado así. Siempre había sido un encuentro perfunctorio y practicado.

Esto era tan diferente. Todo era diferente.

Marco la besó con fuerza, presionándola contra la mesa, antes de arrastrar su boca por su cuerpo, entre sus pechos, sobre su estómago plano, hasta el vértice de vello en la parte superior de sus piernas, su lengua rozando su sexo antes de succionar el grupo de nervios más sensible, haciéndola gemir y gritar, haciéndola gruñir, dejándola casi medio muerta.

—¡Marco!

—Córrete para mí, *cara* —ordenó él, y la invitación la recorrió por completo, haciéndola retorcerse de un lado a otro mientras una fiebre de pasión la atormentaba, volviéndola completamente loca. Su lengua la azotaba, sus dedos se movían dentro de ella, y su otra mano se alzó para retorcer su pezón. Entonces llegó al clímax de una manera que nunca había experimentado, tan fuerte, rápido y completamente que fue como ahogarse y arder viva al mismo tiempo, eufórico y excruciante.

Apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento. Él desapareció, pero ella aún estaba bajando de

las alturas, con las olas estrellándose a su alrededor mientras él salía de la habitación y luego regresaba con una tira de cuadrados metálicos, arrancando uno y desenrollando el condón sobre su longitud.

—¿Quieres que esto suceda? ¿Estás segura? —preguntó él, con los ojos fijos en los de ella, sus propias mejillas teñidas de un morado intenso.

Ella asintió, pero de alguna manera, de algún lugar, la cordura se impuso por un momento. —Nadie puede saberlo —dijo, presionando una mano contra su pecho—. Mi trabajo... significa todo para mí. *Es todo lo que me queda.* Esto nunca sucedió.

Sus ojos recorrieron su rostro. —No planeo cantarlo desde los tejados. Mi hermano me mataría.

—Sí. Lo haría. —Cuando Jack la había engañado, Dante fue la única persona fuera de su familia a quien se lo había contado. Y a pesar de haber empleado su tono de voz más objetivo, Dante había visto más allá, había comprendido su dolor. Era protector con ella, y Marco era definitivamente el tipo de lobo feroz del que le diría que se mantuviera alejada como de la peste.

—Así que es nuestro secreto —sonrió él.

Si acaso, eso solo lo hacía más excitante. Ella asintió rápidamente, separando las piernas; los ojos de él se desviaron hacia su sexo, se quedaron allí, y todo su cuerpo pareció arder, pero entonces las manos de él la sujetaron donde estaba, sus dedos hundiéndose en sus caderas mientras la penetraba, y ella sollozó, porque era tan perfecto, tan absolutamente magistral, tan completamente diferente a todo lo que había conocido. El sexo siempre había sido algo básico para Portia. Una cosa llevaba a la otra y a la otra, y era agradable y placentero, y sabía que de alguna manera, supuestamente, era importante, así que la había hecho sentir *más cerca* de Jack, excepto que no era nada como esta sensación salvaje y animalística de total abandono. Esto era abrumador, un grand slam total de emociones y sensaciones que convertían su cerebro en una papilla psicodélica, así que no podía pensar ni hablar ni hacer nada más que cabalgar la ola de sensaciones y sentimientos y admitir la derrota absoluta ante su brillantez. Y ni siquiera le importaba. Portia Mason, que siempre había sido un poco controladora, estaba sublimemente contenta de entregar todo el control a Marco, por el tiempo que él siguiera haciéndola sentir así.

Marco no se detuvo a pensar. Demonios, estaba bastante seguro de que estaba más que medio borracho, habiéndose acostado solo treinta minutos o así antes de la llegada de Portia, pero nada lo sobriaba más rápido que la perspectiva del sexo, y el sexo con la tentadoramente estirada y prohibida asistente de su hermano era definitivamente algo sobre lo que había fantaseado suficientes veces como para hacer que la realidad fuera imposible de rechazar.

Aun así, ni en sus fantasías más salvajes había imaginado algo como esto.

Ella le voló la mente.

Era tan receptiva, tan hermosa, tan ruidosa, tan apasionada, tan sorprendida por lo que estaba sintiendo, tan genuinamente encantada con el placer que él le estaba dando que Marco se volvió adicto a simplemente observar su rostro mientras se deshacía, estudiando sus facciones mientras gritaba su nombre, queriendo escuchar más y más de ella, deseando que nunca se detuviera.

Sus músculos se apretaron a su alrededor casi dolorosamente, espasmos, su liberación aguda y rápida, así que él se quedó quieto, la observó, esperó a que ella cabalgara la ola y volviera lentamente a la orilla de la normalidad antes de moverse de nuevo, esta vez permitiéndose ser atrapado en la ola con ella, sus manos recorriendo su cuerpo, sintiendo cada centímetro, acariciándola, apretando, memorizando mientras sus movimientos se volvían más frenéticos y las piernas de ella se envolvían alrededor de su cintura y lo atraían más profundamente y él se hundía tan lejos en ella como podía, se quedaba allí, sosteniendo sus caderas, liberando un grito

gutural propio mientras los músculos de ella se apretaban de nuevo; y esta vez, llegaron al clímax juntos, ruidosamente, una combinación de respiraciones, gritos, el sonido de la piel encontrándose, golpeándose, el aire pesado con su pasión y liberación, el mundo girando tan rápido que la gravedad parecía adquirir una cualidad diferente.

Y entonces se ralentizó.

Mucho.

Las cosas gradualmente volvieron a la normalidad.

La respiración de Portia se calmó.

Marco la observó, esperando el momento de pánico. De arrepentimiento.

Porque seguramente ella *se arrepentiría* de esto.

Portia Mason no era alguien a quien Marco conociera bien. Era la centinela de su hermano, la guardiana de su santuario de negocios, apostada fuera de su oficina, solo dejaba pasar a aquellos que consideraba aceptables. Una cita era absolutamente necesaria. Se sentaba en las reuniones para tomar las notas que Dante necesitara, pero nunca revelaba un atisbo de sentimiento, una sombra de su propia opinión. Siempre era impecable.

Así que seguramente lo apartaría en cualquier momento, le diría que esto había sido un error, le recordaría que no lo mencionara. Y tendría razón.

Marco definitivamente había dejado que las cuántas-cervezas-fueran que había bebido la noche anterior y hasta la mañana tomaran algunas de las decisiones aquí. No importaba cuán fascinante encontrara su inaccesibilidad, si hubiera estado totalmente sobrio, nunca habría actuado al respecto.

Apoyó las palmas a ambos lados de su cabeza, observando, esperando.

Su lenta y constante sonrisa fue lo último que esperaba.

—Eso fue... realmente bueno.

En cuanto a elogios, era bastante promedio, pero aun así su pecho se hinchó y algo parecido al placer giró en lo profundo de su vientre. No era lo que había dicho, sino cómo lo había dicho, con todo su cuerpo, las palabras exhaladas desde lo más profundo de su ser.

—Me alegro de que lo apruebes. —Sus palabras surgieron como un rumor.

—Eso no es lo que dije. —Y ahí estaba. El atisbo de preocupación en las profundidades de sus ojos.

¿Arrepentimiento?

Portia levantó una mano, presionándola contra su pecho. —Necesito volver a la oficina.

Él sabía que era mejor no sugerir que se quedara. Portia no era una heredera con todo el tiempo del mundo para perderlo en la cama de Marco. No era una modelo, una actriz desempleada o una diseñadora de interiores rica flotando entre trabajos. Ella trabajaba duro para Dante, y sin duda el imperioso hermano de Marco ya estaba sudando por su regreso.

Se apartó de ella, dándole la espalda y dirigiéndose a la cocina para deshacerse del condón. Cuando regresó, ella ya se había puesto las bragas y el sujetador. Desnuda había sido impresionante, pero verla así, solo en ropa interior, le hizo sentir un nudo incómodo en el estómago.

Se reclinó contra el marco de la puerta con una apariencia de perezosa indolencia, observándola mientras se vestía, incluso cuando sus mejillas se tornaron de un rosa intenso y ella le lanzó una mirada mordaz.

—Te quedan dos páginas por firmar —murmuró ella, fría como el hielo una vez más, hojeando los papeles e indicando dónde debía añadir su nombre.

—Así es. —Se acercó con paso tranquilo, tomó el bolígrafo y garabateó su firma en la

primera página, luego pasó algunas hojas y firmó una vez más.

Ella exhaló un largo suspiro. ¿De alivio?

—Gracias. —Puso una mano en su brazo, sorprendiéndolo—. Yo... necesitaba eso. —Y sonrió de nuevo, con la preocupación desaparecida de sus ojos.

Era fascinante.

Pero Marco nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en las mujeres con las que se acostaba, y estaba seguro de que Portia no sería diferente. Una vez que se fuera, volvería a la cama, se dormiría y esta noche, vería a dónde le llevaba el mundo.

Le levantó la barbilla, inclinando su rostro para encontrarse con el suyo. —Ha sido un placer —su sonrisa fue lenta, sensual. Ella alcanzó los documentos y luego el sobre en el que los había traído, solo para darse cuenta de que lo habían decorado de una manera definitivamente no apta para el trabajo.

—¿No tendrás otro de esos por aquí?

Él se rió suavemente. —No.

—No importa. Los llevaré así. —Se quedó donde estaba, mirándolo, ¿esperando algo? Marco estudió su rostro, el destello de luz en sus ojos, la expresión en sus facciones, y se preguntó qué estaría pensando, pero antes de que pudiera hacer algo tan fuera de carácter como preguntar, ella se dio la vuelta y comenzó a alejarse de él con confianza, hacia el vestíbulo de entrada.

Se detuvo frente a un Degas, lo miró con los labios entreabiertos. —¿Es real?

—Sí.

Ella sacudió ligeramente la cabeza, lo miró de nuevo con otra expresión que él no entendía pero que de alguna manera sabía que no le gustaba, luego forzó una sonrisa. —Adiós, Marco.

—*Ciao, cara.*

La vio marcharse, luego volvió a la cama, a dormir y a soñar con la sexy y tensa, pero definitivamente no demasiado recatada para disfrutar de un buen sexo, asistente de su hermano.

El corazón de Portia latía más rápido que si hubiera corrido una maratón. Prácticamente se lanzó al asiento trasero del taxi, dando las indicaciones a su oficina con una voz casi irreconocible, los contratos apretados en sus manos, mirando fijamente al frente.

Santo cielo.

¿Qué acababa de pasar?

¿Qué acababa de *permitir* que pasara?

Todo su cuerpo se sentía vivo y diferente, estimulado hasta un punto febril de una manera que no le disgustaba en absoluto, y fragmentos de recuerdos de la forma en que él la había tocado, besado, poseído, seguían atravesándola, recuerdos vívidos, su tacto aún ardiendo en su piel.

Había sido un exorcismo, pensó con satisfacción, mientras el taxi se detenía en una intersección, esperando para girar a la izquierda. Hace seis meses, Jack le había quitado el suelo bajo sus pies. Había sido devastador. No solo darse cuenta de que le había estado mintiendo, que su boda no se llevaría a cabo, que todos los sueños que había cuidadosamente planeado para su futuro, familia, las cosas que más deseaba, nunca se harían realidad. Sino darse cuenta de que no había sido suficiente para Jack. Que la vida que habían construido juntos no había significado lo suficiente como para mantenerlo fiel. Que se había desviado, posiblemente más de una vez. Lógicamente, sabía que no se trataba de ella, que había alguna deficiencia en Jack que lo había llevado a engañarla, pero su corazón y su alma habían quedado magullados y era más fácil creer que le faltaba algo importante.

Pero no con Marco.

Portia levantó las yemas de los dedos a sus labios, recordando la forma en que su beso parecía haberla quemado desde el principio, la forma en que su cuerpo había respondido instantáneamente, como si él hubiera abierto una puerta por la que ella no podía evitar correr. No era de extrañar que le gustara tanto el sexo. Si era así para él cada vez, no era de extrañar que quisiera más, más y más.

Como Portia quería, se dio cuenta, mientras el taxi comenzaba a moverse de nuevo. Frunció el ceño, mirando los documentos, las complicaciones de sus acciones inusualmente impulsivas golpeándola ahora.

No había nada malo en tener una aventura de una noche. O de una mañana, en este caso. Era una mujer libre, sin mencionar que tenía veintiséis años. No había problemas ahí. Pero, ¿no había una expresión sobre no ensuciarse el propio nido? Se había acostado con el hermano de su jefe, un hombre que, de vez en cuando, venía a la oficina. A quien definitivamente tendría que volver a ver, mientras trabajara para Santoro Enterprises.

Y aunque una aventura de una noche estaba bien, no quería hacerse a la idea de esperar o necesitar algo más de Marco. No era el tipo de hombre alrededor del cual construir una fantasía. Era algo de una sola vez, lo que significaba que tenía que trazar una línea en la arena bajo lo que acababa de suceder y volver a que las cosas fueran completamente normales. A fingir que él realmente no existía para ella, excepto como una ocasional espina en su costado.

El taxi se detuvo al pie del impresionante edificio Santoro con sus impresionantes vistas al Támesis y Portia pagó la tarifa, salió, con los documentos firmemente sujetos en la mano. Mientras se movía, sus ojos cayeron sobre su firma y su corazón dio un vuelco.

No había sido un error, pero definitivamente tampoco había sido sabio.

Afortunadamente, Portia tenía seis meses de práctica en ocultar sus pensamientos más íntimos, y mientras atravesaba las puertas giratorias de cristal y se dirigía al mostrador de seguridad privada ejecutiva para registrarse, nadie en el vestíbulo habría podido adivinar la agitación en la que se encontraba Portia, ni el placer que acababa de disfrutar.

Tres

REALMENTE habían sido bendecidos de manera irrazonable con una belleza natural, pensó Portia mientras miraba alrededor de la sala de juntas bañada por la luz del sol, observando de un Santoro a otro, admirando sus fuertes y simétricas facciones, ojos de espesas pestañas, sonrisas enigmáticas y tez morena. Su jefe se sentaba a la cabecera de la mesa; como director ejecutivo, casi siempre era así, pero principalmente porque él había convocado la reunión.

—Quiero actuar rápidamente —dijo, con los codos apoyados a ambos lados de los documentos frente a él. Portia no podía mirarlos. No sin ver la firma de Marco y recordar cómo le había hecho el amor dos semanas antes. Aunque no necesitaba los documentos para recordarlo.

Desde entonces, sus sueños habían sido torturados por recuerdos. No solo sus sueños, sino esos momentos de ocio cuando permitía que su mente divagara, incluso en el trabajo, de repente se habían poblado de Marco. Involuntariamente, sus ojos se desviaron hacia la silla vacía al otro extremo de la mesa.

Se solicitaba la asistencia de Marco a estas reuniones, pero nunca se esperaba. Tal vez hubo un tiempo, en algún momento de la historia de la familia Santoro, en que se quejaron con él por eso, lo presionaron para que apareciera, para que fuera puntual e interesado, pero si fue así, esa conversación precedía al tiempo de Portia en la empresa.

Aun así, no podía mentirse a sí misma. Donde sabía que debería haberse sentido aliviada de que él no estuviera aquí, de no tener que mantener una máscara de indiferencia cuando Marco estaba en la habitación, también estaba decepcionada, porque en cierto nivel, había estado ansiosa por verlo de nuevo. Había querido verlo y había querido que él la viera a ella.

Sus mejillas se encendieron al recordar cómo se había vestido esa mañana, eligiendo su atuendo con cuidado, consciente de que existía la posibilidad de que Marco apareciera en la reunión después de todo. Había optado por una blusa de seda verde porque le encantaba cómo se sentía contra su piel y una falda negra de corte sirena que abrazaba sus caderas y caía hasta las rodillas. Mientras sus manos subían la cremallera, había imaginado que él la bajaba de nuevo, y casi tuvo que darse una ducha fría para limpiar esos pensamientos de su mente.

Habían sido dos semanas difíciles.

Sentía como si el sexo —específicamente el sexo con Marco— fuera todo en lo que podía pensar.

Lo cual era novedoso y frustrante para Portia de varias maneras.

—¿Cuál es el retraso entonces? —preguntó Salvatore, el hermano Santoro más joven.

—Los abogados aún están haciendo la debida diligencia —respondió Francesco, un primo,

golpeando su bolígrafo contra el borde de la mesa. Su cabello castaño tenía una ligera ondulación.

—¿Cuánto tiempo llevará eso? —preguntó Rocco, el hermano mayor de Francesco, desde el otro lado de la mesa, alcanzando su café.

—Difícil de decir —Francesco se encogió de hombros, el traje a medida moviéndose con él.

—Necesito un cronograma —respondió Dante.

—Se los he dicho —dijo Francesco con un asentimiento—. Te lo haré saber.

Dante le agradeció; Portia hizo una nota en su tableta para dar seguimiento a esto con el equipo de Francesco más tarde en el día. Ese era su trabajo. Se aseguraba de que nada se escapara del radar de Dante que debiera estar allí. Limpiaba los cabos sueltos, conseguía la información que probablemente él requeriría para que estuviera a su alcance en el momento en que la necesitara.

—También hay...

Rafaelo, el primo más joven, el otro hermano de Francesco, que estaba sentado a la derecha de Francesco, frente a la silla vacía, hizo una pausa cuando la puerta se abrió y todos se volvieron, naturalmente, hacia la interrupción.

Portia tuvo que usar todo su autocontrol para silenciar el pequeño chillido que había estallado en su garganta al ver a Marco.

Marco Santoro. Aquí. En la sala de juntas de Dante.

Sin vestir nada parecido a los otros miembros de la familia, con sus trajes a medida y camisas almidonadas. Por supuesto que no. Marco no se había molestado en vestirse para la ocasión, sino que entró a zancadas vistiendo jeans, posiblemente los mismos jeans que se había puesto la mañana que ella había estado en su apartamento, un cinturón marrón y una camiseta con cuello de un azul claro que solo hacía que su piel color miel se viera más profunda, rica y aún más deliciosa. También llevaba su característica barba de tres días y aire de indiferencia mientras se pavoneaba —era la única palabra para describirlo— en la habitación.

—Buenos días —mostró una sonrisa a los miembros de la familia reunidos, pasando la mirada por Portia como si nunca la hubiera conocido antes. Su estómago dio un vuelco incómodo, sus ojos se dirigieron rápidamente a la tableta, donde fingió fascinación con el documento que tenía abierto.

Hubo una pausa general en las formalidades mientras todos saludaban a Marco con el placer de una familia reunida con un miembro perdido hace mucho tiempo. Hubo apretones de manos, abrazos, charla general, de todos excepto Dante, quien mantuvo su posición, con los dedos entrelazados bajo su barbilla. —¿Podemos continuar? —preguntó con un tono de voz tranquilo pero autoritario que le recordó a Portia a un director llamando al orden a una clase revoltosa.

Las sonrisas permanecieron en su lugar, sin embargo, la familia no se preocupó por el evidente disgusto de Dante. Sin embargo, tomaron sus asientos, Marco siendo la excepción, mientras se dirigía a la máquina de café y se servía una taza gruesa y negra.

—Raf —invitó Dante—. Estabas diciendo...

Rafaelo asintió. Portia lo miró fijamente, negándose a mirar a Marco, incluso cuando caminó a través de su línea de visión para tomar su asiento. Se concentró completamente en Rafaelo y la conversación, decidida a no perderse nada, a fingir que Marco no existía.

—Hay algún retraso por su parte.

—¿Por parte de quién?

—Acto Corp.

—¿Por qué dices eso?

—Están arrastrando los pies. La debida diligencia está llevando tanto tiempo porque no están proporcionando información cuando se les solicita. Estamos persiguiendo las cosas dos, tres veces. Llega incompleta.

—Estamos comprando la compañía debido a su incompetencia —les recordó Salvatore, encogiéndose de hombros—. ¿No es posible que la incompetencia simplemente llegue hasta el fondo?

—No —respondió Marco—. Raf tiene razón. Y no es tanto incompetencia como negligencia.

Dante se inclinó ligeramente hacia adelante. —Estamos hablando de la fusión con Acto.

Marco le dirigió una sonrisa cargada de impaciencia fraternal. Portia desvió la mirada, con un lado de su boca temblando involuntariamente. —No me digas.

Dante frunció el ceño y luego se reclinó en su silla, aparentando una curiosidad relajada. Portia vio más allá de eso. Estaba molesto. Y no podía culparlo. Marco apenas estaba presente, un espectro que existía ocasionalmente en las sombras, pero más a menudo como una ausencia en la empresa. Sin embargo, aquí estaba, apareciendo tan cerca de la finalización de este enorme trato en el que habían estado trabajando desde que Portia llegó a la compañía, y Marco actuaba como si supiera más que nadie.

—Bien, continúa —dijo Dante, haciendo un gesto hacia la mesa—. Tienes nuestra atención.

—¿Por qué una empresa que está en tan mal estado estaría demorando?

—Incompetencia —repitió Salvatore.

—¿Cada una de las personas? No. Es estrategia. Tienen otro comprador.

—Imposible —respondió Dante—. Yo lo sabría.

—¿Lo sabrías? ¿Cómo?

—No puedes mantener algo así en secreto.

—Por supuesto que puedes. Las fusiones ocurren fuera del papel todo el tiempo. Las adquisiciones hostiles son cosa común. ¿Cuántas empresas hemos absorbido antes de que la mano izquierda supiera lo que hacía la derecha?

—¿Crees que alguien en Acto Corp está buscando una alternativa?

—Creo que les han hecho otra oferta, una que no quieren rechazar.

—La nuestra es una oferta que no pueden rechazar.

—Estamos ofreciendo poco porque están en problemas —le recordó Marco, y el corazón de Portia se aceleró porque nunca había visto a Marco tan involucrado en la empresa antes, aunque por supuesto sabía que su familia dependía de sus conocimientos y comprensión de los mercados financieros globales y las tendencias. Era simplemente diferente verlo realmente involucrado así.

—Como lo haría cualquier comprador serio —señaló Dante.

—No necesariamente. —Marco bebió su café, vaciando la taza. Portia estudió sus dedos, la forma en que se curvaban alrededor del asa, y su estómago se tensó, recordando su toque en su cuerpo, sus pezones. Volvió a mirar su tableta, con la piel acalorada.

Esperaron, en silencio. Marco se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa.

Portia no pudo evitar volver a mirarlo. Era hipnotizante, magnético. Todos lo miraban fijamente. Esperaban.

—Estáis pensando en dos dimensiones —dijo—. Creéis que todo el mundo aborda los negocios de la misma manera que vosotros.

—¿Para ganar dinero? Qué estúpido de mi parte —dijo Dante con sarcasmo.

—¿Qué hay de la enemistad?

Portia frunció el ceño, sin entender. Pero Dante se quedó muy quieto, su cuerpo inmóvil, sus ojos fijos en los de Marco. —Continúa. —Ya no había ni un atisbo de humor en su voz.

—Mientras vosotros habéis estado mirando a Acto, y cómo incorporarlos a Santoro, yo he estado observando el mercado. Específicamente, a los Valentino.

Los ojos de Dante se cerraron. Portia miró de su jefe a Marco, sin entender. Hubo un movimiento colectivo en la sala, un murmullo, algunas maldiciones.

—¿Quiénes son los Valentino? —preguntó en voz baja, pensando que nadie la había escuchado.

Pero Marco le habló directamente ahora, sus ojos atravesando los de ella, casi como si estuviera mirando a través de ella, en lugar de mirarla. Como si ella no fuera nada para él. Su corazón dio un vuelco, haciendo difícil concentrarse en lo que estaba diciendo.

—Pedazos de mierda —dijo de manera pragmática.

Ella no podía apartar la mirada. Él era un pozo gravitacional y ella estaba siendo absorbida. —¿Por qué?

Salvatore habló a continuación. —Érase una vez, cuando nuestros abuelos dirigían las empresas, eran mejores amigos. Trabajaban codo con codo, promoviendo los intereses del otro. Luego hubo un trato que salió mal, una trampa de los Valentino. La historia es que pasaron por tiempos difíciles y se pusieron celosos del éxito de nuestro abuelo, así que lo sabotearon a cada paso. Ha sido así desde entonces.

—¿Como una especie de vendetta al estilo Montesco-Capuleto? —murmuró Portia, con una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios, porque era imposible pensar en una sala llena de adultos teniendo ese tipo de antagonismo hacia toda otra familia.

—Excepto que más seria —respondió Marco, perfectamente irónico, pero Portia estaba segura de que él también se estaba riendo.

La sala se sumió una vez más en una conversación indignada y conjeturas hasta que Dante habló con firmeza, cortando el ruido. —Basta.

Se hizo el silencio.

—Así que están liberando efectivo. ¿Por qué crees que eso tiene algo que ver con Acto?

—¿Acabas de escuchar el bonito resumen de nuestra historia familiar, verdad? ¿Hay algo que signifique más para ti ahora que comprar esta empresa? ¿Cuántas horas hemos invertido en esto? ¿Cuánto nos ha costado ya el trato? ¿Cuánta reestructuración has hecho preventivamente para acomodar a esta empresa? ¿Y cuánto nos dolería si ellos llegaran y nos lo arrebataran en el último minuto?

Dante se puso de pie, acercándose a las ventanas, mirando hacia afuera. —Absurdo.

—No, perfectamente racional —contradijo Marco—. Si eres un Valentino y has jurado odiarnos hasta las entrañas.

Portia quería intervenir de nuevo, pero no era su lugar. Podría interrogar a Dante sobre esto más tarde, sobre cómo los adultos podían comportarse de manera tan infantil y no pensar que era completamente absurdo.

—¿Pueden permitírselo?

—Es difícil saberlo —dijo Marco—. Estoy investigándolo.

—Necesito todas las respuestas que puedas conseguirme, lo antes posible.

—Lo sé.

Dante asintió una vez.

—Estoy bastante seguro de que se esforzarían al máximo para hacer esto —continuó Marco —. Y como mínimo, al entrar en el juego, van a hacer que sea más difícil para ti jugar duro. Si no pueden obtener la empresa, nos harán subir el precio. Es ganar, ganar, para ellos.

Dante se pasó una mano por la mandíbula, asintiendo una vez. —Reunámonos de nuevo en

dos días —declaró—. Chicos, poned en marcha la diligencia debida. No quiero ningún retraso por nuestra parte. Marco, ya sabes lo que tienes que hacer.

Los ojos de Marco brillaron cuando se encontraron con los de Dante. Portia se estremeció. Todos se pusieron de pie; la reunión había terminado, lo que significaba que ella era libre de irse, y no podía esperar. De repente, ya no podía soportar estar en la misma habitación que Marco, respirando su aire, escuchándolo hablar. Tenía que salir.

—Estaré en mi escritorio —murmuró, solo para que Dante la escuchara, recogiendo sus cosas y saliendo con un profundo suspiro de alivio.

Estaban todos tan distraídos por la bomba que Marco acababa de soltar que nadie vio a Portia recoger sus cosas, y nadie se dio cuenta de que Marco la observaba, pero lo hizo. No pudo evitarlo.

Llevaba seda, y él siempre había sido débil ante la seda en una mujer, por la forma en que se adhería, abrazaba y tenía una sensación tan sensual. Esta blusa en particular se deslizaba sobre sus pechos como una segunda piel, dejando poco a la imaginación, aunque él no necesitaba su imaginación en lo que respectaba a Portia. Tenía sus recuerdos, y eran tan candentes que no podía mirarlos sin quemarse.

Sujetando varias libretas y su tableta contra su pecho, mantuvo la cabeza baja y los ojos desviados mientras salía de la habitación, el diseño de la falda enfatizando las curvas de su trasero, así que la observó todo el camino hasta la puerta, tal como lo había hecho en su casa, cuando ella se había ido el otro día.

Hace dos semanas, se recordó sombríamente.

Recordaba la fecha porque estaba en los contratos que había firmado.

Afortunadamente, había tenido el agujero de conejo de Valentino en el que desaparecer desde entonces, así que había podido mantenerse lo suficientemente ocupado como para no contemplar llamarla y pedirle que viniera a firmar algún otro documento prometiendo sexo sin compromiso que no discutirían con nadie más, pero demonios, eso no significaba que no hubiera tenido algunos momentos de tentación.

Ahora mismo era uno grande...

Dio un paso hacia la puerta, imaginando que ella estaría en su escritorio y el resto de la familia estaba aquí, lidiando con la sorpresa de la traición a manos de los Valentino, una vez más. Pero Raf lo detuvo, involucrando a Marco en una conversación de la que no podía escapar fácilmente, incluso cuando pensamientos de seda cubriendo pechos lo llamaban con la intensidad de mil voces sensuales.

—¿Me haces un favor? —dijo Dante, saliendo de su oficina y deteniéndose junto al escritorio de Portia.

Era una forma de hablar. Hacer favores a Dante era parte integral de su trabajo. Hizo una pausa, a mitad de escribir el correo electrónico y fijó su firme mirada verde en él. Era extraño pensar que tanta gente encontrara a Dante intimidante. Portia lo había hecho, cuando se había entrevistado para el trabajo. Tenía uno de esos portes sin tonterías que hablaba de tal fuerza interior que era imposible no sentirse impresionado por ello. Pero durante los últimos dieciocho meses, se había acostumbrado a eso, e incluso lo había superado. Le caía bien Dante. Eran amigos, en cierto sentido. Su trágica historia era algo que guardaba muy de cerca, pero sabiendo a quién y qué había perdido, no podía evitar sentir lástima por él. Cuando era duro, era porque

había tenido que volverse así, para protegerse de más dolor. Y cuando era suave con ella, mostraba cuánto confiaba en ella, que podía bajar sus barreras con Portia.

—¿Puedes llamar a Marco? Asegúrate de que venga esta tarde.

Esperaba que no hubiera un rubor delator en sus mejillas; su cara se sentía caliente de repente.

—La reunión está programada. Envié solicitudes formales por correo electrónico ayer.

—Sí, pero este es Marco. Recuerda que tiene un poco de alergia a revisar correos electrónicos o llegar a cualquier cosa a la que se supone que debe estar. Probablemente ya esté en Cancún o en algún lugar ahora. Lo intenté, pero no pude comunicarme.

Portia discrepó en silencio. Es cierto, había visto de primera mano el estilo de vida fiestero de Marco, pero también había visto algo más que eso. La forma en que había estado en la reunión hace un par de días le había mostrado que prestaba más atención a la empresa de lo que nadie le daba crédito. Si tenía razón sobre los Valentino, entonces había encontrado la prueba decisiva cuando presumiblemente aún había tiempo para mover los objetivos.

Dante la estaba mirando fijamente, esperando que ella dijera algo. Portia titubeó. ¿Qué quería?

Saber que Marco estaría en la reunión.

Claro.

Genial.

—Lo... llamaré —dijo, sin intención de hacer tal cosa—. Déjamelo a mí.

—Gracias. —Inclinó la cabeza y regresó a su oficina, cerrando la puerta.

Portia miró la puerta con rebeldía antes de levantar el auricular de su teléfono de escritorio y hacer una llamada a los asistentes generales en el piso de abajo.

—Necesito que hagas una llamada por mí, Becky —delegó con eficiencia precisa—. Y por favor, avísame si hay algún problema. —Con eso, sacó a Marco hábilmente de su radar y lo puso en el de alguien más, exhalando un gran suspiro de alivio.

La reunión comenzó por la tarde y se extendió mucho más allá del tiempo asignado, así que eran casi las seis y media cuando Portia terminó de tomar notas y estuvo lista para volver apresurada a su propio escritorio, escapando, una vez más, del extraño y pesado magnetismo de la presencia de Marco.

Él había llegado solo unos minutos tarde, vestido como si hubiera pasado de camino a cenar en Soho, todo casual chic de diseñador, desordenado pero sexy, y ella tuvo que admitir que estaba impresionada por el nivel de información que no solo trajo a la reunión, sino que conocía completamente de memoria.

Tenía memorizadas cifras específicas sobre el imperio Valentino de los últimos diez años. Había hecho una inmersión profunda en sus estrategias, cuota de mercado, movimientos de la industria, adivinado su plan general, cómo habían invertido, con quién estaban aliados financieramente, a quién apoyaban, dónde eran fuertes, débiles, vulnerables y, lo más importante, cómo habían estado moviendo las piezas durante el último año. Dante había convocado la reunión y todos los Santoro habían aparecido, pero fue Marco quien dominó.

Lo que significaba que había tenido que mirarlo. Mucho. Y escuchar, cuidadosamente. Prestando atención a los números, las estrategias, determinando qué necesitaba registrar para que Dante lo examinara más tarde, cuando estuviera solo en casa y mirando las cifras, elaborando su propia respuesta al escenario Valentino.

Fueron dos horas de intensa concentración, hechas aún más difíciles por el hecho de que había algo en Marco que era instantánea e inmediatamente descarrilante para su línea de

pensamiento, así que tuvo que vadear a través de un mar de distracciones para poder encontrar algún nivel de enfoque.

Se sentó en su escritorio, ordenando el documento tanto como pudo, preparándose para enviarlo a Dante. Cuando unos pasos se acercaron a su escritorio, no levantó la mirada de inmediato, suponiendo que era Dante con alguna solicitud de último minuto u otra. Terminó de escribir, levantó la mirada, y luego tuvo que emplear cada onza de autocontrol para no reaccionar visualmente ante la vista de Marco parado a solo dos pies de distancia.

Sin hablar.

Mirando.

—¿Hoy no hay seda? —preguntó, bajando la mirada hacia su camisa, demorándose en la curva de su escote.

Su estómago se revolvió. ¿Así que había notado la camisa que llevaba la última vez? Trajo una oleada de placer a su vientre y una hinchazón a su pecho. Parpadeó para volver su atención a la pantalla.

—¿Qué se supone que significa eso?

Una rápida mirada a su rostro reveló una sonrisa arrogante curvando sus labios.

—¿Tienes planes para esta noche?

Sus dedos temblaron. Los presionó contra el teclado para disimular la delatora reacción.

—¿Por qué preguntas?

—¿Por qué crees?

Ella parpadeó mirándolo.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Tragó saliva rápidamente.

—¿Qué quieres?

—Repetir lo de la otra mañana. ¿Tú?

Para esto no estaba preparada.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres...

Él esperó, observándola, pero Portia se quedó en blanco.

—Elige tu razón —dijo con un pequeño suspiro, mirando de reojo hacia el espacio de oficina más allá de él, vigilando la sala de juntas por si había alguna señal de actividad—. Eres el hermano de mi jefe. Eres un adicto al sexo. Probablemente has estado con mil mujeres desde entonces y no estoy realmente interesada en ser otra muesca en tu cabecera.

—No llevo la cuenta —dijo con tranquila confianza—. Y creo que estás más que interesada.

Maldito sea él y su arrogante ego.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó con suavidad.

Su corazón revoloteó.

—¿Buscando cumplidos?

—Porque yo sí. Lo disfruté mucho, y no he podido dejar de pensar en ello desde entonces. Pero follarte en mis sueños no es ni de cerca tan satisfactorio como hacerlo en la vida real. Tampoco lo es masturbarme en la ducha cada mañana con el recuerdo de ti. Entonces, ¿qué?

Ella lo miró fijamente, totalmente desconcertada por la forma en que hablaba, por las imágenes que creaba. Lo cual, dedujo rápidamente, era el punto. ¿La estaba poniendo a prueba de nuevo? ¿Su puritanismo? ¿O se burlaba de ello?

Les llegó un sonido desde la sala de juntas. Rafaelo, Dante y Salvatore estaban enfrascados en una conversación, aunque a juzgar por las sonrisas en sus rostros, no se trataba de los Valentinos.

—Tienes una llave de mi casa —le recordó—. Úsala esta noche.

Cuatro

YA SE ESTABA ARREPINTIENDO. Esto estaba cruzando una línea que los transformaba de una cosa a otra. No estaba aquí, en casa de Marco, con el pretexto del trabajo. Dante no la había enviado para que firmara algo o para recoger documentos. Esta vez, había venido a su casa por orden de Marco, por su expresa invitación, con el propósito de tener sexo, y una vez que aceptara eso y cruzara esta puerta, ambos sabrían que algo más estaba sucediendo entre ellos.

Tener sexo una vez era una cosa, pero estar aquí por un acuerdo previo significaba que estaban cambiando las cosas entre ellos.

O tal vez no.

Portia no lo sabía. Antes de Jack, solo había salido casualmente con algunos chicos. Su experiencia con los hombres era limitada, y Marco tenía mucha más experiencia en relaciones que Portia.

Tal vez así era como funcionaba para él. Quizás se acostarían esta noche y ese sería el final.

Levantó la mano para llamar, pero luego recordó su invitación explícita a usar la llave que poseía. No sabía por qué eso le atraía, pero así era. Con dedos que no estaban del todo firmes, pasó la tarjeta y empujó la puerta, entrando en su apartamento con piernas temblorosas.

Aún no es tarde para irse, susurró una voz en el fondo de su mente, instándola a ser sensata, a darse la vuelta y correr, porque aparte de cualquier cosa, no quería hacer algo que pusiera en peligro su trabajo. Amaba lo que hacía, dónde trabajaba y para quién trabajaba.

Se movió por el apartamento con más curiosidad que antes, porque esta vez estaba aquí por invitación, mientras que en el pasado había sido a petición de Dante, y sabía que era una intrusa no deseada, allí para hacer un trabajo y salir de nuevo.

Pero esta noche, Marco la había invitado, así que fue más despacio, fijándose en los detalles de su mobiliario, las obras de arte, notando con interés la falta de fotos familiares, a pesar de que su familia era grande y unida.

El único signo de que era una persona y no un curador de bellos objetos de arte era una sola fotografía grande de una villa italiana con colinas verdes ondulantes detrás y cipreses a ambos lados del sinuoso camino que conducía a la finca. Sabía -por Dante- que esta era su casa familiar, donde habían crecido y donde sus padres aún vivían.

Qué interesante que Marco tuviera una fotografía de ella.

—¿Hola? —llamó, de pie en medio de la sala, mirando alrededor.

—Estoy aquí. —Su voz venía de cerca del dormitorio, pero cuando se acercó, se dio cuenta de que la puerta del baño estaba cerrada y el agua corría. Dudó en el exterior.

—¿Marco?

—Entra.

Con el corazón en la garganta, deteniéndose unos momentos, levantó una mano hacia el pomo de la puerta, girándolo lentamente, conteniendo la respiración.

Marco estaba en la ducha.

Desnudo, por supuesto, y completamente erecto, una mano envuelta alrededor de su miembro, los ojos fijos en ella.

—Bien, ya estás aquí. —Había un desafío en sus facciones, una mirada que hablaba de la misma necesidad cruda con la que ella había estado lidiando durante dos largas y desesperadas semanas—. Únete a mí.

La ronca invitación no necesitó ser dicha dos veces.

A fin de cuentas, esto era para lo que Portia había venido. Esto era en lo que había estado pensando sin parar desde que salió de su casa la última vez.

Se desabotonó la camisa lentamente, no porque pretendiera ser seductora sino porque sus dedos no funcionaban del todo bien, luego pasó a sus pantalones, deslizándolos por sus piernas, quedándose solo en ropa interior.

Él acariciaba su miembro, hipnotizándola con la acción, así que apenas pudo moverse durante unos segundos, y luego se desvistió de golpe, tan rápido como pudo, quitándose la ropa y arrojándola en la esquina del baño. Cuando dio un paso hacia él, él ladró otra orden: —Abre ese cajón; coge un condón.

Ella parpadeó, la desesperación en su voz convirtiéndose en puro machismo, y no le importó en absoluto.

Lo mucho que la deseaba era emocionante y empoderante, un bálsamo total para los restos de su ego destrozado. Jack la había hecho sentir inútil e indeseable. Incluso antes de que la engañara, se dio cuenta, mirando atrás, de lo poco que iniciaba el sexo o cualquier tipo de intimidad física. Había llegado a suponer que simplemente no era muy sexual, y él tampoco, pero con Marco, era como si la tierra entre ellos estuviera hecha puramente de lava. No podía hacer otra cosa que quemarse.

Sosteniendo un cuadrado de aluminio, entró en la gran ducha de planta abierta, nerviosa de repente por estar tan cerca de él, todo desnudo, mojado y duro. Pero Marco no estaba dispuesto a esperar. ¿O tal vez sentía que ambos habían esperado lo suficiente? La agarró y la atrajo contra él, sus cuerpos chocando, mojados, desnudos, el agua salpicando sobre ellos, empapando la cabeza de Portia mientras la besaba, su boca arrasando la suya, su dureza presionada contra su vientre, haciéndola anhelar por él, húmeda y caliente entre sus piernas mientras sus manos recorrían su piel, tocando, poseyendo, provocando, sus dedos clavándose en sus caderas y luego en sus nalgas, levantándola, besándola, su fuerza y dominio dejándola sin aliento.

Abrió el paquete del condón rápidamente, se enfundó sin romper el beso, luego la levantó con facilidad, tan fácilmente que le quitó el aliento, o tal vez fue la forma en que la penetró mientras la presionaba contra los azulejos fríos y mojados, de modo que su cuerpo se vio abrumado por una multitud de sensaciones contradictorias. Un minuto estaba el calor y la calidez de su tacto, al siguiente la fuerza y la plenitud de su posesión sobre ella, y luego la fría presión de los azulejos en su espalda, pero nada deshacía la perfección de esto. Ella gritó, fuerte, jadeando con cada respiración mientras él la tomaba, tirando de ella sobre su miembro mientras la embestía y ella clavaba sus tobillos en su espalda para tener mejor apoyo, moviéndose como necesitaba. Eran dos animales desesperados, salvajes e indómitos, actuando por instinto, necesidad, totalmente abandonados a los imperativos biológicos que los impulsaban. Sus manos eran rudas sobre su cuerpo, posesivas y urgentes; habría marcas, después, estaba segura, y esa

certeza le daba un escalofrío del que se preguntaba si debería avergonzarse. Pero le gustaba esto. Le gustaba ser dominada por Marco, le gustaba sentirse poseída por él.

Él bajó la boca a su garganta, la besó allí, succionó, embistiéndola mientras su boca hacía cosas locas con su pulso y el agua los empapaba a ambos, y entonces Portia estaba arañando sus hombros con las uñas, sus gritos se mezclaban con el sonido del agua, mientras explotaba de placer, cada célula de su cuerpo regocijándose en la intensidad de esta liberación. Marco estaba allí mismo con ella, el apretón de sus músculos, los espasmos que se ceñían alrededor de su longitud erosionando cualquier vestigio de su fuerza de voluntad, por lo que se vino justo con ella, hundiendo su rostro en su hombro, la barba incipiente contra su piel sensible y suavizada por el agua, sus respiraciones se mezclaban en ráfagas bruscas mientras luchaban por volver a la calma normal después de una unión tan cataclísmica.

Finalmente, él bajó a Portia al suelo, sus ojos penetrando en los de ella, leyéndola, preguntándole algo en silencio, pero ella no sabía qué estaba buscando, ni cómo responder, así que se quedó quieta, vigilante, insegura ella misma.

Él se quitó el condón, lo anudó y lo lanzó a través del baño, aterrizándolo perfectamente —por supuesto— en el cesto de basura antes de volverse hacia ella, su mano frotando su longitud una vez más antes de verter un poco de gel de baño en la palma de su mano y dirigir su atención a sus pechos.

Ella se quedó justo donde estaba, mirándolo, con el corazón en la garganta, mientras él enjabonaba su cuerpo poco a poco, provocándola, atormentando sus nervios ya hipersensibles de modo que no importaba mucho que acabara de llegar al clímax, estaba abrumada por las necesidades de nuevo, sorprendida por su capacidad para llevarla al punto de ebullición con solo un simple toque.

—Date la vuelta —ordenó él, con la voz ronca.

Lentamente, tragando saliva, ella hizo exactamente eso, girando para enfrentarse a la pared de azulejos, sus ojos persiguiendo las líneas de la lechada mientras las manos de él se elevaban hasta sus hombros y comenzaban a frotarla allí, resbaladizas por el jabón. Masajeó sus músculos cansados y tensos, músculos que ni siquiera se había dado cuenta que le dolían, sus dedos hundiéndose en su carne con la presión justa para que ella sintiera un tipo de placer completamente nuevo ahora. Él presionó su cuerpo hacia adelante, su miembro contra su trasero, ya endureciéndose de nuevo, por lo que ella jadeó, meneó las caderas, la invitación silenciosa inconfundible.

Él gruñó, un ruido desde lo profundo de su garganta, continuó masajeándola, pero su rodilla separó sus piernas, y ella dio un paso hacia atrás, de modo que estaba presentando su trasero hacia él, invitándolo, necesitándolo de nuevo. Su boca se movió para tomar el relevo de su mano, besando la parte posterior de su cuello mientras sus manos vagaban más abajo, una viniendo al frente de ella, retorciendo sus pezones, mientras la otra acariciaba su costado y luego se movía más abajo, hacia su hendidura, provocándola hasta que encontró su botón femenino y lo rozó, por lo que ella gimió suavemente en su garganta ante las sensaciones que estaba evocando. Su excitación estaba enterrada entre sus nalgas ahora, sus dedos en su sexo, sus pechos doliendo por sus atenciones y aun así ella quería más. Se retorció contra él, atrapada y oh tan dispuesta a ser su prisionera. Él movió su longitud lentamente, arriba y abajo, y todo lo que ella podía hacer era mecer sus caderas, suplicando silenciosamente por él de nuevo.

Su mano se movió más rápido, con más urgencia, y sus caderas adoptaron un movimiento similar, rodando, meciéndose, necesitándolo, pero todo lo que podía sentir era la presión detrás de ella, su fuerza y dureza justo ahí, sus manos tocándola como un instrumento musical, su

interior apretándose con fuerza mientras alcanzaba otra ola de deleite, la cabalgaba, con fuerza, y entonces estaba gritando, la cara presionada contra los azulejos, todo su cuerpo sacudiéndose y estremeciéndose con su liberación, la explosión llenando sus ojos de estrellas, pero él no la había penetrado esta vez. Simplemente la había comandado con sus manos, la había excitado tan fácilmente, que casi se avergonzaba incluso mientras estaba sobrecogida por lo mucho que le gustaba esto, lo inusual que era tener a alguien que se preocupara por *sus* necesidades.

Estaba mortificada al reflexionar sobre lo infrecuentemente que había alcanzado la satisfacción con Jack. No les hacía ningún crédito a ninguno de los dos: ella debería haber hablado y dicho algo, pero no había sabido cómo abordar sus deficiencias sin insultar su ego, así que se había quedado callada.

Con Marco, no podría haber ofrecido una sola crítica ni aunque lo intentara y lo intentara e intentara encontrar una.

Estaba en el cielo.

Se volvió para mirarlo, sobrecogida por lo hermoso que era, todo el tiempo, pero especialmente ahora, sus mejillas oscurecidas, su cabello peinado hacia atrás desde su frente, sus pestañas agrupadas y tan oscuras alrededor de sus ojos.

Empoderada por lo que habían compartido y lo mucho que obviamente la deseaba, dejó que sus dedos recorrieran su piel mojada, persiguiendo gotas de líquido a través de sus brazos al principio y luego más abajo, por su abdomen marcado, arremolinando el vello que cubría sus pezones, luego bajando por el centro de su pecho hasta el vello que rodeaba su impresionante excitación. Se detuvo allí, contuvo la respiración, de repente insegura, su inexperiencia haciéndola tímida.

—Tócame —ordenó él, con los ojos fijos en ella, entrecerrados, desesperados. Ella se mordió el labio inferior, moviendo una mano más abajo, hasta su base, curvando sus dedos alrededor de su longitud. Un áspero suspiro silbó entre sus dientes, seguido abruptamente por una maldición.

Ella rápidamente retiró la mano. —¿No está bien?

Él parpadeó abriendo los ojos. —Muy, muy bien —corrigió con voz ronca.

—Oh.

Ocultó una sonrisa mientras levantaba la mano hacia atrás, curvando los dedos alrededor de él, moviendo su mano lentamente desde la base hasta la punta, deleitándose con la forma en que gemía y maldecía, luego retrocedió, como si necesitara el apoyo de los azulejos en su espalda, con las piernas bien separadas.

—Mierda, Portia —gimió.

El poder crecía, arremolinaba, la fascinación se disparaba dentro de ella. No podía dejar de mirar su mano, moviéndose sobre su longitud, su dureza, la perla en la punta de su excitación mostrando lo cerca que estaba, y de repente no era suficiente tocar, quería probar, saber cómo se sentiría en su boca. Era algo totalmente nuevo para ella, pero eso no importaba. Todo con Marco era de alguna manera nuevo, casi como si esto le estuviera sucediendo a otra persona, en otra galaxia o línea de tiempo o algo así. Esta no era la Portia de Negocios Como Siempre y lo que sucedía aquí se le permitía ser diferente a su vida normal.

Era su secreto.

Todo suyo.

Se dejó caer lentamente de rodillas, parpadeando hacia él a través de la cascada similar a la lluvia, y sus manos se movieron hacia su cabeza, apartando el agua de su frente y luego permaneciendo allí, como si la estuviera reteniendo, inseguro de lo que ella estaba ofreciendo o si se sometería a ello.

—Quiero probarte —dijo ella simplemente, así que él maldijo entonces, la palabra salió baja y oscura, como si la confesión lo torturara en cierto nivel.

—Portia...

—Necesito esto —dijo honestamente, y tan pronto como lo dijo, supo que era verdad. Todo esto era parte de su exorcismo, de borrar cada parte de su compromiso fallido de su mente y psique, parte de probarse a sí misma que había seguido adelante completamente.

Sus manos permanecieron en su cabeza pero ya no la retenían, y cuando ella se movió hacia su longitud y envolvió sus labios alrededor de su punta, gimió, pasando su lengua sobre su cabeza, tragando, moviendo su boca más profundamente, tomando tanto como pudo hasta el fondo de su garganta, chupando, rodando su lengua sobre él, luego retrocediendo, levantando los ojos hacia los suyos y manteniéndolos allí cada vez que lo tomaba profundamente. Movió una de sus manos de vuelta a su base, la mantuvo allí, comenzó a moverla al ritmo de su boca, y las manos en su cabeza la sostuvieron un momento, antes de que él dejara caer sus manos a los lados, maldijo y ella sonrió, moviéndose más rápido, combinando sus labios con su lengua, chupando, saboreando, su mano bombeando hasta que él comenzó a temblar y luego movió sus caderas, como si no pudiera evitarlo, empujando hacia adelante solo una vez, embistiendo y perdiéndose en su boca, así que ella sintió su esencia y la saboreó y él entonces se quedó muy quieto excepto por sutiles movimientos de sacudida de su cuerpo mientras cabalgaba la ola, rindiéndose a su propia pérdida absoluta de control.

Para Portia, fue lo opuesto. Sintió una oleada de control y supo que nunca conocería un placer como este.

Estaba explotando de euforia; nunca se había sentido mejor.

Ella no era, ni por asomo, la primera mujer que le hacía sexo oral. No era un fenómeno nuevo, y siempre lo había disfrutado. Pero *aquello* había sido diferente.

Aquello había sido... alucinante.

No estaba seguro si era Portia o las dos semanas de abstinencia entre su última vez juntos y esta, o si era la mezcla única de vulnerabilidad inocente y curiosidad descarada, pero algo sobre Portia encendía cada parte de él, haciéndolo ansiar más de ella, incluso cuando acababa de saciarse. Su boca había sido tan cálida y húmeda, su lengua tan ansiosa por probar y explorar, demonios, solo pensar en ello *ahora* lo estaba poniendo duro de nuevo y literalmente se había corrido hacía diez minutos.

Caminaba de un lado a otro de su dormitorio, vestido solo con unos vaqueros caídos, pies descalzos, pecho desnudo, mente dando vueltas. Sin embargo, un oído estaba atento a la puerta del baño, donde había dejado a Portia sola porque había parecido lo correcto después de lo que acababan de compartir. Como si ambos necesitaran retirarse por un minuto a sus esquinas separadas o algo así.

Sin embargo, cuando ella salió, él frunció el ceño, dejó de caminar y la miró fijamente.

—Estás vestida.

—Muy observador, Marco. No se te escapa nada.

Se habría reído, excepto que ver su cuerpo envuelto de nuevo en esa ropa corporativa le quitó todo el buen humor.

—¿Por qué?

—Bueno, no sé, llámame anticuada, pero cada vez que he ido en el metro desnuda, la gente tiende a mirar.

Eso le arrancó una sonrisa reacia. —Estoy seguro de que lo harían. Yo sé que lo haría. Luego tomaría fotos.

Ella puso los ojos en blanco.

Él se acercó a ella, atrayéndola a sus brazos. —¿Tienes hambre?

La sorpresa se grabó en sus facciones. —¿Por qué?

Una risa ronca. —¿De repente he dejado de hablar español, *cara*?

El calor enrojeció sus mejillas, encantador y cautivador, recordándole de nuevo el aire de inocencia que vislumbraba cuando ella dejaba caer ligeramente su guardia. —Lo haces, es solo que no lo entiendo. —Tomó aire—. No entiendo qué quieres de mí.

—¿No lo entiendes? —Tomó su barbilla, levantando su rostro hacia el suyo, para que no hubiera forma de esconderse de su mirada curiosa—. ¿No es obvio?

—Bueno, sí, en realidad, y ya hemos... —su voz se apagó en la nada.

Él negó con la cabeza. —Pero ¿por qué irte? La noche es joven...

—No lo es, en realidad, y tengo que trabajar mañana. Al igual que tú, supongo —señaló ella, así que por un momento, algo oscuro como un trueno rodó en la periferia de su mente.

—Quédate la noche. —No era una pregunta. No podía decir por qué, pero la necesitaba aquí. Le gustaban las mujeres, le gustaba disfrutar hasta saciarse, y seguro que no estaba listo para que Portia se fuera.

—Marco... —frunció el ceño, sus ojos recorriendo su rostro—. ¿Por qué?

—Porque te deseo de nuevo —dijo, simplemente, honestamente—. Porque quiero dormir contigo, en mi cama, y despertar y disfrutarte de nuevo. Porque creo que sería una forma divertida de empezar mañana. ¿No estás de acuerdo?

—Bueno, sí, lo estoy, y si la 'diversión' fuera todo lo que me importara, me quedaría en un minuto, pero llego al trabajo a las siete de la mañana la mayoría de los días, así que lo que sea que estés planeando para mañana no es posible, y tengo que ser capaz de concentrarme durante el día, lo que significa, no sé, dormir realmente en algún momento durante la noche, algo que dudo seriamente que haría mucho si compartiéramos una cama.

Esa era una suposición justa.

—Trabajas demasiado.

—Ya hemos tenido esa conversación.

—Bien. Quédate a cenar.

—Tengo el refrigerador lleno de comida —dijo ella simplemente, encogiéndose de hombros.

La frustración le apretó el estómago. Marco no estaba acostumbrado a que le dijeran que no. No le gustaba. Su ego se resintió, pero era más que eso. Era particularmente el hecho de que Portia le dijera que no lo que hacía que sus nervios temblaran.

—Está bien —dijo con aparente indiferencia—. Como quieras.

Pero en la puerta, le tomó la mano, entrelazando sus dedos. —Vuelve el viernes.

Lo dijo con naturalidad, pero no se *sentía* casual. Estaba disgustado y molesto, deseando que ella no se fuera tan pronto, pero al mismo tiempo, instintivamente sabía que era mejor no asustarla presionándola demasiado.

Además, Marco no era de presionar. No era exigente ni dominante.

—Lo pensaré —dijo ella. Él no insistió.

Los dos habían estado en la ducha, los dos habían sentido lo que él sintió. No había manera de que Portia no lo deseara para el viernes, igual que él la desearía a ella.

El tiempo haría su magia y entonces volvería a disfrutar de su cuerpo. Solo tenía que esperar...

Cinco

En parte se odiaba a sí misma por volver el viernes, pero la invitación de él había estado dando vueltas en su cabeza desde que se había ido, y su cuerpo se había convertido en su peor enemigo, recordándole a cada segundo de cada día lo que había experimentado con Marco.

Se sentía como si le hubieran ofrecido un bufet en medio del desierto.

Como si hubiera pasado sus veinte años sin tener idea de lo que podía ser el sexo, y ahora, de repente, hubiera tenido el despertar más increíblemente poderoso y el conocimiento que Marco había despertado en ella la estaba llevando a un punto febril, haciéndola impotente para resistir todo lo que él ofrecía.

Lo cual era... ¿qué, exactamente? Eso también había estado dando vueltas en su mente.

No sabía qué estaba ofreciendo Marco, solo que el deseo por él era poderoso y de alguna manera estaba más allá de su control ahora.

Sin embargo, tenía que mantener el control. Si se dejaba llevar, si se permitía hundirse completamente en esto, sabía que volvería a salir lastimada. Él era el último tipo de hombre en quien podía confiar para que la cuidara.

Oh, claramente era un dios del sexo cien por cien certificado.

Eso era indiscutible.

Pero ella misma había visto lo rápido que pasaba de una mujer a otra y Portia no se hacía ilusiones de que ella fuera diferente. En un par de semanas, como máximo, él habría seguido adelante, y ella sería olvidada, hasta que él casualmente entrara a la oficina y la viera. Entonces, quizás recordaría brevemente un tiempo en el que no había podido sacarla de su mente, pero poco después, seguiría con su vida: sin daños, sin faltas.

Así que tenía que ser así para Portia también.

Tenía que saber que al final de esto, ella estaría bien.

Lo que significaba límites.

Límites claros, definidos, acordados por escrito.

Esta noche, en lugar de usar la llave que había tenido desde que Dante la envió por primera vez al ático de Marco, llamó a la puerta y esperó obedientemente a que él respondiera.

No tardó mucho.

La abrió hacia adentro vistiendo jeans y una camisa, pies descalzos, cabello despeinado, y sus entrañas se contrajeron con la inconfundible emoción del deseo.

Sin decir una palabra, dio un paso atrás, sosteniendo la puerta abierta, haciéndole un gesto para que entrara.

La aprensión dio lugar a un caleidoscopio de mariposas en su estómago, pero se movió hacia

el vestíbulo de su ático, con el Degas justo frente a ellos. Sin embargo, no hubo tiempo para admirarlo. Marco se adelantó, levantó a Portia, cerró la puerta de una patada mientras la llevaba a través del lujoso apartamento, hacia su dormitorio.

—Espera, espera —dijo ella con voz ronca, presionando una mano contra su pecho.

Sus fosas nasales se dilataron. —He estado esperando —le recordó él con brusquedad.

La desesperación en su voz tiró de algo en su pecho.

—Necesitamos hablar.

—¿Podemos hablar mientras te quito la ropa?

—Sí, pero tal vez no tan coherentemente —dijo ella con una suave risa.

—La coherencia está sobrevalorada.

Tal vez tenía razón. Tal vez había otras cosas más importantes que considerar.

Como la forma en que sus cuerpos hablaban. Y entendían. Y sentían.

—De acuerdo, durante está bien —dijo ella, y él arqueó una ceja, luciendo tan sexy y cínico y absolutamente, absurdamente atractivo que ella vaciló—. ¿Te estás riendo de mí?

—Ni se me ocurriría.

—Más te vale que no.

—Estoy fascinado por ti —dijo él simplemente—. Así que habla —le indicó, mientras la bajaba al pie de su cama, quitándole primero la chaqueta y dejándola en una silla cercana, antes de dirigir su atención a los botones de su blusa y desabrochándolos, uno por uno. Ella trató de atrapar los hilos de sus pensamientos, pero era casi imposible, mientras los dedos de él rozaban su piel. Llegó al último botón, lo desabrochó y deslizó la camisa por sus brazos, dejándola caer al suelo. Ella había elegido un sujetador de encaje esa mañana y él dejó escapar un silbido bajo cuando lo vio.

—Muy bonito.

Ella apretó los dientes. —Esto es... —hizo un gesto de sí misma hacia él—. Necesitamos acordar lo que estamos haciendo, Marco. Es importante.

—Estamos teniendo sexo. O lo tendremos, pronto.

—Lo sé. Y eso es genial. Pero necesito reglas al respecto. Necesito límites.

—¿Límites para el sexo? ¿Dónde está la diversión en eso? —preguntó, desabrochando su sujetador, dejándolo caer para que se arrugara encima de su camisa.

—No me refiero a... —pero él la besó, tragándose las palabras, y descarrilando su tren de pensamiento tan eficaz y pulcramente que ella se perdió completamente en él.

—Cambié de opinión —dijo él con brusquedad—. Hablemos después. ¿De acuerdo?

Ella asintió, suspirando contra él, sus manos empujando ahora su camisa, levantándola, deleitándose en la sensación de su piel, su cercanía, deleitándose en todo sobre esto, y no dejó de deleitarse. No cuando él le quitó toda la ropa y ella se deshizo de la suya, ni cuando la levantó y la colocó en su cama, ni cuando se puso protección y luego entró en ella. Entonces ella se deleitó y se rindió en rápida sucesión, cabalgando ola tras ola de placer y conciencia, sintiendo todas las cosas que era posible que alguien sintiera y conociera cuando su cuerpo estaba siendo expertamente tocado y celebrado.

Y él *estaba* celebrándola.

Esa era exactamente la palabra correcta para describirlo. La estaba adorando, tratándola como si fuera especial, frágil y única, y nunca la habían hecho sentir así, por lo que cuando el placer la golpeó como una ola rompiendo en la orilla, el agudo escozor de las lágrimas en la garganta la tomó por sorpresa, casi quitándole el filo a su euforia, ¡pero se negó a permitirlo! Parpadeó rápidamente, luego cerró los ojos, sintiendo solo esto, él, el momento, sin complicarlo

con recuerdos del pasado y lo que casi había renunciado al casarse con Jack, ni permitiéndose pensar en lo que sucedería después de Marco, cuando volviera a la vida sin él, y sin esto.

Nunca volvería a ser lo mismo que antes, porque *ahora* conocía este lado de sí misma. Lo entendía.

La locura los envolvió, y luego se calmó, volviendo la calma, aunque el aire aún crepitaba y zumbaba con la electricidad que generaban cuando estaban cerca.

—Bien —dijo él, apoyándose sobre un codo, su mano acariciando distraídamente su cabello —. Ahora podemos hablar.

Ella sonrió, sus labios curvándose por sí solos, relajada y contenta, inundada por el alivio que venía de haber disfrutado lo que había estado pensando desde el momento en que dejó su casa la última vez.

Solo que, aunque Portia sabía que necesitaba tener esta conversación, tenía hambre y sed, y pensó que podría ser más fácil hablar una vez que tuviera una copa de vino en la mano.

—¿Tienes algo para beber?

—Estoy bastante seguro de que has pasado por mi bar suficientes veces como para saber la respuesta a eso.

Ella empujó su pecho.

—Quiero decir, ¿podemos tomar algo?

—Claro —se puso de pie, gloriosamente desnudo y despreocupado, extendiendo una mano hacia Portia. Ella puso la suya en la de él, maravillándose del escalofrío que le recorrió la columna.

—¿Me das un minuto? —preguntó ella.

Él escaneó su rostro y luego salió de la habitación sin decir una palabra más. Unos momentos después, Portia se unió a él en su lujosa sala de estar. Marco se había puesto unos bóxers, pero por lo demás permanecía como había estado en la cama. Él la miró mientras descorchaba una botella de champán, cuya etiqueta ella no reconoció.

—Tienes la mala costumbre de vestirte, *cara*.

Sus labios se torcieron hacia un lado.

—¿Tienes algún problema con eso?

—Tengo un problema si es el preludio de que te vayas.

—Yo fui quien sugirió tomar algo.

Él sirvió dos copas, le llevó una a ella. Ella la tomó, bebió agradecida, disfrutando la sensación de las burbujas en su boca, bajando por su garganta.

—La cosa es —dijo ella, yendo directo al grano—. Necesito ser cuidadosa aquí, contigo. Esto. Lo que sea que estemos haciendo.

Él la consideró sin hablar.

Los nervios de Portia se tensaron.

—Obviamente estoy disfrutando... eso... —hizo un gesto hacia su dormitorio, con las mejillas sonrojadas—. Pero no soy idiota. Pasas por muchas mujeres...

—Sí, creo que ya has mencionado esto antes. Me gustan las mujeres.

—Sí.

—¿Tienes algún problema con eso?

Ella negó con la cabeza.

—Pero soy realista. Me metí en esto con los ojos bien abiertos. Hay un punto de caducidad claro en lo que sea que esto es. Y está bien —se aclaró la garganta—. Seguirás adelante, sin duda pronto, y todo volverá a la normalidad —dijo encogiéndose de hombros. Excepto que no sería

normal, porque ella era diferente ahora. Él la había cambiado, y ella siempre estaría agradecida por eso.

—¿Pero? —la instó él—. ¿Qué pasa, Portia? ¿Estás preocupada de que te vayas a enamorar de mí?

—Dios, no —dijo ella con una risa irregular—. Créeme cuando te digo que eso es lo último que quiero. No estoy interesada en una relación —se estremeció, subrayando la sinceridad de esas palabras—. Mi vida personal es un poco un desastre. En realidad, es un completo desastre. Ese es mi punto. Necesito que esto sea simple. Contenido. Es realmente importante para mí que nadie del mundo real se entere de lo nuestro.

—Ya hemos acordado que permanecerá en secreto.

—Lo sé, pero eso fue cuando ambos pensamos que sería algo de una sola vez. Y ahora lo hemos hecho varias veces, y me has propuesto cosas *en el trabajo*, y tu hermano sigue pidiéndome que te llame o venga a tu apartamento y solo creo que es importante asegurarnos absolutamente de que no haya confusión de límites. Esto es una cosa, pero mi vida está separada. Tu vida está separada. Nadie puede saberlo.

—No tengo ningún problema con eso.

—Dante te mataría.

Los ojos de Marco se entrecerraron.

—Es protector contigo.

—Aprecia mi trabajo —dijo ella vacilante y luego asintió—. Y sí. Es protector conmigo. Somos amigos —dudó de nuevo—. Su amistad es importante para mí; esto sería... un problema. Y no quiero problemas en el trabajo.

Los ojos de Marco se oscurecieron.

—Dime que no sientes algo por mi hermano.

—Dios, no. No, no. Para nada. Es *Dante*. Es como... no sé. No es mi tipo.

Él tomó un sorbo de champán, se paró frente a ella, la besó, el líquido frío pasando de su boca a la de ella.

—Me alegra oírlo.

—Quiero decir, obviamente es muy guapo, y exitoso, inteligente y amable...

—Puedes parar mientras vas bien —sugirió Marco.

—¿Estás realmente celoso? —no pudo resistir bromear.

—Soy posesivo, incluso cuando sé que las cosas son a corto plazo.

—Es tu apasionado temperamento italiano —murmuró ella, parpadeando hacia él.

—Algo así. ¿Entonces? ¿Eso es todo?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Nunca he hecho esto antes. ¿Cómo termina?

Su expresión era perpleja.

—¿Qué quieres decir?

—Como cuando te acuestas con mujeres, ¿simplemente te despiertas un día y ya las superaste? ¿Eso es todo? ¿Qué dices para terminarlo?

Él hizo una mueca.

—No tengo un guion. Cada relación es diferente.

—Vamos, no es gran cosa. Quiero saber qué esperar, cuando llegue el momento.

—¿Cómo sabes que no te cansarás de mí primero?

Ella abrió la boca para señalar lo improbable que era eso, pero afortunadamente la cerró a tiempo.

De alguna manera, eso sería revelar demasiado de sus pensamientos más íntimos a él, y no

quería hacer eso.

—No es algo unilateral —dijo él con un toque de frustración—. Usualmente, es simplemente un entendimiento mutuo. La pasión disminuye. Me doy cuenta, quien sea con quien esté durmiendo también lo hace. O la vida nos separa: trabajo, compromisos, por una razón u otra, simplemente ya no tiene sentido. Ambos seguimos adelante. Es simple.

Pero Portia frunció el ceño, negando ligeramente con la cabeza.

—¿Por qué te molesta eso?

Sus ojos, grandes y verdes, tan profundos que parecían lagunas, se alzaron hacia los de él. —Es que antes estuve en una situación en la que no me di cuenta de lo que pasaba, y fue... bueno, un desastre total, la verdad. ¿Y si no me doy cuenta contigo?

—¿Qué pasó? —preguntó él, ignorando su pregunta y respondiendo con otra.

Ella negó con la cabeza. —Es una larga historia que no necesitas escuchar. Basta decir que la relación terminó, fue doloroso y aún estoy lidiando con las consecuencias.

Él acarició su labio con el pulgar, luego su mejilla, deteniéndose en su oreja. —Así que quieres la seguridad de que te protegeré.

Ella asintió rápidamente. —Prométeme que mantendremos esto simple. Ligero. Sin ataduras. Sin dramas. Y que cuando te aburras de mí, simplemente... lo dirás. Solo dame la cortesía de decirme que ya no estás interesado en mí.

Su ceño se frunció profundamente, marcando líneas en su frente. —Lamento que alguien te haya hecho sentir así.

Ella negó con la cabeza, y él retiró su mano, tomando un sorbo de champán. Ella hizo lo mismo, bebiendo la mitad de su copa. Era delicioso, fresco y seco, helado y refrescante.

—Y sobre todo, prométeme que no harás nada estúpido como coquetear conmigo en el trabajo otra vez. En la oficina, tienes que actuar como si no me conocieras. ¿De acuerdo?

AL MENOS UNA vez al mes, Dante, Marco y Salvatore volvían a Italia para almorzar o cenar con sus padres y la ahijada de estos, Sofia, quien era prácticamente una hermana para ellos desde hacía muchos años.

Se les había inculcado desde niños. *Famiglia è tutto.* La familia lo es todo.

—Crecerán alas, mis amores, y las usarán para viajar lejos, pero nunca olviden que también pueden traerlos de vuelta a casa.

Así que, en lugar de poder disfrutar de Portia el siguiente fin de semana, se encontró de vuelta en la Toscana, mirando el atardecer mientras sus padres y hermanos discutían los méritos de la última cosecha, comparando botellas de champán de los últimos diez años.

Aunque le apasionaban sus viñedos boutique, Marco optó por una cerveza, irracionalmente irritado.

—¿Qué pasa? —Salvatore se paró a su lado, contemplando el paisaje.

—¿A qué te refieres?

—Estás cavilando.

—Estoy pensando. Es diferente.

—¿En qué piensas?

—¿Importa?

Sofia apareció después, hermosa con su largo cabello rubio recogido en una cola de caballo suelta, sus ojos azul oscuro escudriñando el rostro de Marco. —Realmente pareces preocupado

por algo.

—No es nada —dijo con desgana—. ¿Cómo va la universidad? —Sofia estaba en su último año de derecho, un hecho del que sus padres estaban inmensamente orgullosos.

—Aburrida —respondió con un destello en los ojos—. No veo la hora de terminar.

—¿Vas a trabajar con nosotros?

—Estoy considerando mis opciones —dijo misteriosamente, concentrada en Marco—. Entonces, ¿qué pasa?

Dante estaba impaciente. —¿Es por el asunto de Valentino?

—Claro —mintió Marco encogiéndose de hombros—. Eso no es ideal, ¿verdad?

—Para nada. —Dante se pasó una mano por el pelo—. ¿Alguna novedad?

—Te avisaré cuando tenga algo.

—Mantén a Portia informada también —instó Dante—. Si me pierdo un mensaje, ella puede avisarme. Sabe lo importante que es.

Marco se llevó los dedos a la frente en un saludo burlón, ignorando cómo su ritmo cardíaco se aceleraba al mencionar a Portia.

Y a pesar de lo que le había prometido a Portia, se encontró queriendo mencionarla, sondear a su hermano en busca de información sobre ella, saber qué sabía Dante sobre su ruptura, que aparentemente había sido tan mala.

—Es impresionante —dijo finalmente, a regañadientes.

Dante lanzó una mirada a Marco, sospechosa al principio, pero la expresión indiferente de Marco evidentemente convenció a Dante de que simplemente estaba haciendo una observación.

—Es meticulosa, organizada hasta el extremo, increíblemente inteligente y trabajadora, y confiaría mi vida a ella. Se podría decir que es impresionante.

—Suena como si no pudieras vivir sin ella.

—No quisiera intentarlo —respondió Dante seriamente—. No tienes idea de cuánto ha mejorado mi eficiencia, simplemente al optimizar el lado administrativo de las cosas. Puedo delegarle casi cualquier cosa, y ella sabe exactamente qué hacer con ello.

Una extraña emoción burbujeo en el pecho de Marco. ¿Placer? ¿Orgullo? ¿Por qué debería sentir alguna de esas cosas? El desempeño laboral de Portia no era en absoluto un reflejo de él. Este era su logro, todo suyo.

—¿Como conmigo? —Marco no pudo evitar responder, con sorna—. ¿Cuántas veces la has enviado con contratos para que yo firme o para que me controle? ¿Es porque sabes que ella va a conseguir lo que necesitas, sin importar qué?

—Sí. —Los ojos de Dante resplandecieron—. ¿Me culpas? Eres algo difícil de localizar.

Las fosas nasales de Marco se dilataron al expulsar el aire, toda su atención en las colinas ondulantes tras las cuales el sol se estaba ocultando alegremente.

—No te culpo —murmuró Marco, sin saber por qué se sentía oscuro y sombrío, solo que estaba aquí, en Italia, y quería a Portia con un dolor que era invasivo y consumidor.

Dime cuando te canses de mí, le había suplicado y Marco había prometido que lo haría, pero había sido una petición tan extraña, que no podía evitar preguntarse: ¿quién la había decepcionado? ¿Quién le había roto el corazón? ¿Quién le había prometido el mundo y luego se lo había arrebatado?

—¡MARCO! —Miró a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie estaba mirando su

puerta. Aunque, ¿quién estaría ahí en las primeras horas del lunes por la mañana?— ¿Qué haces aquí? —Negó con la cabeza—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Tus registros de personal.

Ella lo miró fijamente, con los labios entreabiertos. —¿Tus qué?

—Soy director de la empresa, *cara.* ¿O lo habías olvidado?

Sus mejillas se sonrojaron. —Supongo que sí lo había olvidado un poco —. Abrió la puerta de par en par, vestida solo con un fino camisón, ya que no esperaba asomarse y ver a Marco allí parado. Pensó que serían niños jugando al timbre y huye o algo así, que podría ignorar el golpe e irse directamente a la cama.

Pero ahora estaba mirando a Marco y su corazón latía aceleradamente, su estómago se retorcía y repasaba mentalmente un catálogo de su apartamento, tratando de recordar si había terminado de guardar los platos y la ropa, y la lencería que había lavado a mano y secado sobre un radiador... si había algo más desagradable a la vista que realmente habría preferido mover antes de que Marco viera su lugar.

¿*Antes*?

¿Como si fuera una conclusión inevitable que él lo haría?

¿No era eso exactamente lo contrario de lo que habían acordado?

Esta no era una relación con una gradación de pasos, no como un romance normal con desarrollos de referencia, como ver las casas del otro y conocer a los padres.

—Marco —levantó una mano hacia su pecho—. ¿Por qué estás aquí?

Él se encogió de hombros, se acercó más, y ella percibió un ligero olor a cerveza en su aliento.

Frunció el ceño. —¿Estás borracho?

—No. Tomé algunas copas en el vuelo de regreso.

Por supuesto. Este era Marco Santoro. ¿Cuándo no estaba de fiesta? Algo se retorció en el centro de su pecho mientras imaginaba su vida cuando no estaban juntos. No se le había ocurrido a Portia preguntar si se estaba acostando con alguien más, porque eso parecía fuera de lugar con lo que eran, y sin embargo, no podía decir con honestidad que no le importaba.

—¿Cuándo volaste de regreso? —Su voz estaba ronca; se aclaró la garganta.

—Justo ahora.

—¿Como... justo ahora? ¿Qué avión aterriza a esta hora? —Sacudió la cabeza—. No importa. Ya entiendo. Un jet privado.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Así que tu chofer te trajo aquí?

Él asintió.

—¿Ese sería un chofer que trabaja para la empresa? —Le recordó con rigidez.

—No. Tengo un chofer privado. No te preocupes, nuestro secreto está a salvo —Se quitó la camisa, con los ojos fijos en ella—. ¿Quién te lastimó?

Ella se quedó mirando su pecho desnudo, con el corazón acelerado.

—¿Qué?

—Dijiste que todavía lo estás superando. ¿Quién fue?

—Marco...

—Lo pregunto porque se me ocurre que lo que estamos haciendo ahora está relacionado con lo que él te hizo entonces. Que me estás usando para superarlo, tal vez para vengarte de él. Eso tiene sentido. Pero, ¿no es la honestidad parte de nuestro pacto?

—En realidad, creo que lo único sobre lo que acordamos explícitamente ser honestos fue

sobre cuándo queremos terminarlo...

—¿Así que no me lo vas a decir?

—No —admitió con voz temblorosa, alejándose de la pared y adentrándose más en su apartamento. No era nada comparado con el suyo. Ninguna sala de estar palaciega, ningún Degas, ninguna vista al Támesis. Solo un pequeño y pulcro piso en Elephant & Castle a dos puertas de un muy agradable, aunque algo ruidoso, gastro-pub. Era todo lo que podía permitirse cuando se mudó de la casa que compartía con Jack, y le había encantado porque era todo suyo.

Pero ahora lo veía a través de los ojos de Marco, y era imposible ignorar el hecho de que estaba un poco deteriorado en los bordes. La pintura descolorida, la alfombra levantándose en una esquina, sus muebles una mezcla de las piezas que había comprado con Jack y aquellas con las que había tenido que complementarlos, porque él se había quedado con la mitad de sus cosas.

Solo que Marco no estaba mirando su apartamento. Sus ojos se posaron pesadamente en su rostro, se aferraron allí, su expresión reflexiva, así que se dio cuenta de que cualquier brillantez que impulsara ese cerebro suyo, actualmente la estaba tratando como el último rompecabezas numérico que tenía que resolver.

El corazón de Portia dio un extraño giro, su estómago cayó hasta sus pies, y dio un paso adelante, impulsada por una ola de inevitabilidad. Este era un viaje corto, y a veces podría ser accidentado, pero eso estaba bien, porque tenían barandillas y límites establecidos y eso significaría que todo estaría bien. Se estaban cuidando mutuamente. Podía relajarse y simplemente disfrutar del viaje.

—¿Quién era él? —preguntó Marco, pero Portia había empujado a Jack muy al fondo de su mente. Solo estaba pensando en Marco y en cómo la hacía sentir. Y tal vez Marco tenía razón. Tal vez esto iba más allá de querer entender el lado sexual de sí misma que Portia ni siquiera sabía que existía hasta que Marco despertó esos sentimientos. Tal vez también había un elemento de venganza aquí, de desquitarse con Jack.

Excepto que, si ese fuera el caso, ¿por qué no había estado tentada de decirle que había seguido adelante? ¿Por qué le había importado más el secreto incluso que a Marco? No era solo su trabajo. Es que esta era su vida privada y personal y habiendo tenido la ruptura de su relación tan pública, conocida por todos sus amigos y familiares, disfrutaba esta oportunidad de gozar lo que estaba sucediendo lejos de cualquier tipo de escrutinio o necesidad de explicar.

—¿Viniste aquí en medio de la noche para hablar? —preguntó, con voz ronca—. ¿O quieres llevarme a la cama?

Sus ojos brillaron y su nuez de Adán se movió al tragar.

—Ambas.

Ella presionó un dedo contra sus labios. —Excepto que yo no quiero hablar.

Él la miró por un momento; ella podía sentir la guerra que se libraba dentro de su mente, sopesando las opciones, decidiendo qué decir a eso, y luego evidentemente su cerebro cedió ante su cuerpo, porque la besó como si fuera a morir si no estaba inmediatamente con Portia; y ella se alegró. Así era exactamente como ella se sentía también.

Seis

—¡MIERDA! —Portia se incorporó de golpe, buscando su teléfono—. Llego tarde. Debo haber apagado la alarma cuando la pospuse.

A su lado, Marco era un estudio de relajación indolente, con un brazo sobre la cabeza, desnudo y con solo una sábana cubriendo la parte inferior de su cuerpo.

—Tranquila. Aún es temprano.

—Para mí es *tarde* —murmuró ella, saltando de la cama y dirigiéndose apresuradamente hacia el pequeño baño privado—. Tengo que prepararme para el trabajo. Tu hermano va a matarme.

No era cierto. Dante nunca había perdido los estribos frente a Portia y ciertamente nunca con ella. La respetaba, le caía bien; trabajaban bien juntos. Pero eso lo hacía aún peor; no quería decepcionarlo.

—Todavía está en Italia.

Por supuesto que lo estaba. Ella había organizado el viaje.

—Eso es aún peor —murmuró—. Estoy diez veces más ocupada cuando él está fuera de la oficina. Dios, Marco, no deberías estar aquí. No deberías haber venido. Esto no funciona entre semana. No quedarse a dormir. No... no...

—¿Tener sexo en la madrugada?

El calor le subió a las mejillas y entonces, él se movió, levantándose y acercándose a ella.

—Relájate, *cara*. Tú prepárate, yo haré el café. Mi chofer te llevará. No es para tanto.

—Para ti nunca nada es para tanto —murmuró ella—. Vives en tu propio mundo y te manejas completamente a tu antojo. El resto de nosotros tenemos trabajos y no podemos simplemente...

Él le puso un dedo en los labios.

—Esto no te está ayudando a salir más rápido —señaló.

Con una mirada de impaciencia, ella se metió rápidamente en el baño y cerró la puerta para rematar. No para mantener a Marco fuera, sino para evitar debilitarse e invitarlo a entrar. Todo su cuerpo hormigueaba de deseo por el hombre al que había llegado a anhelar como los peces necesitan el agua.

Diez minutos después, salieron juntos, con vasos de café para llevar en la mano y el coche de Marco esperando en la acera.

—¿Entonces? —la incitó él, una vez atrapados juntos en el asiento trasero, Portia agudamente consciente de cada movimiento que Marco hacía, cada cambio de postura, cada respiración—. ¿Quién era él?

Ella no fingió no entender.

—No es importante. Se acabó.
—Pero todavía te afecta.
Ella frunció el ceño.
—En cierto modo.
—¿Por qué?
Ella se encogió de hombros, a la defensiva.
—Solo fue hace seis meses.
—¿Y era algo serio?
Ella bebió un sorbo de café.
—Estábamos comprometidos.
Marco se movió, girándose para mirarla.
—¿Para casarse?
Portia lo miró con sarcasmo.
—¿Qué otro tipo de "compromiso" hay?
Él la miró fijamente durante un largo rato.
—Lo amabas.
Algo en esa descripción chirriaba en Portia, pero de todos modos asintió vagamente.
—Esa es generalmente la razón por la que la gente se compromete, ¿no?
—Hay todo tipo de razones —dijo Marco con un deje de cinismo.
—No para mí.
—De acuerdo, entonces, lo amabas. ¿Por qué terminaron?
Ella no quería tener esta conversación, pero Marco era como un perro con un hueso y Portia no quería pasar por esto cada vez que su curiosidad resurgiera.
—Teníamos ideas diferentes sobre lo que debería implicar un compromiso. Para mí, excluía la posibilidad de dormir con alguien más. Para él, eso era definitivamente una zona gris.
—Te engañó.
—Sí.
Ella jugueteó con sus dedos en su regazo.
—¿Estás segura de esto?
—Sí.
—Porque a veces los chismes pueden...
—Los pillé in fraganti —lo interrumpió con firmeza—. No había forma de confundir lo que estaban haciendo, créeme.
Las facciones de Marco no cambiaron, pero algo en las profundidades de sus ojos destelló con emociones oscuras e inflexibles.
—La cosa es —bajó la voz, a pesar de la mampara que los separaba del conductor—, que estuvo mal que me engañara. Por supuesto. Habíamos hecho un compromiso; estábamos a solo seis semanas de la boda.
Marco hizo un ruido, pero no habló. Portia continuó.
—Excepto que nunca fue así entre nosotros. El sexo. —Se mordió el labio, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Ni siquiera lo hacíamos, ya sabes, con mucha frecuencia, y siempre sentí que era una especie de tarea para él. Y para mí. —Se sonrojó hasta la raíz del pelo —. Tú eres tan sensual, tan abierto a ese lado de ti mismo. Así que cuando me propusiste... sentí curiosidad. ¿Cómo sería con alguien que obedeciera estos instintos cuando quisiera? Te preguntabas si yo era mojigata. Supongo que yo también. Tal vez por eso... tal vez si hubiera sido menos mojigata... él no me habría engañado. —Se encogió de hombros.

El aire entre ellos parecía crepitar con la fuerza de los sentimientos, dudas e incertidumbres de Portia, y a pesar de lo intensa que era su química con Marco, ella todavía esperaba algún tipo de consuelo.

Pero él estaba callado, pensativo, rumiando y solo un momento después, el coche se acercó a la oficina. Portia entró en pánico.

—¿Puedes pedirle que me deje aquí? Caminaré el resto del camino.

Marco asintió, presionó un botón, habló con el conductor y el coche inmediatamente se detuvo en un carril de autobuses. Portia, siempre consciente de no causar molestias a nadie, se apresuró a salir del coche.

Sin embargo, Marco le agarró la mano, la atrajo hacia él y le dio un beso en los labios.

—Escúchame.

Su corazón titubeó.

—Era un idiota.

Era lo último que ella esperaba que él dijera.

—Si ustedes no tenían química, eso es una cosa. Pero no excusa la infidelidad.

Algo caliente le inundó la parte posterior de los ojos. Sintió la amenaza de las lágrimas y apartó la mirada, necesitando componerse, luchando por saber qué decirle a un hombre que le estaba diciendo exactamente lo que ella *necesitaba* oír.

—Él solo lo hizo todo... barato. Habíamos estado juntos durante años. Éramos amigos antes de eso. Habíamos planeado una vida juntos. Y nada de eso significó nada para él. Me sentí como una tonta.

—Lo dejaste. ¿Qué hay de tonto en eso?

—Solo quiero decir, ¿cómo no me di cuenta?

—Eres fundamentalmente una buena persona. Esperas que todos los demás también lo sean.

Ella torció los labios hacia un lado.

—Sé que no todo el mundo es bueno. Solo pensé que él lo era.

—Lo amabas —dijo Marco suavemente.

Ella parpadeó rápidamente, con el estómago revuelto.

—En fin. —Levantó un hombro—. Eso es lo que pasó. Ahora lo sabes.

Él se acercó, rozando sus labios con los de ella.

—Y ahora quieres hacerte sentir bien, olvidándote de él. Quieres divertirte por un tiempo.

—No sé lo que quiero —dijo ella suavemente—. No sé qué estamos haciendo. Solo sé... que me gusta.

—Así es como debe ser.

Portia se mordió el labio inferior.

—Pero yo no soy como tú. Soy una planificadora. Con el trabajo y con toda mi vida. No solo sigo mis instintos.

—¿Por qué no?

—Porque así es como se cometen errores.

—No hay garantías en la vida. Te comprometiste con alguien en quien creías poder confiar; él te lastimó. —Marco alcanzó la barbilla de Portia, inclinándola hacia sí mismo—. Yo no voy a lastimarte.

Los ojos de Portia se dirigieron a los de Marco. Su estómago se retorció.

—No voy a permitir que me lastimes. Esto es solo sexo. Cuando terminemos, me iré. —El desafío inundó su voz con confianza.

—Buena chica. —Marco besó la punta de su nariz; el estómago de Portia se llenó de

mariposas.

—Lo digo en serio —murmuró ella—. Después de Jack, solo necesito un descanso de cualquier cosa seria. Y tú definitivamente no eres serio. —Para subrayar el punto, lo besó, aliviada de que su conexión física fuera lo que los había unido. No había necesidad de pasar por todo el proceso de "conocerse" porque se conocían lo suficiente como para estar cómodos con lo que estaban haciendo en el aspecto físico.

Se suponía que era un beso para demostrar un punto, pero la boca de Marco era una especie de magia y mientras la besaba, ella se sintió deslizándose, cayendo, su cuerpo rindiéndose, la boca de él reclamando la suya con calor al principio y luego con pura desesperación. Con un gemido, se aferró a su camisa, su cuerpo pegado al de él, y él la besó con tanta fuerza que empujó su cabeza contra el suave cuero del asiento del coche, su cuerpo cálido, su fragancia masculina volviendo locos sus sentidos.

—Tienes que ir a trabajar —dijo él, su mano deslizándose por su muslo, bajo la falda que llevaba.

La garganta de Portia se constriñó. No podía hablar. No podía moverse. Estaba en llamas, el placer latía como un tambor del que no podía escapar.

—¿Quieres ir a trabajar? —Preguntó de nuevo, esta vez con una sonrisa pecaminosa, mientras sus dedos rozaban su sexo y ella instintivamente levantó las caderas del asiento.

—No —susurró ella—. Sí. Dios, sí —mientras él apartaba sus bragas y deslizaba un dedo dentro de su húmeda calidez, sus músculos apretándose alrededor de él—. Dios, Marco.

—Divertirse es bueno —le recordó, besándola ahora mientras acariciaba su grupo de nervios más sensible, haciendo imposible pensar, llenando su cuerpo de un calor como lava.

—Quiero que te diviertas —arrastró el labio inferior de ella entre sus dientes. Ella gimió—. Quiero follarte hasta que te olvides de él y de cualquier otro que te haya lastimado alguna vez.

Mientras Portia cabalgaba una ola de placer que estaba borrando su capacidad de recordar incluso su propio nombre, casi admitió que Marco ya estaba a medio camino de lograr su objetivo.

Era el cuarto bostezo que había reprimido en el transcurso de la tarde, así que no fue realmente una sorpresa cuando Dante comentó:

—Estás cansada.

El calor amenazó con colorear sus mejillas.

—Mis vecinos me mantuvieron despierta anoche —mintió—. Estoy bien.

—¿Necesitas ir a casa?

Para alguien que era considerado un completo cabrón alfa la mayor parte del tiempo, tenía un lado realmente dulce y suave. Además, su reputación era errónea. No era un cabrón. Había perdido más de lo que nadie debería tener que perder en su vida, y ese dolor lo había esculpido.

Portia negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—De acuerdo. —Dante sirvió dos tazas de café, llevó una a Portia—. ¿En qué estamos con Taiwán?

—Esperando que se audite un informe de pérdidas y ganancias. Se espera para después de Navidad.

Él negó con la cabeza.

—¿Algo que podamos hacer para acelerarlo?

Portia hizo una nota.

—Los llamaré.

Él asintió una vez.

—¿Qué más?

Ella golpeó su bolígrafo en el borde del escritorio, leyendo la agenda.

—El trato de Acto. ¿Algún movimiento?

Dante frunció el ceño.

—Empiezo a pensar que Marco podría tener razón.

Su corazón tartamudeó con la mera mención de Marco; los recuerdos de cómo la había tocado en el coche esa mañana inundaron su cerebro.

—Los Valentino deben estar metidos en esto.

Podría haber habido un tiempo en que ella habría discutido. Después de todo, este era un trato de miles de millones de dólares. Podría haber cualquier número de factores retrasando las cosas. Lo más probable era la complejidad de comprar una empresa con múltiples operaciones en marcha en todo el mundo.

Pero Marco era brillante, y su confianza era cegadora. Parecía absolutamente seguro de que los Valentino estaban involucrados y, por lo tanto, Portia lo creía. Al igual que le creía cuando le aseguraba que no la lastimaría.

Ella *confiaba* en él, se dio cuenta con una ligera incomodidad. Porque, ¿por qué debería confiar en él? Apenas lo conocía. Y lo que sí sabía lo pintaba como alguien que no se tomaba la vida en serio. Que no se preocupaba por las cosas. O las personas. Que era eternamente soltero.

Estos eran rasgos que deberían haberla puesto en guardia, y sin embargo, independientemente, se sentía absolutamente convencida de que Marco tenía razón.

—¿Puedes organizarlo?

Portia, mortificada, se volvió hacia su jefe. Había estado aturdida y claramente se había perdido algo importante. Dante la miraba, esperando una respuesta, y cuanto más la miraba, más humillada se sentía Portia por haber dejado vagar su mente. Tenía que controlarse.

—Un viaje a Florencia —dijo él—. Acto tiene una oficina allí. Iré esta semana en algún momento. No dejes que lo pospongan más allá de eso.

Ella asintió enérgicamente, esperando que él no hubiera notado lo distraída que había estado. —¿Estás seguro de que no quieres trabajar desde casa esta tarde?

Casa. Más recuerdos: Marco en su puerta, en su casa, su cama, durmiendo con uno de sus grandes y fuertes brazos rodeándola. Pero luego miró a su jefe, alguien a quien consideraba un amigo, y recordó lo amable que había sido Dante con ella, cuánto le debía, y una ola de culpa la invadió.

Se levantó abruptamente. —Estoy bien —prometió, con un poco de dureza—. Me pondré con esto ahora mismo.

—De acuerdo. Es tu decisión. Gracias, Portia.

Él ya estaba pasando a la siguiente tarea, su legendaria concentración láser redirigiéndose antes de que ella hubiera salido siquiera de la oficina. Le echó una última mirada, sus ojos cayendo sobre la foto de boda junto a su teclado, inundándola la compasión como siempre que pensaba en su difunta esposa e hijo, y luego salió de la oficina.

—PORTIA AL HABLA —contestó casualmente ya que la llamada venía de una línea interna, así que alguien en el edificio.

—Marco al habla. —Su voz era áspera y le tiraba del estómago como una cuerda irrompible.

Cerró los ojos, inspiró, exhaló, intentó no pensar en el hecho de que no se habían visto en dos días.

—Estoy en el trabajo —susurró, cubriendo el auricular con la mano.

—Presumiblemente, dado que he llamado a tu teléfono de escritorio.

El calor la ruborizó hasta la raíz del cabello. Echó un vistazo hacia la puerta de Dante, contenta de verla cerrada.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó sin aliento.

—Interesante pregunta. ¿Quieres la respuesta honesta o una que sea apropiada para el lugar de trabajo?

Sus entrañas se revolvieron. —Marco —siseó—. Hablo en serio. —Pero una sonrisa le cosquilleaba en las comisuras de la boca y su cuerpo estaba caliente por todas partes de deseo.

—Necesito verte.

Su corazón se le cayó a los pies y el color abandonó su rostro. *Prométeme que me lo dirás cuando se acabe.*

—Estoy en mi oficina —añadió, así que frunció el ceño, pensando en su ático, donde tenía una oficina en casa majestuosa y apenas utilizada. Pero entonces recordó que había llamado por una línea interna.

—¿En el edificio? —preguntó escépticamente.

—No suenes tan sorprendida.

—¿Tienes una oficina aquí?

—Claro. Soy director, ¿recuerdas?

Sí lo recordaba, y además, se lo había recordado hace apenas unas noches, cuando apareció en su piso.

—Estoy trabajando —dijo en voz baja.

—Cinco minutos.

—Marco...

Pero dudó, porque si iba a terminar con ella, no estaba segura de estar lista para tener esa conversación todavía. Excepto que, ¿no era mejor que cayera el hacha de una vez?

Con piernas un poco inestables, empujó hacia atrás su silla. —¿A dónde voy?

—Piso veinte, al final del pasillo. —Cortó la llamada antes de que ella pudiera decir otra palabra.

Marco sabía lo importante que era respetar los límites de Portia. Lo había sabido incluso antes de que ella se abriera con él sobre su imbécil ex, pero después de haberla escuchado admitir cuánto le había dolido la infidelidad, cuán asustada estaba de volver a ser herida, prácticamente lo tenía escrito en letras grandes y en negrita: TEN CUIDADO. Ella era una mujer de carne y hueso con un buen corazón, alma, bondad en sus ojos, y él no quería convertirse en alguien más que ella tuviera que intentar olvidar.

Así que se había mantenido alejado durante unos días. Dándole espacio. Dándoles a ambos espacio, incluso cuando anhelaba su cuerpo de una manera increíble. Incluso cuando ella atormentaba sus sueños.

Habían acordado que esto era solo sexo, y él no tenía problemas con eso, pero realmente era el mejor sexo de su vida, y quería más de ella, todo el tiempo.

Merecía una medalla por haber podido mantenerse alejado de ella durante tanto tiempo.

Sonó un golpe en su puerta. Se preparó, se giró lentamente, preparándose de una manera que era nueva, diferente.

—Adelante.

No era culpa de Portia que el sol inundara la habitación con ella, iluminándola por detrás gracias a las ventanas de piso a techo del vestíbulo. No era su culpa que el sol la bañara en oro, haciéndola parecer un ángel.

Cerró la puerta; el sol desapareció pero no el tinte dorado de su aura.

—¿Querías verme? —preguntó, con voz queda, y algo llamó su atención, porque sonaba tensa. Nerviosa.

—Por favor, toma asiento —gesticuló hacia el otro lado de la oficina.

Sus ojos se encontraron con los suyos, nerviosamente, luego escanearon su oficina, con un pequeño ceño fruncido en sus labios. ¿Se estaría preguntando por qué tenía una oficina tan grande, dado que raramente venía aquí?

—Estoy bien de pie —dijo después de un momento—. No puedo quedarme mucho tiempo.

Él cruzó los brazos sobre su pecho. Había albergado algunas fantasías de quitarse la ropa y tener sexo en el lujoso sofá de cuero de su oficina, pero una mirada a sus rasgos tensos le hizo abandonar todos los pensamientos de eso. Ella era como un gato asustadizo. No quería asustarla.

—Entonces iré directo al grano.

Ella esperó, con las manos a los costados.

—Sé que hay espacio para la incomodidad en Florencia. Probablemente estés nerviosa sobre cómo va a funcionar todo eso. Solo quería asegurarte que Dante no sospechará nada. Encontraremos una manera de vernos que no esté en su radar. ¿De acuerdo?

Los ojos de Portia se cerraron por un segundo, su pecho moviéndose mientras inhalaba profundamente. —Lo siento. ¿Qué?

—Florencia. Viernes. Obviamente tendrás tu propia habitación, pero estaremos en el mismo hotel. Te daré una llave de mi habitación. Úsala cuando quieras.

—Marco —dijo ella negando con la cabeza—. No tiene sentido lo que dices.

—Dante tiene una reunión con Acto —dijo Marco. Luego, al darse cuenta, añadió—: ¿No te ha dicho que voy?

—No —admitió ella secamente, con los ojos muy abiertos—. ¿*Vas* a venir?

—No tiene tiempo para revisar las cifras. Me quiere allí.

—Pero tú nunca haces estas cosas —se quejó ella—. No puedes venir.

Marco ignoró la extraña sensación de vacío en su estómago. No era nada. Sorpresa, eso era todo, porque había pensado que ella podría estar emocionada ante la oportunidad de tener una escapada romántica y furtiva entre compromisos laborales. Él sí lo estaba. La idea de no solo seducir a Portia en un hotel de cinco estrellas, sino también llevarla a pasear por una de sus ciudades favoritas, le había hecho imposible rechazar la petición de Dante.

Evidentemente, ella no compartía ninguno de sus sentimientos al respecto.

—Ya está decidido. Estaré en el vuelo.

Portia gimió.

—Esto no puede suceder.

De acuerdo, tenía un ego lo suficientemente fuerte como para no sentirse herido, pero definitivamente no le gustaba cómo le hacía sentir su reacción.

—¿Cuál es tu preocupación?

—Soy una pésima mentirosa —dijo con un gemido, presionando la palma de la mano contra su frente—. Dante me conoce casi mejor que nadie en la tierra. —Algo punzante se clavó en el pecho de Marco—. Va a mirarnos una vez, a ver cómo me comporto cuando estás cerca, y lo va a *saber*.

—¿Y cómo te comportas cuando estás cerca de mí? —exigió saber. Al diablo con todo,

pensó, mientras cruzaba la habitación y se plantaba frente a ella, con una expresión de altiva impaciencia en el rostro.

Ella se llevó una mano al pecho.

—No podemos engañarlo. Y no sé con quién se enfadaría más, si conmigo o contigo, pero se enfadará. Y mi trabajo... que es todo lo que me queda, en muchos sentidos, nunca volverá a ser el mismo. Me dijiste que no me harías daño —le recordó—. Necesito que no me hagas daño.

Algo se estaba quebrando dentro de su pecho. Incredulidad, frustración, impaciencia.

—Se supone que esto debe ser divertido —le recordó—. ¿Qué hay más divertido que escabullirse en una de las ciudades más románticas y hermosas del mundo?

—¡No quiero romance! —dijo ella en voz alta, y luego hizo un esfuerzo por bajar la voz—. No quiero belleza.

—Quieres sexo —respondió él, preguntándose por qué su voz sonaba tan fría cuando ella estaba diciendo cosas perfectamente razonables y sensatas.

—Sí. —Cerró los ojos—. Por favor, encuentra una solución a esto.

—Tengo que ir —dijo Marco después de una pausa—. Pero tú siempre puedes quedarte en Londres y dirigir la vida de Dante desde aquí.

Sus ojos se elevaron hacia los de Marco y él se preguntó qué vería ella allí. No podía decir cómo se sentía. Había intentado tranquilizarla y, en cambio, ella se había echado atrás aún más de lo que él había anticipado, cambiando completamente sus planes.

—Nunca vas a cosas como esta.

—Acto es importante.

—¿Por los Valentino?

—A mí no me importa esa mierda de la rivalidad familiar, pero a mis hermanos sí. A mis primos sí. A mis padres les importa un demonio. Así que sí, *cara*, por los Valentino, y porque Acto nos está jodiendo y hay que llamarles la atención por eso.

Sus labios se entreabrieron y él anheló besarla, hacerla suya.

—Tienes razón —dijo ella suavemente, presionando una mano contra su pecho—. Ve a Florencia con Dante. Te veré cuando regreses.

—¿En serio no vas a venir?

—No puedo. Dante nunca puede saber de esto...

—No lo sabrá.

—Te lo dije, no puedo mentir ni para salvar mi vida.

—No es mentir no contarle cada detalle de nuestras vidas personales.

—Eso es semántica, y lo sabes.

—¿Hablas en serio?

—Sí, absolutamente. Te veré cuando regreses.

Marco frunció el ceño, contuvo una maldición y luego asintió.

—Bien. —Pero el deseo lo azotaba, haciéndole querer lanzar el guante, exigirle más de lo que sospechaba que ella quería dar. De nuevo recordó la analogía del gato asustadizo y supo que tenía que pisar con cuidado para evitar asustarla—. Iré a verte cuando volvamos.

Esperaba a medias que ella objetara, que dijera que eso tampoco funcionaría, pero para su alivio, ella sonrió.

—Lo esperaré con ansias.

SIETE

—Sea lo que sea que hay en esa bolsa, huele increíble.

—Como no pudiste venir a Florencia, te he traído Florencia a ti. Bueno, mi comida favorita, al menos.

El corazón de Portia se retorció. Estaba hambrienta, pero no solo de comida. Al final, Dante y Marco se habían quedado en Florencia más tiempo del previsto, trabajando en los detalles del contrato y sondeando a la junta directiva de Acto sobre la posibilidad de una segunda oferta de compra en camino.

Por las notas que Portia había visto, las negociaciones habían sido tensas y largas, y no tenía duda de que Dante estaría en la oficina temprano al día siguiente para finalizar lo que habían tratado.

Pero mientras tanto, ahí estaba Marco, en su puerta, con comida italiana y un cuerpo de infarto, y después de casi una semana sin verlo, lo deseaba de una manera que no podía ignorar.

—¿Podemos comer... más tarde? —preguntó, haciéndole un gesto para que entrara.

La sonrisa de Marco era puro fuego blanco y sexy. —Mucho, mucho más tarde —prometió, dejando la bolsa de papel marrón en la mesa de la entrada mientras se inclinaba y levantaba a Portia, llevándola a través de su apartamento con una fuerza y calidez que hizo que su cuerpo hormigueara por todas partes.

Mientras tomaban una copa de vino y comían pasta recalentada, Marco desglosó los matices de las reuniones, las impresiones que había tenido, y mientras hablaba, Portia se inclinó sobre la mesa, fascinada por él y la pasión que era tan evidente en su rostro.

—Te gusta esto —dijo ella, sacudiendo un poco la cabeza—. Te gusta *realmente*.

Marco se recostó, bebiendo un sorbo de su copa de vino, sin decir nada.

—Eres todo un enigma. —Negó con la cabeza. Se había puesto una camiseta grande y nada más. Se abría un poco por delante y los ojos de Marco se posaron en el atisbo de escote que dejaba ver la tela suelta.

—¿Un enigma? —arrastró las palabras, sonriendo ante la descripción. Ella no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Claro. Podría haber jurado que no te importaba en absoluto el negocio familiar. Sin embargo, aquí estás, apasionadamente involucrado en el resultado de estas negociaciones...

—Me importa.

Su corazón tartamudeó. —¿De verdad?

—¿No me crees?

—Es solo que tú realmente no... —Su voz se apagó hasta desvanecerse.

—¿Trabajo? —sugirió él, tomando otro sorbo de su vino.

—No quiero ofenderte.

—No estoy ofendido.

Su confianza en sí mismo era una de las cosas más sexys de Marco. A ella le gustaba que él supiera cuáles eran sus puntos fuertes y que no necesitara ser dirigido. Jack siempre había necesitado que ella le asegurara que era bueno en las cosas, que estaba impresionada por él. Era como si su confianza derivara enteramente del mundo exterior, en lugar de venir de dentro.

—Me habría gustado verte en acción —admitió a regañadientes, sintiendo que era peligroso admitir tanto ante él.

—Podrías haberlo hecho.

—No sin riesgo.

—No —estuvo de acuerdo, extendiendo la mano y entrelazando sus dedos—. Tenías razón en eso.

Ella levantó los ojos hacia él.

—Dante es perceptivo. No solo eso, es protector contigo. —Los ojos de Marco recorrieron el rostro de Portia—. No me había dado cuenta de lo cercanos que erais.

—Somos... amigos —dijo ella después de una pausa—. Nunca pensé que lo seríamos. Somos tan diferentes. Al principio creo que simplemente confiaba mucho en mí, pero luego, en algún momento, nos abrimos el uno al otro. Habla de ellos, ¿sabes? Solo pequeñas cosas, como cuando me cuenta sobre un viaje que hizo y dice que "nos" encantaron las playas de allí, o lo que sea.

—Dante no habla de su familia con nadie.

—Lo sé.

—Me alegro de que no hayamos puesto eso en peligro. Te necesita.

¿Más que tú? Se alegró de haber logrado contener la pregunta en el último momento. Apestaba a desesperación, y ella no sería así. No frente a Marco.

Pero la verdad era que, donde Marco tenía confianza en sí mismo de sobra, la de Portia era casi inexistente después de Jack. Es cierto que Marco estaba ayudando, pero ella sabía que la verdadera confianza venía de dentro, y que eso llevaría tiempo trabajarlo y reconstruirlo.

—Entonces, ¿por qué no vienes más a la oficina? —le animó, y luego sacudió la cabeza, aclarando rápidamente—: No me refiero a verme. Me refiero a trabajar.

—No lo necesito.

Ella frunció el ceño. —Eso no tiene sentido.

—Claro que sí. No se me necesita. Excepto cuando sí, y entonces, puedo hacer el trabajo desde casa. No es suficiente para justificar un puesto a tiempo completo.

—Pero si quisieras...

—No quiero.

—¿Todos los demás en tu familia trabajan para la empresa?

Él asintió una vez.

—Nos criaron para saber que sería nuestra vida. Que era nuestro privilegio poder añadir algo al legado. Y en muchos sentidos lo es, pero no lo es todo para mí, no como lo es para ellos.

Portia inclinó la cabeza hacia un lado, con curiosidad brillando en sus ojos.

—Hay muchas otras cosas que quiero lograr, más allá de enriquecer aún más a nuestra familia.

Algo se movió en Portia, algo que se sentía peligrosamente parecido a la admiración.

—Creo que para Dante también se trata de algo más que el dinero —se sintió impulsada a defender—. Trabaja duro porque está motivado para tener éxito.

—Trabaja duro porque necesita olvidar —contradijo Marco—. Necesita que su vida tenga

sentido ahora que ellos se han ido.

Portia se sorprendió por su declaración, pero por supuesto que tenía razón. —¿Y tu vida tiene suficiente sentido?

—Le doy sentido de otras maneras.

—¿Como acostarte con cualquier cosa que lleve falda? —preguntó, intentando sonar burlona o coqueta, y sonando mordaz. Bebió su vino rápidamente, deseando lavar las palabras.

—Hay proyectos en los que trabajo, otros negocios que me importan.

Portia se inclinó hacia adelante. —No lo sabía.

—¿Por qué lo sabrías?

—Supongo que porque trabajo para Dante y es algo que él podría haber mencionado, en algún momento.

—Él no lo sabe.

—¿Es un secreto?

Marco negó con la cabeza una vez. —Simplemente no es necesario discutirlo.

Portia se quedó callada, reflexionando. —Dante me dijo una vez que eres un genio. ¿Como un verdadero genio de nivel Mensa?

Marco sonrió. Tan sexy y encantador, que su interior dio un salto. —¿Eso dijo?

—¿Es cierto?

Marco se levantó, alcanzó el plato de Portia y lo llevó junto con el suyo a la cocina. Portia lo siguió, su interés más que picado.

—¿Marco?

—Sí. —Raspó los platos en el cubo de basura y luego los apiló en el lavavajillas—. Es cierto.

—Vaya. —Se sentó, apoyando la barbilla en la palma de su mano.

—Es solo cómo funciona mi cerebro —dijo encogiéndose de hombros. Como diciendo, *no es gran cosa.*

—¿Cómo lo... ellos...?

—Simplemente era obvio que yo era un poco diferente a mis hermanos —dijo con naturalidad. Sin presumir, solo como un hecho. Por su parte, Portia, habiendo trabajado con Dante, quien regularmente la impresionaba con su enfoque, inteligencia y ética de trabajo, solo podía imaginar las formas en que Marco debía haberse distinguido de niño—. Alcancé todos los hitos temprano. Hablé joven, leí joven, podía memorizar cosas que solo había visto o escuchado una vez. Al principio, mis padres pensaron que era divertido. Pero cuando empecé la escuela, se hizo evidente que iba a convertirse en un problema.

—¿Cómo así?

—Me aburría, lo que para un niño pequeño significaba que me volvía, bueno, travieso —dijo con otra sonrisa sexy y desarmante. Algo se movió en el centro de su pecho—. Hablaron de subirme un grado, pero eso no ayudó, así que me subieron otro. Me volví socialmente aislado. Seguía siendo solo un niño, pero mi cerebro estaba procesando cosas muy por encima de mi edad.

—¿Entonces qué pasó?

—Al final, me sacaron de la escuela. —Se dirigió a la cafetera e insertó una cápsula, presionando el botón para que el ruido comenzara a zumbar en su apartamento—. Tuve un tutor, que me desafiaba como yo quería ser desafiado, y después de la escuela, jugaba con mis hermanos y primos.

El corazón de Portia se conmovió con una mezcla de emociones. —Eso debe haber sido difícil.

—No realmente. No me gustaban los otros niños. Encontraba sus juegos infantiles y aburridos. Mis hermanos siempre jugaban a lo que yo quería, incluso cuando las reglas que inventaba eran increíblemente complejas. —Se rió con pesar—. Pero también me gustaba el fútbol, correr y esquiar, e hicimos mucho de eso. Fui afortunado.

—¿Así que hay un lado negativo en ser tan inteligente?

—Supongo que solo ha requerido hacer algunos ajustes en mi vida. Todavía me gusta ser desafiado. Más allá de lo que la empresa puede ofrecer, hay otros problemas que disfruto resolviendo.

—¿Como cuáles?

—Como —le entregó el café a Portia y luego se dispuso a preparar uno para él mismo—, he pasado el último mes trabajando en un informe para una fundación internacional sobre la distribución de suministros médicos en países en desarrollo.

Portia frunció el ceño.

—Entran en juego muchos problemas, desde la logística de transporte hasta la refrigeración de ciertas vacunas, el despliegue de personal médico y la obtención del consentimiento informado en idiomas locales. Me pidieron que hiciera una visión general de los problemas y viera si había formas de optimizar la distribución. Es un problema complicado y de múltiples capas.

—Te desafió —murmuró ella.

—Sí. Y puedo sentir el valor en el trabajo.

Su corazón se movió de nuevo, casi dolorosamente, golpeando contra sus costillas. Más admiración calentó su cuerpo. Así que no era solo un playboy que buscaba divertirse. Debajo de la superficie, había mucho más en Marco. El reconocimiento encendió una señal de alarma en el fondo de su mente.

—¿Y acostarte con tantas mujeres? ¿Eso tiene algo que ver con tu genialidad?

—Me gusta el sexo —dijo arqueando las cejas, ganándose una pequeña sonrisa de Portia—. Pero a veces me pregunto si es la razón por la que no estoy interesado en comprometerme. Me aburro fácilmente. Necesito ser desafiado, y después de unas cuantas citas, el desafío ya no está ahí.

El corazón de Portia latió con más fuerza. El peligro parecía rodearla ahora. —Yo no fui un desafío —señaló.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo te he mirado y me he preguntado? ¿Cuánto tiempo he fantaseado contigo? Créeme, esperé y esperar fue un desafío.

Su estómago se retorció.

—Sé que debe parecer superficial para alguien como tú, pero *soy* cuidadoso en ser honesto con cualquiera en mi vida. No tengo interés en crear una expectativa de relación.

—Estoy segura de que lo eres. —Después de todo, había sido completamente transparente con ella. Se sentía reconfortada por esa honestidad. Y sin embargo, había una parte de ella que ahora lo sentía incómodamente clavado bajo sus costillas.

Tal vez esta conversación no había sido una gran idea. Sin embargo, ella había querido saber por qué alguien como Marco —guapo, interesante, inteligente, sexy y rico— podía estar tan consistentemente soltero, y tenía su respuesta. Pero era una respuesta que de alguna manera le desagradaba.

Porque él era un gran tipo, y tenía el poder de hacer a alguien realmente feliz. De ser feliz con alguien.

Solo porque su experiencia con las relaciones había sido un fracaso total no significaba que

todas las relaciones fueran tan inútiles. Jack era un infiel. Las cosas entre ellos nunca habrían funcionado. Y tal vez no era que él fuera inherentemente malo, sino que nunca fueron una buena pareja. Aunque cómo podría hacer que su familia entendiera eso era otro asunto.

—¿Lo echas de menos?

La pregunta tomó a Portia por sorpresa. Parpadeó, preguntándose si él había estado leyendo su mente.

—No. Echo de menos... la simplicidad de todo.

—¿Simplicidad?

—Previsibilidad. —Arrugó la nariz y cuando captó la mirada de desaprobación en su rostro, no pudo evitar reír—. ¿No te gusta la previsibilidad?

—No.

—Hay algo que decir a su favor. Hasta que no lo hubo. Y se sintió como si me hubieran quitado el suelo bajo los pies. Tal vez esa es la parte más difícil. Como si un minuto supiera exactamente hacia dónde se dirigía mi vida y con quién, y todos los detalles estaban perfectamente planeados y me *gustaba* la seguridad de eso. Y al minuto siguiente, simplemente se esfumó, como una nube, una ilusión. Bam, estoy soltera y él ha tenido una aventura, o tal vez muchas aventuras, y me quedo teniendo que explicar a todos que no nos vamos a casar y por qué, y sintiendo como si la gente me mirara con simpatía pero no porque... no es simpatía porque él resultó ser un bastardo e infiel. Es simpatía porque yo no fui suficiente de alguna manera. —Sacudió la cabeza con frustración—. O tal vez esas son solo mis inseguridades hablando. No lo sé. Ha sido un tiempo realmente difícil.

Marco rodeó la barra de la cocina, se paró frente a Portia, luego se acercó más, separando sus piernas para poder pararse completamente entre ellas, lo suficientemente cerca como para que cuando le levantó la barbilla y dirigió sus ojos hacia los suyos, ella estuviera en peligro de perderse profundamente en su mirada.

—Ven conmigo este fin de semana.

Ella parpadeó, sorprendida. —¿Lejos? ¿Contigo?

Su sonrisa era ligeramente burlona, pero de una manera que hizo que su estómago revoloteara.

—¿Adónde?

—Italia. Quería estar contigo en Florencia, pero entiendo por qué eso no pudo suceder. ¿Pero un viaje solo para nosotros? Sin Dante. Déjame mostrarte mi vida allí. Y lo divertido que puede ser vivir... de manera impredecible.

Ella se mordió el labio inferior. Su primer instinto fue decir que no, incluso cuando algo tiraba de ella, tentándola, haciéndola anhelar simplemente tirar la precaución por la borda, como lo había hecho al acostarse con él aquella primera mañana.

—No lo sé —dijo honestamente—. ¿Puedo pensarlo?

—Por supuesto —dijo él—. Pero piensas demasiado. ¿Qué te dice tu corazón? —preguntó, y con la mera mención de su corazón, ese mismo órgano comenzó a apretarse y a hacerla sentir inestable. ¡No estaba segura de que ninguno de los dos quisiera saber lo que estaba pensando! Él presionó una mano allí y ella esperó que no pudiera sentir lo fuerte que latía.

—Es un viaje —dijo él encogiéndose de hombros—. Volaremos, nos quedaremos en mi casa, caminaremos por la ciudad, comeremos, beberemos café, descubriremos tu sabor favorito de gelato, nadaremos...

—Es invierno —señaló ella con una suave risa.

—Tengo un jacuzzi.

—Por supuesto que lo tienes. —Pero los celos afilaron sus palabras, porque lo había encontrado en el jacuzzi con mujeres, sabía que así era como él entretenía. ¿No debería eso tranquilizarla? Ella no era especial para él, esto no era especial, no había nada significativo en esto, excepto la forma en que la estaba ayudando a sanar y seguir adelante.

—Es tu decisión —dijo él en voz baja, besando sus labios como para cerrar la conversación —. Solo hazme saber al final de la semana. La oferta está ahí.

Para el viernes, Portia no tenía más claro lo que quería, pero al final, fue una llamada de su madre Stephanie lo que la ayudó a tomar una decisión.

—Cariño, ha pasado demasiado tiempo. ¿Cómo estás?

La culpa inundó a Portia. Había estado descuidando completamente a su familia estas últimas semanas, cortesía de la forma en que había sido absorbida por un repentino y vertiginoso romance con Marco Santoro.

—Lo siento, ha sido un caos en el trabajo —murmuró—. Y estoy bien. —Alcanzó su café, lo probó, recordó compartir café con Marco esa noche a principios de semana, cuando la había invitado a Italia, y su corazón dio un extraño pequeño vuelco.

No habían hablado desde entonces.

Como si él supiera que ella necesitaba tiempo para desenredar su mente. O tal vez simplemente tenía otras cosas que hacer, como poner su gigantesca inteligencia a trabajar resolviendo los problemas del mundo, poco a poco.

—Me alegro. Ahora, sobre este fin de semana.

Portia frunció el ceño.

—Sé que podrías pensar que tienes que evitar venir a casa, pero será muy extraño no tenerte aquí. Y también incómodo para nosotros. Jenny y Ron te han echado de menos, ¿sabes?

Al mencionar a los padres de Jack, la columna de Portia se estremeció. —¿Qué pasa este fin de semana?

Stephanie suspiró. —El trigésimo cumpleaños de Jack, cariño.

Portia se sentó más erguida, mirando al frente. —Oh, claro, por supuesto. —Sus ojos se dirigieron automáticamente a su computadora, donde se mostraba la fecha en la esquina superior derecha.

—Él también te echa de menos, Portia.

Los ojos de Portia se cerraron mientras navegaba por un familiar sentimiento de traición y enojo. Enojo porque su madre no estaba de su lado. No estaba simplemente *allí* para ella de la manera que necesitaba. Mientras entendía, hasta cierto punto, la lealtad dividida de sus padres, también era incorrecto. Jack la había engañado. Le había roto el corazón. Le había mentido. Sin importar que fuera su ahijado y el hijo de sus mejores amigos. La había lastimado a *ella*. Su única hija. ¿Acaso eso no contaba para algo?

—La gente comete errores. ¿Por qué no vienes, aunque sea por un momento? Una copa de champán. Deja que te vea, que hable contigo...

—No. —La respuesta salió de ella abruptamente, mientras su corazón, finalmente, que había estado tratando de comunicarse con ella toda la semana, gritó lo suficientemente fuerte como para que dejara de fingir que no sabía lo que estaba diciendo—. No puedo.

—Por supuesto que puedes.

—Es algo del trabajo. Tengo que ir fuera el fin de semana. Lo siento.

El silencio crepitó en la línea y Portia sintió la desaprobación de su madre. Pero su mente estaba demasiado firmemente decidida como para que cualquier grado de culpa o desagrado maternal se acercara a cambiarla.

—¿En fin de semana?

—Sí, en fin de semana, mamá. Mi trabajo no es normal. Lo sabes.

No sintió ni un susurro de culpa por mentir. De repente, estaba emocionada. Incluso vigorizada.

Un ruido le alertó que no estaba sola y cuando Portia levantó la vista, fue para encontrar a Dante de pie en el marco de la puerta, observándola pensativamente, con un fajo de papeles en la mano.

—Tengo que irme.

—Al menos le enviarás un mensaje, ¿verdad?

Portia apretó los dientes. —Te llamaré la próxima semana. Saludos a papá.

Terminó la llamada, con las mejillas ardiendo.

—Hola. —Dante la miró con curiosidad y Portia hizo todo lo posible por parecer tranquila y despreocupada.

—¿Necesitas algo?

—Claro. —Le entregó los archivos—. ¿Puedes encargarte de esto? —Ella miró el documento, lo hojeó y luego asintió.

Él se dio la vuelta y caminó de regreso hacia su propia oficina, deteniéndose en la puerta. —¿Todo bien?

Ella asintió rápidamente, con el corazón acelerado.

—No nos vamos de viaje de trabajo este fin de semana —señaló él innecesariamente.

—Lo sé. —Se frotó el dedo, distraídamente sintiendo el espacio donde alguna vez había estado un anillo de compromiso—. Es el cumpleaños de Jack. Mamá me preguntaba si iría a su fiesta.

Dante dejó escapar un silbido bajo.

—Es complicado —añadió ella, sorprendida por su necesidad de defender a su madre incluso entonces.

—Este es tu ex prometido, ¿verdad?

—Y su ahijado.

—¿El tipo que te engañó? ¿En tu casa? ¿Con su entrenadora personal?

Portia sonrió a pesar de sí misma, ante la incredulidad de Dante y su recuerdo de todos los detalles.

—Sí, ese ex prometido.

—¿Y no vas a ir? —dijo con fingida incredulidad.

—Lo sé, ¿verdad? ¿Qué me pasa?

—Aunque si quisieras ir, podría llevarte —dijo Dante, volviendo a entrar en la oficina de Portia—. Quiero decir, como tu novio falso. Eso transmitiría el mensaje, alto y claro.

El corazón de Portia dio un vuelco mientras toda la idea explotaba en su mente. —Es cierto, lo haría.

¿Iría Marco con ella?

¿Y luego qué? ¿Conoce a sus padres, conoce a Jack, luego *él* la deja y ella se queda sola, *otra vez*, con todos sintiéndose lástima por ella y su incapacidad para mantener a un hombre? Era una narrativa que odiaba —tan reductiva y misógina— pero era exactamente cómo la gente percibía las cosas.

—Creo que eso solo complicaría más las cosas.

—De acuerdo. Un viaje de trabajo será —dijo con un guiño, sin tener idea de que Portia realmente huiría del país, de verdad—. Pero si cambias de opinión, estoy aquí para ti.

Ella le sonrió y terminó su café.

—Eres un buen amigo, Dante. Gracias.

—No hay de qué —respondió en italiano, con un gesto de la mano—. Sé que harías lo mismo por mí.

—Lo haría. Cualquier cosa que necesites.

Él regresó a su propia oficina.

—No le des ni un momento más de pensamiento a ese bastardo, Portia. No vale la pena.

—Lo sé —murmuró ella, alcanzando el teléfono en su escritorio. Y realmente, realmente lo sabía.

Ocho

—ES HERMOSO —dijo ella con un suspiro, mientras salían de la rústica villa de Marco a una terraza pavimentada que daba a colinas ondulantes cubiertas de hileras de viñedos, extendiéndose hasta el mar. A pesar de que era noviembre y el aire en Londres había sido frío, aquí hacía más calor, en el sur de Italia, donde la tierra era bañada por el mar Adriático, incluso a esta hora de la noche, cuando la luz de la luna cubría el paisaje con un resplandor lechoso y plateado—. Mágico, incluso.

Él hizo un ruido que podría haber pasado por asentimiento, colocó sus manos alrededor de la cintura de Portia, la atrajo hacia sí y sus labios acariciaron su hombro, haciendo que su respiración se entrecortara. Era un momento perfecto, mágico, tal como ella había dicho, pero mientras él besaba su piel y se le ponía la carne de gallina, no pudo evitar preguntarse: ¿cuántas veces había hecho esto? ¿A cuántas mujeres había traído aquí? ¿Era esto solo un movimiento estándar para él? ¿Y por qué debería importarle? Si todo esto se trataba de olvidar a Jack, de relegarlo al fondo de su mente, entonces seguramente nada lo haría tan completamente como entregarse a Marco y su romántica casa en este fin de semana de todos los fines de semana: el cumpleaños de Jack.

—¿Tienes hambre?

Ella hizo un ruido de asentimiento, aunque las mariposas que se habían apoderado de su estómago dejaban poco espacio para la comida.

—Bien. ¿Por qué no vas a prepararte? Yo serviré unas copas.

Su corazón dio un vuelco. —¿Prepararme?

—Para salir. He hecho reservaciones —la giró entre sus brazos—. No tardes.

Quería negarse. Decirle que prefería mucho, mucho quedarse en casa. Pero había algo emocionante, romántico y seductor en la idea de salir con Marco, aquí en un pequeño pueblo del sur de Italia, lejos de la posibilidad de ver a alguien conocido.

Portia había hecho las maletas apresuradamente. Después de todo, su aceptación de este viaje había surgido tan rápidamente. Para cuando había llamado a Marco para informarle, él le había dicho que un coche la recogería en su casa en una hora. Apenas había tenido tiempo de terminar su trabajo, tomar el metro de vuelta a su piso, meter algunas cosas en una bolsa y salir de allí. A partir de ese momento, había sido un torbellino de lujo. Desde el SUV negro con ventanas fuertemente tintadas que la había recogido hasta el elegante jet privado que tenía esperando en la pista. Lo único que faltaba era la alfombra roja, pero cuando bromeó al respecto, Marco hizo algún comentario sobre la próxima vez, lo que brevemente amargó el humor de Portia. Ya sentía que probablemente estaba viviendo tiempo prestado. Lo había sentido antes, pero cuando Marco había hecho un comentario sobre aburrirse de las mujeres, había sabido que lo último que debía

hacer era esperar más. Más de esto, más de él.

Marco daría lo que quisiera y luego lo terminaría. Tal como habían acordado.

Excepto que ella no había querido dejar que esos pensamientos negativos entraran en su mente esta noche. No había querido pensar en la soledad que podría sentir, o lo extraño que sería tener que ver a Marco a través del trabajo y ya no pensar en él como alguien a quien tenía todo el derecho de acercarse y tocar, toda la expectativa de ser tocada por él.

En cualquier caso, su maleta reflejaba el hecho de que había metido las cosas de manera desordenada, otra novedad para Portia, quien usualmente hacía lista tras lista tras lista incluso para los viajes más cortos, asegurándose de no olvidar nada importante como un cargador de teléfono o un cepillo de dientes. Pero de alguna manera, milagrosamente había logrado empacar uno de sus vestidos favoritos. Era un vestido azul marino con cuello halter que le llegaba a los tobillos, hermoso y vaporoso, y cuando lo combinó con sus bailarinas doradas favoritas y una chaqueta de mezclilla, estaba lo suficientemente satisfecha con su aspecto. Se recogió el cabello en un moño despeinado y se retocó el brillo de labios y la máscara, tratando de no concentrarse en la belleza y el lujo del dormitorio de Marco, ni en el hecho de que lo compartirían durante dos noches enteras, y días.

Solo pensarlo hacía que su estómago burbujeara y estallara con placentera anticipación.

Se acercó a las grandes ventanas del suelo al techo con sus persianas translúcidas y abrió estas últimas, para poder ver la luz de la luna rebotando en el océano, y suspiró. Era simplemente encantador.

La casa era vieja y rústica, pero obviamente había sido renovada en algún momento, sin escatimar gastos para llevarla al siglo XXI. Tenía todas las comodidades modernas, y las paredes estaban recién pintadas, cubiertas con más del impresionante arte de Marco, los techos eran altos, los enchufes y interruptores de luz obviamente reflejaban un nuevo cableado, y la cocina era tanto cómoda como de última generación, con una variedad de electrodomésticos que Portia reconocía como caros y de primera calidad.

Pero era Marco quien captaba su atención y le quitaba el aliento, de pie como estaba en la cocina, luciendo tan condenadamente guapo con una camisa abotonada y jeans. —Vaya —susurró, sonriendo—. Realmente tienes una de estas —cuando se acercó lo suficiente, tiró de la tela de su camisa.

—Cinco, creo.

—¿Y estás usando una para mí? Me siento honrada.

—Es una cita —dijo él encogiéndose de hombros, y la dulzura del momento se desvaneció. Una vez más, sintió como si estuviera en una cinta transportadora, sus movimientos ensayados en lugar de genuinamente motivados por un deseo por ella.

Mantuvo la sonrisa en su rostro con esfuerzo, retrocediendo hacia el mostrador donde él había servido dos copas de champán.

—Esta es una cosecha especial —murmuró él—. Hecha con uvas cultivadas justo allí afuera.

Alargó la mano hacia la copa, sus dedos rozando el tallo antes de llevársela a los labios. Era consciente de cómo él la observaba mientras bebía, saboreándolo, como si esperara su aprobación. Como si pudiera negársela. Estaba delicioso.

—Está bueno —murmuró, sonriendo tímidamente, pero el prosecco burbujeaba y estallaba y el placer calmaba sus nervios crispados—. Muy bueno.

Sus ojos se iluminaron con calidez mientras él mismo tomaba un sorbo de su bebida y luego la dejaba.

—¿Haces vino? —Probó un poco más. Definitivamente excelente.

—Es un pasatiempo.

—¿Una forma de ejercitar tus músculos de genio? —Bromeó, pero con genuino interés. Supuso que tenía sentido: él tenía un cerebro que funcionaba constantemente a mil por hora.

—Siempre me interesó —dijo él—. Es una industria que combina tantas cosas. Historia, tradición, significado cultural. Pero las tecnologías modernas ahora son una parte vital también. Y luego, está la pura suerte —dijo con una sonrisa—. El clima. Las uvas. El personal que contratas. Cada cosecha es una apuesta.

—No habría pensado que te gustaría eso —dijo ella, considerándolo.

—No me gusta. Me gusta triunfar sobre ello. Me gusta usar la habilidad y la tecnología para reducir al máximo el elemento de suerte. Sobre el clima tengo muy poco control, aunque a lo largo de los años he diversificado para cultivar uvas más resistentes, que prosperan en este clima.

Su pasión era cautivadora. —¿Dónde haces el vino?

—Aquí. —La atrajo hacia su pecho, la giró hacia la ventana. Estaba oscuro, pero la luna brillaba intensamente—. ¿Ves ese granero?

Ella siguió su mirada. Silueteada contra el cielo oscuro había una gran forma cuadrada. Asintió.

—Ahí es donde hacemos el vino y lo almacenamos. Se transporta fuera del sitio para ser embotellado, una vez que está listo.

—Vaya. —Giró en sus brazos, parpadeando hacia él—. Realmente te apasiona esto.

Él dejó escapar una suave risa. —*Si, cara. È vero.*

Un escalofrío recorrió su columna. Sabía que él era italiano. En Londres, también lo sabía. Pero aquí, era tan elementalmente italiano. Cada faceta de él se reflejaba en este lugar, y en la forma en que hablaba de ello.

—Siempre me ha encantado el romanticismo de la elaboración del vino, la historia. Me fascina.

—Y este es tu hogar —dijo ella, mirando alrededor, cayendo en la cuenta.

—Tengo muchos hogares.

—No, tienes muchos lugares donde puedes dormir, pero este es tu hogar. El único lugar con el que te sientes realmente, verdaderamente conectado.

Los ojos de Marco chocaron con los suyos y algo chispeó en el aire entre ellos, antes de que él asintiera una vez. —*Si.*

—Entonces, ¿por qué no vives aquí?

—Paso tiempo aquí.

—¿Lo haces? ¿Cuánto tiempo?

—Más durante la cosecha. —Se encogió de hombros—. Depende.

—¿De qué?

—De mi vida. De lo que más esté sucediendo.

—Vuelves a Italia a menudo —murmuró ella, presumiendo, más que sabiendo que este era el caso. Después de todo, Dante visitaba regularmente, y de alguna manera sospechaba que Marco también lo hacía.

—Sí.

—Pero no aquí.

—Nuestra villa familiar está al norte. Todos vamos allí, la mayoría de las veces, para ver a nuestros padres.

Los labios de Portia se torcieron. —Eso es dulce.

Él se rió, bebió su prosecco, la besó, así que ella lo saboreó y sintió la frescura de sus labios.

Sus ojos se cerraron ante la sobrecarga sensorial.

—Mis padres lo esperan. Y sí, nos gusta. *Famiglia é tutto*.

Algo se movió dentro de Portia. Algo pesado y desagradable, algo en lo que no quería pensar en este momento perfecto y sublime. Pero era un peso que no podía quitarse de encima y debió haberse notado en su rostro, porque Marco preguntó, en voz baja: —¿Qué sucede?

Portia parpadeó, negando con la cabeza. Realmente no quería hablar de ello. Pero Marco la observaba con esos inteligentes y deslumbrantes ojos marrones oscuros, escudriñando su rostro, como si pudiera excavar sus pensamientos más íntimos con su mirada.

Tomó un sorbo de su prosecco, acunó la copa en sus manos mientras se giraba para mirar por la ventana, en lugar de a Marco, que veía demasiado y percibía aún más.

—Estoy celosa —admitió con franqueza.

—¿De...?

—Tu familia.

—¿Por qué?

—Porque todos son tan unidos. Y numerosos y ruidosos, y amorosos. —Un pequeño suspiro se le escapó—. Creciendo, era solo yo. Soy hija única. Mis padres eran mayores cuando nací. Nunca fuimos cercanos en el sentido de parecernos en algo. Eran cariñosos y afectuosos pero nunca jugamos juntos. Quizás entendían lo sola que estaba, porque cuando tenía unos siete años, empezamos a tomar vacaciones familiares con los Hancock. La familia de Jack. —Añadió tensamente, a modo de explicación—. Pensaron que él sería alguien con quien podría jugar. Y lo fue.

—Se conocen desde hace mucho tiempo —murmuró Marco.

Ella asintió, enojada al encontrar lágrimas picando en el fondo de sus ojos. —Y miraba a las grandes familias acampando a nuestro alrededor; siempre íbamos de camping. No teníamos mucho dinero. En fin, miraba a estas familias con muchos niños y sus bromas compartidas y risas e incluso la forma en que discutían como locos y solo sentía este agujero enorme, justo aquí. —Presionó una mano contra su pecho—. Estaba sola. —Sus labios se torcieron hacia un lado—. Pero era más que eso. De mi soledad surgió esta claridad sobre mi vida y mi futuro. Incluso de adolescente, sabía lo que quería.

—¿Que es?

—Una gran familia, toda mía. —No podía mirarlo. Estaba admitiendo algo tan importante y crucial para ella, algo que la hacía sentir cruda y expuesta, vulnerable como nada, que no quería ver cómo reaccionaba en caso de que fuera una reacción que la lastimara—. Ha sido una de las cosas más difíciles de dejar a Jack. —Aclaró su garganta—. Lo habíamos hablado. Él también quería hijos. El plan era empezar a intentarlo tan pronto como nos casáramos. Es un sueño del que odié tener que alejarme.

—Aún puedes tener ese sueño —dijo Marco, su voz ronca, mientras la envolvía en sus brazos por detrás y la sostenía cerca, su cuerpo confortándola de un millón de maneras diferentes, calmando, de alguna manera, el dolor que se asentaba pesadamente en su corazón.

—No lo sé —murmuró Portia—. Ya no sé lo que quiero. Eso es lo que pasa con crecer. Cambias. Todo es diferente.

—¿Lo es? ¿O es que necesitas tiempo para recuperarte de su infidelidad antes de permitirte buscar ese sueño de nuevo?

—No puedo imaginar volver a confiar en alguien jamás —susurró ella—. Jack... era... más que un prometido. Éramos familia. Compartíamos más... él no debería haber... —Y ahora las lágrimas caían por sus mejillas, así que Marco la hizo girar con un gruñido bajo y hizo lo único

que podía para disipar su ira, frustración y dolor. La besó. La besó con toda la pasión que corría libremente por sus venas, besando cualquier sentido de incredulidad por lo que había sucedido, besándola no solo con deseo sino también con impaciencia, porque creía que Portia merecía mucho más, y se lo estaba demostrando, poco a poco.

Ella levantó la mano, aferrándose a su camisa, rindiéndose completamente al beso y al hombre, y a la perfección de esta villa.

—Lo siento —susurró en su boca—. Esto no es sobre Jack. Es sobre... todo lo que perdí ese día. Es sobre el hecho de que mis padres siguen presionándome para que lo perdone.

—¿Qué? —Las cejas de Marco se fruncieron.

Ella asintió una vez. —Es su cumpleaños este fin de semana. Su trigésimo. No pueden creer que no vaya a ir.

Él maldijo en voz baja en su lengua materna, pero la maldición resonó por toda la cocina, provocando, sorprendentemente, una sonrisa de Portia.

—Te engañó. No importa cuántas vacaciones de campamento compartieran, él no te merece. No merece ninguna parte de ti.

Su corazón se retorció y su cuerpo se calentó. Ella le sonrió. —Gracias —susurró, mientras la pesadez del momento impregnaba su alma—. Estoy hambrienta. —No lo estaba, pero necesitaba un descanso de la intensidad de esto, de la sensación de que él era un cuerpo celestial y ella estaba siendo atraída hacia su órbita de una manera de la que quizás nunca pudiera escapar.

—Entonces vamos a comer, *cara*. —Vaciló, como si hubiera algo más que quisiera decir, algo que compartir, pero un momento después, se inclinó, entrelazó sus dedos y la llevó hacia la puerta principal.

—¿Una motocicleta? —Ella la miró fijamente, con una ceja levantada, y luego miró con pesar su vestido.

—*Si* —respondió él, agarrando el casco de repuesto y llevándoselo a Portia, ajustándolo cuidadosamente en su lugar. Era una lástima, sin embargo, porque la protegía completamente de su vista y a él le gustaba mirar su hermoso rostro expresivo y descifrar lo que estaba pensando y deseando.

Ella era tan fascinante para él ahora como lo había sido la primera mañana que durmieron juntos, y ella le había *agradecido* entonces también. Igual que esta noche. Como si él estuviera haciendo algo importante por ella. Como si ella lo necesitara.

Pero ella no lo necesitaba.

Ella no confiaba en él.

Nunca volveré a confiar en nadie.

Era bueno para ella mantener sus escudos levantados. Pero no para siempre. Portia era demasiado amable para eso. Había demasiado en ella para compartir y dar, demasiado en ella para sacrificar para siempre porque algún bastardo la había engañado.

Y aunque sabía que esto era temporal, que probablemente terminarían en unas pocas semanas, se alegraba de que estuvieran juntos ahora. Podía sentir el honor de lo que ella le estaba permitiendo hacer: reconstruirla, pieza por pieza. No importaba a dónde la llevara la vida —o a él—, él siempre sería, de alguna pequeña manera, parte de su salvación, y eso le gustaba.

Realmente le gustaba.

—¿Lista? —preguntó, con la voz ronca.

Ella asintió una vez, el casco obviamente pesado en su cabeza.

Él sonrió. —Bien. Agárrate fuerte, *bella*.

Y lo hizo. Acurrucada detrás de él, con los brazos alrededor de su cintura, la falda recogida

para evitar que volara, él se inundó de sentimientos y deseos durante todo el trayecto por la sinuosa carretera costera hacia el centro histórico.

El restaurante era mil veces más hermoso de lo que Portia había imaginado. Pequeño y acogedor, dirigido por una pareja de ancianos que claramente hacían las cosas exactamente como siempre lo habían hecho. Había botellas de Chianti en las mesas, hacía mucho tiempo vaciadas de alcohol y reemplazadas por altas velas rojas que se habían derretido y derramado por los lados para crear estalactitas de color. Los manteles eran blancos y crujientes, y la comida, cuando llegó, era exquisita.

Marco le había preguntado a Portia si debía pedir por ella, y ella había aceptado, simplemente porque estaba disfrutando ser una pasajera en el tren de Marco, viendo cómo hacía esto, vivía su vida, salía con mujeres, incluso cuando el pensamiento de *otras* mujeres experimentando estas cosas amortiguaba un poco su felicidad.

Pero después de lo que había pasado con Jack, esos celos eran normales. No eran apropiados para lo que ella y Marco eran, sin embargo, pero aún podía experimentar la emoción sin complacerla.

El primer plato que llegó fue una selección de mariscos. —Pescado localmente —dijo el camarero con una sonrisa orgullosa, rellenando sus copas de vino. Marco puso una mano sobre la suya, indicando que no quería más, y el corazón de ella se conmovió, porque sabía que esto era por ella. Porque él estaba conduciendo. Y él la estaba cuidando, siendo mucho más sensato y maduro de lo que ella jamás lo había creído capaz cuando comenzó todo esto.

Entonces, de nuevo, ¿qué sabía realmente sobre él?

—Creo que te juzgué mal —dijo en voz baja, sorbiendo su propio vino antes de alcanzar otra vieira y cortarla por la mitad. Era posiblemente lo más sabroso que había comido jamás.

—¿Ah, sí?

—Siempre pensé que eras... —Sus mejillas se oscurecieron mientras buscaba las palabras adecuadas.

—¿Sí?

—Bueno —se mordió el labio y luego rió suavemente—. Solo un poco... ya sabes. Solo interesado en las cosas buenas de la vida. Perezoso. Mimado. Superficial.

Él se llevó una mano al pecho, como si estuviera herido. —Y aun así te acostaste conmigo.

—Por todas esas razones —dijo con otra suave risita—. Pensé que serías la distracción perfecta y sexy que necesitaba. Y lo fuiste. Lo eres. Pero eres... mucho más que eso, Marco. Lo siento, me equivoqué tanto contigo.

—¿Por qué deberías disculparte? Solo habías visto esos aspectos de mí. Naturalmente, llegaste a esas conclusiones. Al igual que yo presumí que eras fría y recatada porque solo te había visto actuar de manera muy profesional. Y yo también estaba muy, muy equivocado —extendió la mano, tomó la de ella y la llevó a sus labios, de modo que el fuego que saltó entre ellos sirvió para derretir parte del hielo que sus palabras habían esparcido por sus venas.

De hecho, él estaba derritiendo todas las partes de ella. Todas las partes que la traición de Jack había congelado, todas las heridas que había conocido y con las que había vivido estaban siendo gradualmente aliviadas gracias a Marco. Siempre le estaría agradecida por eso.

Nueve

TEMPRANO A LA MAÑANA SIGUIENTE, Marco despertó a Portia con una expresión en su rostro que se podría describir mejor como exuberante. —Ven conmigo.

Ella lo miró con ojos soñolientos. —¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Uf. —Se dejó caer de nuevo sobre las almohadas—. ¿Qué clase de sádico eres? —Después de todo, habían regresado de la cena después de medianoche, y habían hecho el amor durante... horas, recordó con un calor que recorría su cuerpo. Placeres que nunca había sabido que podían sentirse le habían sido prodigados por sus manos, su boca, todo su cuerpo, hasta que había quedado febril y tan agotada que apenas podía respirar.

Sin embargo, ahí estaba él, lleno de energía, como si hubiera tenido doce horas de sueño ininterrumpido.

—Uf —dijo ella de nuevo, pero apartó la sábana de su pecho.

Él se colocó sobre ella, besándola suavemente. —Prometo que volveremos a la cama pronto.

Los ojos de Portia se abrieron, encontrándose con los suyos, y algo se tensó en su pecho, como una punzada, justo cerca de su corazón. —¿Para dormir? —No pudo evitar responder.

Sus ojos estaban cargados de alegría. —Si quieres. Es tu elección. —La besó de nuevo, esta vez a modo de despedida—. Vamos, *cara.*

Con otro gemido de queja, se levantó de la cama, bostezó, se centró en el cielo aún oscuro más allá y brevemente contempló la idea de estrangular a Marco. Pero su entusiasmo era contagioso. O al menos, la animaba a hacer concesiones.

Se vistió rápidamente, poniéndose unos vaqueros y un suéter, así como unos calcetines gruesos y cálidos y una bufanda, pues la mañana aún era fresca, aunque se pronosticaba un día soleado y relativamente cálido.

En la puerta de la casa, él la recibió con un café en un vaso de viaje. Ella lo tomó, lanzándole una mirada de fingida molestia. —Esto mejor que valga la pena.

Una sonrisa fue su única respuesta.

Afuera, el aire era claro, algunas estrellas aún visibles en el cielo, la claridad de la atmósfera tan sorprendente que Portia tuvo que detenerse y simplemente mirar, absorberlo todo. Pero mientras miraba, se dio cuenta de que el sol había comenzado a filtrarse a través de la noche, proyectando un atisbo de luz desde el océano hasta las viñas, haciendo que el mar pareciera casi dorado, brillando con secretos del pasado.

—Oh —dijo en voz baja. Él hizo un ruido de acuerdo, entrelazó sus dedos y la guió por un camino, alejándose de la casa. Estaba hecho de grava compactada, y era lo suficientemente ancho para que los dos caminaran uno al lado del otro, o incluso para que un coche pequeño pudiera

circular. Había pequeñas luces a los lados del camino, reforzando de nuevo a Portia que, aunque la casa en sí era de estilo rústico, Marco había dedicado mucho tiempo y dinero a llevar todo el viñedo al siglo XXI. El camino los llevó más allá de un montón de vides, y Portia se detuvo para señalar los rosales que crecían al final de cada hilera.

—Para combatir las plagas —dijo él.

—Son hermosos.

—¿Lo son?

Ella parpadeó mirándolo, sin estar segura de si estaba bromeando o no. —¿Sabes cómo sé que estás de acuerdo conmigo? —dijo, decidiendo que después de todo estaba bromeando.

—¿Cómo?

—Tu colección de arte. Te gustan las cosas hermosas.

—Es una buena inversión.

Ella puso los ojos en blanco. —Millones de cosas lo son. Pero tú has elegido el arte. Degas y otros impresionistas. No los tienes almacenados en una instalación segura para preservar su valor, los tienes en tu casa...

—Preservados detrás de cristal de calidad museística —le aseguró—. Soy consciente de ser el cuidador de algo totalmente irremplazable.

Su corazón tembló. Cualquier hombre que pudiera hablar del arte con tal reverencia subía varios puntos en su estimación. —Mi abuelo era pintor, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Richard Barry —dijo ella—. Él hacía...

—Pinturas de naturaleza muerta, sí, lo sé. —Se detuvo de caminar, escaneó su rostro—. Su trabajo es notable.

El orgullo se movió dentro de Portia. —Sí.

—¿Tienes muchas de sus pinturas?

Ella se rió. —¿Quieres hacerme una oferta?

Él sonrió. —Claro. Compraré todo el lote.

—Desafortunadamente, no tenemos. Realmente no fue apreciado en vida por nadie fuera de la comunidad artística. Vendió lo que pudo para sobrevivir. Mi madre tiene un pequeño boceto que hizo de ella cuando era niña. Eso es todo.

Marco soltó un silbido bajo. —Qué lástima.

—Tu colección es bastante saludable, incluso sin un montón de pinturas de Barry.

Él se quedó callado, continuó caminando, con una mano ahora en la parte baja de su espalda. A ella le gustaba. Le gustaba estar acurrucada a su lado, lo suficientemente cerca como para sentir su calor. Bebiendo café, caminando al paso de Marco, observando este lugar que era tan importante para él.

Llegaron a la cima de la colina cuando el sol comenzó a salir del mar, y los ojos de Portia se aferraron a la vista, su corazón elevándose con la pura belleza y hedonismo de este momento.

—Oh, Marco —dijo, sacudiendo un poco la cabeza, sin encontrar las palabras necesarias para expresar lo que estaba sintiendo—. Es...

Pero cuando lo miró, vio la reverencia en el conjunto de sus propios rasgos y simplemente supo que él entendía. Lo captaba. Fue el primer momento en que empezó a preocuparse de que alejarse de Marco podría ser más difícil de lo que había anticipado. Fue el primer momento en que abiertamente se reconoció a sí misma cuánto amaba tenerlo en su vida.

—Huele tan bien —gimió, mirando el risotto con evidente lujuria.

Marco sonrió. —Te encantará.

—¿Y por qué lo estás haciendo ahora si es algo que vamos a compartir para la cena?

—Porque el arroz necesita enfriarse antes de que podamos darle forma de *arancini*.

—Pero el risotto huele tan bien —repitió ella, volviendo al punto de partida.

Él se rio. —¿Tienes hambre?

—No tenía —refunfuñó ella—. Hasta que empezaste a cocinar.

—Sigue —le indicó él, señalando el periódico, una publicación en inglés que, al parecer, llegaba a la villa siempre que él estaba allí. El crucigrama del interior los había mantenido ocupados durante los últimos veinte minutos, mientras Marco salteaba cebolla y ajo, añadía azafrán y arroz, vino blanco y caldo, y dejaba que todo se cociera a fuego lento y se redujera, llenando la cocina con el aroma más intensamente aromático que hizo que el estómago de Portia se contrajera.

Mientras ella leía la siguiente pregunta, Marco se dirigió a la nevera y sacó un plato, llevándolo hacia Portia y colocándolo en la encimera. Estaba lleno de *antipasti*. Aceitunas, prosciutto, queso, pan, frutos secos. Ella tomó un trozo de queso y pan mientras golpeaba el bolígrafo contra la encimera, esperando la respuesta de Marco.

Era una pregunta sobre cultura popular y había descubierto que, aunque Marco era un genio, cuando se trataba de música y programas de televisión del siglo XXI, definitivamente era un amateur.

—¿Alguna idea? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Sí.

—Lo sabes todo —dijo él con un suspiro profundo, aunque sonriendo.

—En realidad, hacemos un buen equipo —respondió ella, y luego deseó poder tragarse las palabras de vuelta—. Quiero decir, porque yo sé estas preguntas y tú sabes las de ciencia.

—Sé lo que querías decir.

Sus miradas se cruzaron, se mantuvieron, y el ambiente en la cocina cambió ligeramente, el elefante en la habitación de repente levantó su trompa y rebuznó en el espacio. Ella tragó saliva, alcanzó una aceituna, la devoró, agradecida de tener una razón para mantener la boca cerrada.

—Entonces, ¿quién te enseñó a hacer esto? —preguntó ella, horas más tarde, cuando el arroz se había enfriado y Marco había preparado varios cuencos: uno con huevos batidos, otro con cubos de mozzarella, otro con harina y otro con pan rallado.

—Mi *nonna* —sonrió él con indulgencia—. Le encantaba cocinar y estaba decidida a que todos aprendiéramos también.

—Habría pensado que tendrías cocineros y todo tipo de personal doméstico, creciendo.

—Los teníamos. Quizás por eso ella estaba tan decidida.

—Ah.

—Ella fue muy rica toda su vida. Sus padres nunca le enseñaron. Así que cuando se comprometió con mi abuelo, se fue a Suiza durante tres meses, a una famosa escuela culinaria, donde aprendió todo. Lo básico, decía ella, pero eso era demasiado modesto. Era una excelente cocinera. Excepto que no quería saber cómo hacer comidas elegantes para cenas para impresionar a sus invitados. Quería entender las comidas de Italia, saber cómo cocinar los platos que siempre había amado comer, así que se convirtió en una cazadora de recetas, solicitando a todos sus amigos sus mejores tradiciones familiares e incorporándolas a las nuestras. Era extremadamente exigente —añadió, su afecto por su *nonna* era obvio en todo lo que revelaba sobre ella—. Solo las mejores recetas pasaban la prueba. Esta fue una de ellas.

—Ahora realmente no puedo esperar para probarla —admitió Portia.

—Bueno, sigue rellenando —le indicó Marco, observando cómo ella tomaba un puñado de

arroz, lo moldeaba en una bola alrededor de un cubo de mozzarella, asintiendo con aprobación. Y aunque Portia había logrado tanto en su vida personal, de alguna manera su aprobación de este acto doméstico simple, y lo que esta receta había significado para su familia, su abuela, hizo que su corazón cantara de una manera que no había esperado.

Comieron los *arancini* en la terraza mientras el día se convertía en noche y el cielo se llenaba de los colores naranja y rosa más magníficos. Las bolas de risotto estaban crujientes por fuera, suaves y jugosas por dentro, y el sabor del arroz en sí era más que divino.

—Estos no se parecen en nada a los *arancini* que he probado en restaurantes.

—Los restaurantes rara vez lo hacen bien. Lo ven como una forma de aprovechar el risotto viejo —arrugó la nariz en un gesto de desaprobación que Portia encontró adorable.

¡Adorable! ¿Marco Santoro?

Dios, ¿qué le estaba pasando?

Había dejado de verlo como era y lo estaba convirtiendo en alguien dulce y humano, alguien a quien *adoraba*. Excepto que tal vez en realidad solo lo estaba viendo como realmente era.

Los problemas bailaban en la periferia de su mente.

Los ignoró, porque era demasiado complicado analizarlos, y en este momento, simplemente quería disfrutar. Se sentaron y comieron y se maravillaron con los colores del cielo y hablaron de arte y música y la rivalidad entre la familia Valentino y los Santoros, y todo el tiempo Portia sintió los placeres de esta noche envolviéndola. Estaba tan, tan contenta de haber aceptado venir con él.

Era un fin de semana que no se repetiría, pero eso no importaba. Siempre sería parte de sus recuerdos y de quién era ella a partir de este momento. Nunca olvidaría esto, ni la forma en que Marco la había hecho sentir.

Recogieron la mesa juntos y fue en la cocina, donde Portia había dejado su teléfono cargando, que vio que tenía un mensaje en la pantalla de bloqueo. Lo abrió distraídamente mientras Marco se disponía a hacer café, la máquina zumbando con su sonido familiar de fondo.

Portia no lo oyó.

El chirrido en sus oídos se impuso a todo lo demás.

Era un mensaje de Jack.

Realmente extrañé verte hoy, nena. Llámame.

Las estrellas llenaron sus ojos y de repente le resultó difícil respirar. Dejó caer el teléfono, apoyando las palmas en la encimera.

—¿Portia? ¿Qué pasa? —Por supuesto, Marco, atento a todo, lo había visto. Había observado por sí mismo e intuido que algo andaba mal.

—Nada —mintió ella, cerrando los ojos. Pero entonces, ¿por qué no ser honesta con él? Recogió el teléfono de nuevo y se lo entregó a Marco.

El único mensaje de Jack —había borrado toda su correspondencia anterior— se alzaba como un faro. Marco lo leyó, con los labios apretados, los ojos imposibles de ver, y luego volvió su atención a Portia.

—Estoy bien —le aseguró, aunque no lo estaba. Estaba *furiosa*. ¿Cómo se atrevía Jack a enviarle un mensaje? ¿Cómo se atrevía a pedirle que lo llamara? Todo había terminado entre ellos. Era agua pasada. No había nada más que decir.

—Portia —dijo Marco suavemente, acercándose a ella y tomando su rostro entre sus manos —. Aún sientes algo por él.

Ella le lanzó una mirada fulminante a Marco.

—Por supuesto que sí. Pero solo los negativos.

—Porque te lastimó —dijo Marco con gentileza—. Pero ¿es posible que aún lo ames un poco también?

—No —espetó ella—. Me conoces mejor que eso. Sabes que todo esto es... complicado. Por el tiempo que nos conocimos y el futuro que había imaginado para nosotros, pero cualquier amor que sentía por él murió en el momento en que entré y los vi juntos en la cama.

Sus ojos se entrecerraron mientras su enojo cambiaba de dirección.

—¿Qué estás diciendo, Marco? ¿*Quieres* que siga enamorada de él? —Algo desagradable inundó su corazón—. ¿Quieres que yo... esto es... estás tratando de terminar conmigo sugiriendo que vuelva con él?

Él maldijo y negó con la cabeza.

—Absolutamente no. Eres demasiado inteligente para volver con él. Solo intento estar ahí para ti —dijo en voz baja—. No quiero que sientas que, porque estamos durmiendo juntos, no puedes hablar honestamente conmigo sobre tus sentimientos.

Porque estamos durmiendo juntos.

Al final del día, eso era todo lo que estaban haciendo. Durmiendo juntos. Habían cambiado de escenario y estaban llenando su tiempo entre sesiones de sexo fantástico y alucinante con agradables diversiones como cocinar y cenar en la ciudad, pero todo se trataba de sexo.

Cerró los ojos ante una oleada de miseria, cuyo origen era muy difícil de identificar.

—¿Te importa si solo... tomo una ducha? Necesito un minuto.

—Por supuesto —él retrocedió inmediatamente, sin decir una palabra más, y Portia se alegró.

Mientras el avión aterrizaba en Londres, Marco estudió a Portia. Estaba leyendo un libro, aparentemente, aunque no había pasado la página en varios minutos y la mano en su regazo estaba tensa, formando un puño.

Reprimió un suspiro de frustración.

Ella había estado diferente desde el mensaje de texto.

¿O fue desde que él había intentado sacarle una comprensión de cómo se sentía acerca de su ex?

¿Por qué había insistido en eso? ¿Por qué había querido saberlo tan desesperadamente?

Estaba claro que ella no tenía intención de perdonar a Jack, pero eso no significaba que no le importara. ¿Y qué si lo hacía?

Se habían conocido durante mucho tiempo, habían vivido juntos, se habían comprometido, habían planeado una vida y una familia juntos. Ella no era un robot. No era como si pudiera simplemente apagar sus sentimientos.

Marco frunció el ceño mientras volvía su atención a la ventanilla, solo para encontrar un momento después que sus ojos se desviaban hacia Portia una vez más. Portia con su cabello castaño rojizo apagado y sus brillantes ojos verdes, piel clara pero dorada, impecable y suave. Su cuerpo se agitó en un reconocimiento familiar de su deseo por ella, un deseo que permanecía inalterable a pesar de cuánto habían estado juntos. Si acaso, su necesidad por ella había crecido.

El avión descendió más hacia Londres, la ciudad centelleaba extensamente debajo de ellos, el Támesis una ausencia negra y fangosa de luz a esta hora de la noche.

Cuando las ruedas tocaron la pista, Portia cerró su libro, lo guardó en su bolso y fingió una fascinación por el aeropuerto.

Marco ignoró la frustración en su estómago.

Habían aterrizado en el aeropuerto de la Ciudad, cercano a su casa. Y aunque ya sabía la respuesta, ya que era una noche de trabajo, se escuchó decir:

—¿Te gustaría venir a mi casa?

Ella sonrió cuando lo miró, pero era una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Mejor no. Tendré que estar temprano en la oficina mañana. Hay un montón de correos electrónicos que me he perdido.

Marco asintió como si eso no lo frustrara, y se conformó con organizar que su chofer la llevara a casa. Él tomó un taxi.

—¿Cómo estuvo tu fin de semana? —preguntó Dante, de pie frente al escritorio de Portia, su rostro completamente normal, su expresión como siempre. Pero la culpa arrugó el estómago de Portia.

Este affaire en el que se había metido había sido tan divertido y ligero al principio, pero cuanto más duraba, cuanto más profundo se volvía su conocimiento de Marco y su vida, más sentía que mentirle a su jefe, su amigo, estaba totalmente mal.

—Sí, bien —respondió con un asentimiento, volviendo su atención a la computadora—. ¿Y el tuyo?

—Lo de siempre. Aunque claro, yo no tenía el cumpleaños de mi ex pesando en mi mente.

—Yo tampoco —dijo ella. Y en su mayor parte, eso era cierto. Fue solo el mensaje de texto lo que se lo había recordado, lo que le había hecho sentir una extraña sensación de ser arrastrada de vuelta en el tiempo. Perderse el cumpleaños de Jack era increíblemente extraño. No porque hubieran estado comprometidos, sino porque una vez fueron mejores amigos.

Pero eso no era lo que la había enviado a una espiral de tensión por el resto del tiempo.

Era Marco.

Marco y su sugerencia de que ella aún se preocupaba por Jack. Marco actuando casi como si *quisiera* que ella se preocupara por Jack. ¿Eso le facilitaría terminar las cosas?

No podía sacarse ese pensamiento de la cabeza durante todo el resto de su tiempo juntos.

Ya se había sentido no deseada y poco digna de amor en su relación con Jack, y aquí estaba, todas esas mismas dudas inundándola, la misma sensación arremolinada de incertidumbre en su estómago, asustándola de muerte porque Marco se suponía que era su salvación. Lo último que quería era ser lastimada *de nuevo*.

Él había prometido que no la lastimaría, y en cuanto a buenas intenciones, ella le creía completamente. Pero ¿y si esto estaba fuera de su poder? ¿Y si ella hacía algo realmente estúpido, como permitirse *quererlo*? ¿Realmente, realmente quererlo?

Estaba tan fuera de los límites de lo que habían acordado. Sería absolutamente estúpida si lo olvidara. Pero sus entrañas se revolvían cada vez que pensaba en que las cosas terminaran entre ellos, y en el fondo de su mente, comenzó a preguntarse si la única manera de evitarlo era terminarlo *ahora*, antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que se involucrara demasiado con él, con esto, y con la forma en que la hacía sentir. Con la belleza de su viñedo y su colección de arte y la manera en que funcionaba su hermosa y fascinante mente.

—Bien —dijo Dante, aún de pie junto a su escritorio, encogiéndose de hombros—. Buena charla.

Ella se rio, aunque la diversión era lo último que sentía.

—Lo siento. Es que estoy en medio de algo.

—Bien. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien —prometió. Y se juró a sí misma que siempre lo estaría. No iba a permitir que la historia se repitiera. Su corazón ya había sido roto una vez: eso era más que suficiente. Portia

Mason había aprendido la lección. No había vuelta atrás.

Diez

TODO INSTINTO DE AUTOPRESERVACIÓN que Portia poseía le gritaba que se alejara ahora, antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, no estaba lista para eso. Quizás esa debería haber sido su mayor señal de advertencia de que estaba fuera de su alcance, pero se prometió a sí misma que sería fuerte cuando llegara el momento. Simplemente, *aún* no era el momento.

Pero necesitaba reforzar algunos límites para evitar involucrarse demasiado en esto.

Límites fáciles. Sensatos. Como decir "no" cuando Marco le enviaba mensajes. Como estar "ocupada". Para demostrarle a él, y a sí misma, que seguía siendo su propia persona. Justo como cuando dejó a Jack. No era diferente.

Excepto que ella era diferente.

Era más fuerte.

Mucho más fuerte.

Pero eso no significaba que no doliera decirle "no". No a una invitación a cenar en un restaurante italiano que servía, según él, unos arancini decentes. No a una invitación a su casa. No a la sugerencia de que pasara por su piso una noche. Hasta que finalmente, él no le envió un mensaje la noche siguiente, y su estómago se retorció mientras se metía en la bañera, solitaria, extrañándolo como si fuera una extremidad, sabiendo que estaba siendo cruel consigo misma para ser amable porque no podía soportar la idea de dejar que Marco ocupara demasiado espacio en su vida, sabiendo que tenía que protegerse. Pero para el viernes, estaba desesperada por verlo, y pensó que había sido fuerte durante una semana.

Le envió un mensaje por la noche. *¿Estás libre esta noche?*

Su respuesta fue casi inmediata. *No, no lo estoy.*

Su estómago se le cayó a los pies. No se le había ocurrido pensar en cómo Marco podría estar pasando su tiempo cuando ella no estaba disponible para él. Ni que podría hacer planes por su cuenta, cuando ella lo rechazaba constantemente.

Pero un segundo después, le llegó otro mensaje de él. *Estoy volando de regreso a Italia en este momento. Almuerzo en casa de mis padres mañana.*

Leyó el mensaje con una sensación de alivio arrolladora. No había querido imaginarlo saliendo con otra persona, ni jugando juegos mentales con ella.

Su dedo se cernía sobre la pantalla. Intentó pensar qué decir, pero se quedó en blanco. Quería verlo. Quería decirle que lo extrañaba. Pero eso era demasiado serio para lo que eran, y deshacía todo el buen trabajo de establecer límites que había hecho durante la semana.

Su mensaje llegó cuando aún estaba considerando sus opciones. *¿Qué tal mañana por la noche?*

El corazón de Portia latió con fuerza. *¿No te quedas el fin de semana?*

No. Volveré por la noche.

Su pulso se aceleró. *¿Quieres venir?* Dudó antes de enviar. Luego añadió: *Prepararé la cena.*

Suena bien. Yo llevaré el vino.

Portia dejó el teléfono, exhalando lenta y profundamente. El alivio hacía que sus dedos de las manos y los pies le hormiguearan y de repente, no podía esperar a que fuera sábado por la noche.

—¿LUCA Gionisi está saliendo con alguien?

Marco no estaba prestando especial atención a la conversación de sus hermanos. Estaba reflexionando sobre Portia, y su conspicua ausencia de su vida esta semana, y el hecho de que se había quedado pensando que ella podría estar a punto de alejarse de él. Solo para recibir una invitación de ella de la nada.

Y a pesar de que estos almuerzos *no eran opcionales*, si su vuelo no hubiera estado ya a una hora de Londres, habría cancelado sus planes para ir a casa de ella.

La sensación de que el hacha estaba a punto de caer lo hacía aún más ansioso por disfrutar cada momento que les quedaba juntos. El sábado por la noche no podía llegar lo suficientemente pronto.

—No recientemente. Creo que rompió con esa chica, ¿cómo se llamaba? ¿Angela? ¿Annie? Hace unos meses.

—Anna-Maria —intervino Sofia—. Y sí, lo hizo. Fue todo muy amistoso. Es un buen tipo.

—Sí, lo es, ¿verdad? —preguntó Dante, dirigiendo su atención a Sofia.

—¿Por qué el repentino interés? —preguntó Salvatore—. ¿Qué está pasando?

—Solo me preguntaba si estaría interesado en tener una cita a ciegas.

—¿Contigo? —bromeó Rafaelo, sonriendo.

Dante le devolvió la sonrisa y tomó un sorbo de su vino tinto.

—Con mi asistente. Todos la han conocido. Portia.

Marco se enderezó un poco, su mirada se estrechó sobre el rostro de su hermano.

—Sí. La he conocido —dijo Rafaelo con las cejas levantadas—. ¿Te refieres a tu asistente seriamente hermosa que puede darte vueltas en el departamento de inteligencia?

Dante le lanzó su servilleta a su primo y junto a Rafaelo, su novia Marcia le lanzó una mirada fulminante. Raf fingió no darse cuenta.

Francesco, el hermano de Rafaelo, soltó un silbido bajo.

—Si estás organizando su agenda social, yo tomaré una cita. Es preciosa.

—Absolutamente no —respondió Dante secamente—. Ella está cien por ciento fuera de los límites para cualquiera aquí. —Su mirada viajó hasta Marco y se detuvo allí—. Particularmente para ti.

La columna de Marco se inundó de acero.

—Cuidado, hermano. Eso suena como un desafío —no pudo evitar responder.

—Si la tocas, te mataré —gruñó Dante—. Definitivamente no es tu tipo.

—¿No? ¿Qué te hace decir eso?

Dante hizo una mueca.

—Creo que Francesco ya respondió a esa pregunta. ¿Tiene más de seis células cerebrales?

El temperamento de Marco se estaba elevando, pero tuvo cuidado de no demostrarlo.

—¿Por qué estás tratando de emparejarla, de todos modos? —preguntó Sofia—. Los chicos

tienen razón. Es hermosa, inteligente, siempre me parece confiada. Seguramente no necesita ayuda en el ámbito romántico.

—Tuvo una mala ruptura hace un tiempo —respondió Dante secamente—. Creo que algo de distracción romántica le vendría bien.

Sofía soltó una risa incrédula. —Dante Santoro, mira qué corazón tan grande y tierno tienes. De verdad te preocupas por ella, ¿no?

—Este tipo era un imbécil —respondió él secamente—. ¿Y? —Miró alrededor de la mesa—. ¿Luca?

—Es agradable —Sofía asintió con aprobación, sin tener idea de cómo esta conversación estaba afectando a Marco—. He conocido a algunas de las mujeres con las que ha salido. Nadie dice nada malo de él. Definitivamente es una buena forma de pasar página.

El asentimiento de Dante fue una confirmación de que, en lo que a él respectaba, este asunto estaba resuelto.

Marco se marchó de la mesa poco después.

APENAS HABÍA ABIERTO la puerta cuando Marco entró como una tromba, rodeándola con sus brazos, atrayéndola contra su cuerpo, poderoso y fuerte, sujetándola firmemente mientras la besaba hasta dejarla sin sentido, su lengua azotando la de ella y su boca tan dominante y autoritaria que casi la hizo llorar por los sentimientos que estaba despertando.

Él maldijo en su boca, así que ella se tragó su improperio y la emoción detrás de él, y entonces él estaba tirando de su ropa, el vestido que ella había elegido ese día, haciendo que saltara un botón, y ella se habría reído excepto que su propia desesperación estaba en un punto tan febril que no podía hacer nada más que perderse en esto, y en él. Su propia ropa fue quitada de su cuerpo con la misma urgencia, un condón enrollado sobre su miembro mientras la levantaba y la presionaba contra la pared del recibidor, penetrándola con una sola embestida fuerte y un gemido gutural, hasta que ella temblaba de placer por esto, y por él, su cuerpo en llamas, hipersensible, sus pechos hormigueando mientras él la besaba por todas partes y la tomaba con fuerza, desesperadamente, su propia necesidad respondida a cada paso por la de ella.

Ella se impulsó sobre su longitud, usando sus pies, anclados en la parte baja de su espalda, como apoyo, para elevarse más y cuando explotó, él dejó escapar un fuerte ruido frustrado y luego la llevó donde estaba, aún envuelta alrededor de él, desde el recibidor hasta el interior del apartamento, depositándola suavemente en el sofá con su cuerpo sobre el de ella, sin romper la conexión, besándola mientras caían, moviéndose más rápido ahora, una mano curvada sobre la parte superior de su cabeza para evitar que se golpeara contra el reposabrazos, la consideración de ese gesto conmoviendo su corazón.

Pero ella no podía sentir nada más allá de las sensaciones físicas de esto, el fuego bajo en la boca de su estómago que se estaba extendiendo en llamas y calor por todas partes, viajando a lo largo de su sistema nervioso central hasta que casi se incineraba.

Llegaron al clímax en perfecta unión, una liberación total e inmersiva, la apertura de un universo a otro, el agrietamiento de algo vital dentro de Portia, algo importante e integral, algo que le mostró lo mentirosa que era.

Porque no importaba cuánto hubiera intentado crear límites alrededor de esto, se había estado engañando al pensar que podía controlarlo, al pensar que alguna parte de ella podía dominar el deseo que él despertaba en su interior.

—Eres mía —gruñó él, empujándose para mirarla fijamente, sus ojos taladrando los de Portia—. No para siempre, pero por ahora, eres mía.

Sus entrañas se retorcieron ante la urgencia posesiva de sus palabras, palabras que fueron perfectamente respondidas por la necesidad dentro de ella, necesidades que él provocaba, y sí, por un sentimiento correspondiente hacia él. Él también era suyo, tanto como una persona puede ser de otra.

Era un sentimiento que académicamente rechazaba pero que sentía profundamente en su alma.

—Sí —susurró, levantando una mano y curvándola alrededor de su mejilla—. Por ahora, sí.

No aplacó el extraño remolino en su vientre y no estaba segura de que aplacara nada dentro de él tampoco, pero un momento después, él la estaba besando de nuevo, más suavemente ahora, como si pudiera respirar una vez más. Era lánguido y perezoso, una exploración y degustación, y luego se estaba alejando, poniéndose de pie, mirándola con una expresión que ella no podía descifrar.

—Mi hermano quiere gestionar tu vida amorosa —dijo Marco en voz baja, desviándose a la cocina para deshacerse del condón antes de dirigirse al recibidor y recuperar su ropa, poniéndose los vaqueros y luego mirando su vestido con pesar—. Lo siento por esto —pasó un dedo por el botón que faltaba.

Ella negó con la cabeza. —No lo sientas. —Su desesperación por ella sería un recuerdo que llevaría a la tumba—. ¿Y de qué estás hablando?

—Dante quiere presentarte a un amigo de la familia.

—¿Qué? —Las cejas de Portia se alzaron—. Eso es totalmente... algo que nunca le he pedido que haga.

Marco levantó los ojos al cielo. —Soy consciente de eso. Él cree que necesitas distraerte de tu situación.

Portia miró a Marco con mil sentimientos contradictorios en las entrañas. —Estoy haciendo un buen trabajo distrayéndome yo sola —dijo en voz baja, y luego sonrió—. Pero es dulce que se preocupe.

—Sí que se preocupa. —Marco estaba ceñudo. Portia se puso de pie, vistiéndose con su ropa interior, ignorando el vestido—. Nos advirtió a todos y cada uno de nosotros que nos mantuviéramos alejados de ti. Particularmente a mí.

—Oh, vaya. —No pudo evitar que se le escapara una pequeña risa.

—Yo no le vi la gracia.

—¿Pero por qué te importa? —Se acercó más, olvidándose de los límites y de protegerse a sí misma y sabiendo solo que estaba aquí, con él, y que era exactamente donde necesitaba estar—. Como señalaste: en este momento, ahora mismo, soy tuya. —Besó sus labios—. ¿A quién le importa lo que piense Dante?

Marco emitió un gruñido.

—Soy una chica grande —señaló ella—. Puedo tomar mis propias decisiones.

—¿Y cometer tus propios errores? —preguntó él sombríamente.

—No creo que tú seas un error.

Marco vaciló. —Esto no es lo que esperaba que fuera.

El corazón de Portia titubeó. Era una admisión tan importante para ella. Era prueba de que él estaba tan perdido en esto como ella, tan inseguro sobre la forma en que se estaba transformando más allá de cualquier cosa reconocible y acordada.

—Lo sé. —Levantó los hombros—. Pero tú no vas a hacerme daño. Y yo no voy a hacerte

daño a ti. Eso es todo lo que importa.

Él exhaló suavemente. —Me gusta pasar tiempo contigo.

El corazón de Portia se elevó a los cielos. —Siento lo mismo.

—¿No saldrás con Luca?

Ella se rió, negó con la cabeza, pero algo más serio se le ocurrió. —Nunca hablamos de eso —dijo con una suave vulnerabilidad en su voz—. Sé cómo es tu... vida. ¿Estás... has estado...

Él esperó a que ella continuara, pero Portia no pudo. No quería la respuesta.

—No importa —respondió bruscamente.

—No, Portia —dijo él suavemente, levantando su barbilla con el pulgar—. No he visto a nadie más desde que esto comenzó. Y no tengo la intención de hacerlo.

Su alivio fue incomparable. Y otra señal de advertencia, pero ella había dejado de prestarles atención.

NO ERA COMO si hubiera tomado una decisión definitiva, pero su intento de trazar límites alrededor de lo que estaban haciendo y mantener a Marco en una caja firme en su mente parecía ahora tan fútil. Era como si algo hubiera cambiado entre ellos, algo honesto, vulnerable y real, de modo que incluso cuando ambos sabían que esto debía mantenerse ligero y temporal, de alguna manera seguía siendo importante y los cambiaría a ambos. O al menos, cambiaría a Portia.

Y así, cuando un par de noches después de ese fin de semana, él le envió un mensaje preguntando si estaba libre para ir a la ópera, ella aprovechó la oportunidad con ambas manos. La vida era demasiado corta para arrepentimientos. Y fue una velada perfecta, compartida con alguien que claramente amaba esta forma de arte, y le explicaba las letras en voz baja durante los descansos, y le sostenía la mano todo el tiempo para que se sintiera valorada e importante, incluso cuando era abordado por mujeres hermosas que claramente se habían sentido así por él en algún momento.

A Portia le habría resultado fácil sentir celos, por lo de Jack. Pero no los sentía, porque este era Marco: él era diferente. No era como Jack.

Ella *sí* confiaba en Marco, incluso cuando había jurado que no volvería a confiar en nadie.

Simplemente sabía que él no le mentiría y no la lastimaría. Si quisiera seguir adelante y ver a alguien más, lo terminaría.

Era así de simple.

La noche siguiente, él fue al apartamento de Portia y cenaron allí: comida entregada de uno de los restaurantes más exclusivos de Londres, traída personalmente por el maître.

—¿Sabes que la mayoría de la gente no vive así? —preguntó ella, devorando uno de los suculentos trozos de pollo.

—¿Te molesta?

—No. Sé cuánto hace tu familia a través de su fundación.

Él asintió una vez. —Mi abuela de nuevo. Esa fue su idea. Mi abuelo no la dejaba acercarse al negocio. Era anticuado, pero ella era inteligente e increíblemente astuta, su error. Ella tomó sus impresionantes habilidades y las volcó en la caridad. Recaudó una pequeña fortuna a través de sus habilidades de networking y astucia empresarial, invirtiendo sabiamente en bienes raíces, creando refugios para personas sin hogar en toda Europa.

—Suena como una mujer maravillosa.

—Sí, lo era.

—¿Cuándo la perdiste? —preguntó Portia con simpatía.

—Hace unos años —dijo—. Es por eso que comencé a pasar más tiempo en Londres.

Pareció sorprendido por haber hecho la admisión.

Portia se inclinó hacia adelante. —¿Por qué?

—Supongo que era raro estar allí sin ellos. Al principio vine solo por unos meses. Dante estaba en medio de un trato enorme en ese momento, y acababa de enterrar a Bianca y Livvie. —Su voz se suavizó—. No lo estaba llevando bien. Aunque nunca lo admitiría. Ya sabes cómo es.

Ella asintió suavemente.

—Pensé que me quedaría unos meses, ayudaría donde pudiera. Pero cuanto más tiempo pasaba, más difícil me resultaba la idea de volver a casa. Sin la nonna, simplemente no se sentía bien.

—¿Y ahora? —preguntó ella con suavidad—. Dijiste que la echabas de menos. ¿Te ves viviendo allí?

—Si el trato de Acto se concreta, tal vez.

Ella se acercó más. —¿Por qué?

—Porque asumiría un papel estratégico por un tiempo. Ayudaría donde pudiera. Su sede está en Nueva York, pero tienen la instalación en Florencia, podría establecerme allí.

—Entiendo. —Asintió, consciente de cada movimiento. Se sentía torpe y poco natural. Pero ¿por qué? No tenía nada que ver con ella. ¿Qué debería importarle a Portia dónde viviera Marco? — Tus padres deben echarte de menos.

—Mis padres están muy ocupados viviendo su mejor vida de socialités —respondió con un guiño—. Están perfectamente felices con esta generación dirigiendo el negocio.

Portia sonrió. —Tus primos —murmuró—. ¿Están relacionados por parte de tu padre?

—Sí. Nuestros padres son hermanos.

Ella asintió. —Y todos son muy unidos.

—Sí.

—Eso es lindo.

—¿Tú tampoco tenías primos?

—Una. Janine. Doce años mayor que yo y más mandona de lo que te puedas imaginar. —Portia hizo una mueca—. Basta decir que no crecimos pasando tiempo juntas, ni somos cercanas ahora.

—Disfrutarías uno de los almuerzos que organizan mis padres, creo —dijo, aunque ambos sabían que nunca sería posible—. Incluso podría curarte del deseo de tener una familia grande y ruidosa.

—Te he visto en reuniones —dijo, extendiendo su mano y poniéndola sobre la de él, simplemente porque la suya estaba descansando sobre la mesa y de repente quería tocarla—. Me lo puedo imaginar.

—El almuerzo es algo más. Mi padre toca el piano. Se espera que cantemos.

Portia estalló en carcajadas. —Puedo imaginarte a ti —dijo, levantando las manos en gesto conciliador—. Pero ¿Dante, cantando?

—Dante no canta. Se sienta a la cabecera de la mesa y adopta una expresión de desaprobación. O quizás se pregunta cómo diablos terminó en esta familia. Pero todos los demás participan.

—Eso suena divertido —murmuró.

—Mi madre cocina, aunque se espera que todos ayudemos. La cocina está muy ocupada.

—¿No tienen personal?

—Tienen un ejército de personal para manejar cada aspecto de sus vidas y cuando no estamos allí, no creo que mi madre ponga un pie en la cocina —dijo con afecto—. Pero esto es una oda a la nonna, creo, una recreación de los almuerzos que solían importarle tanto, y todos seguimos la corriente, porque eso es importante.

—Las tradiciones importan —concordó Portia con un asentimiento tranquilo.

—¿Y tú? —la animó—. ¿Qué tipo de cosas hacen en tu familia?

Ella lo pensó, largo y tendido, tratando de recordar un solo recuerdo que pudiera evocar un sentimiento similar de calidez y afecto como el que él había descrito. —No lo sé —dijo finalmente—. Mi papá y yo siempre hemos disfrutado de esos programas de concursos en la televisión —dijo con un encogimiento de hombros autoconsciente.

—Esto explica por qué sabes todas las preguntas de los concursos.

Ella sonrió, complacida por su réplica casual, cuando sus entrañas se apretaban bruscamente.

Once

—¿Necesitas que te lleve? —Ella parpadeó mirando a Marco, con la respiración entrecortada ante la visión de él en esta luz temprana de la mañana, el sol tan dorado en su rostro que parecía la pura y absoluta perfección.

—Tomaré el metro.

—No es molestia.

Ella hizo una mueca. —Sé que dices eso, pero uno de estos días, alguien me va a ver salir de tu coche y comenzará a hacer preguntas que ninguno de los dos quiere responder. El metro es más seguro.

Él hizo un ruido de desaprobación que podría haber sido acuerdo o desacuerdo, pero a Portia no le importó. Terminó su café, besó a Marco y luego se dirigió al pasillo, donde un pequeño armario contenía sus objetos raramente utilizados.

Agarrando una silla, se subió a ella, estirándose hacia arriba, haciendo un ruido de frustración cuando no pudo alcanzar la caja.

—¿Necesitas ayuda, *cara*?

Ella giró, casi se cayó de lado, ganándose una mirada de preocupación de Marco, quien se movió rápidamente para estabilizarla sosteniéndola por las caderas. La presión arterial de Portia se disparó, pero no por su casi caída.

—Es solo esa caja.

—Permíteme.

Ella era independiente y capaz, pero con un suspiro, se bajó de la silla y observó con frustración cómo Marco se estiraba y fácilmente desalojaba el objeto, sacándolo del armario y colocándolo sobre la mesa del comedor.

—Gracias.

—Decoraciones navideñas —leyó.

—Sí.

Él arqueó una ceja inquisitivamente. —Bueno, es casi diciembre —señaló ella—. Y me encanta la Navidad.

Él escaneó su rostro, con evidente sorpresa en sus facciones.

—¿Es raro?

—No es raro. Simplemente no lo esperaba de ti.

—¿Por qué no?

—Eres tan práctica.

—Siempre me ha encantado la Navidad. Hay algo sobre esta época del año... —Pero algo se le atascó en la garganta porque la última vez que había sacado esta caja y puesto un árbol había

sido con Jack, y recordaba haber dicho que sería su última Navidad juntos antes de casarse.

—De todos modos —dijo con fingida alegría—. Me ocuparé de eso después del trabajo esta noche.

—¿Quieres ayuda? —preguntó él, sorprendiéndola, y quizás a sí mismo, con la oferta. Pero tan pronto como lo dijo, Portia supo que sí, lo quería. Sería un bálsamo adicional para hacer más fácil esta primera Navidad sola.

—¿Estás seguro?

—Aunque sea solo para asegurarme de que no vuelvas a escalar más sillas —bromeó.

—De acuerdo. Puedes ser el oficial de seguridad.

Él se acercó, la rodeó con sus brazos por la cintura. —¿Estás segura de que no puedo llevarte?

—No. Pero estoy deseando que llegue esta noche. —Lo besó para despedirse, pero no fue un beso rápido; se perdió en la magia de Marco, como siempre lo hacía, y cuando salió de su apartamento un rato después, lo hizo con una gran sonrisa en su rostro.

El árbol fue decorado lentamente y con grandes explicaciones de cada adorno, una especie de catarsis mientras separaba las decoraciones que eran especiales porque habían venido de sus padres a lo largo de los años, y aquellas que había comprado con Jack. Algunas de estas últimas las había guardado, porque ¿por qué deberían arruinarse todas? Pero cualquiera que estuviera demasiado cargada de recuerdos de su tiempo juntos, la separó en una pila diferente, con la intención de ofrecérselas a Jack o donarlas a una tienda de caridad.

Cuando el árbol estuvo listo, se sentaron en el sofá, Marco en un extremo y Portia reclinada para poder admirar mejor la vista, sus pies en el regazo de Marco, la mano de él sobre sus tobillos.

—¿Qué hay de tu árbol? —preguntó ella, ganándose una risa corta de Marco.

Él se volvió para mirarla, luego se puso serio. —Lo siento, ¿hablas en serio?

—Sí, ¿por qué no?

—No pongo un árbol.

Ella puso los ojos en blanco. —¿Eres demasiado sofisticado para las decoraciones navideñas o algo así?

—Disfruto la Navidad. Pero nuestra madre decora la villa y solemos pasar la Navidad allí.

—Ah —Portia ignoró la opresión bajo sus costillas—. Bueno, yo normalmente también voy a casa con mi familia, pero aun así me gusta tener un árbol en casa para mirarlo.

—Puedo ver eso —dijo él con una sonrisa. La mano en su tobillo se movió suavemente, frotando su piel.

—Sé que probablemente sonará muy, muy superficial —dijo ella suavemente—. Pero creo que en parte es por los regalos. Que me encante tanto la Navidad, quiero decir.

Él sonrió. —Ya veo.

—Aunque no tenían mucho dinero, mamá y papá siempre se esforzaron para asegurarse de que recibiera la cosa que realmente quería para Navidad. A veces era algo pequeño, como el año que estaba obsesionada con los aceites de baño de Body Shop, así que me compraron un bote. Otras veces, especialmente cuando crecí, era más, como un teléfono. Me sentí tan mimada ese año.

Él la miró sin hablar y ella se preguntó qué estaría pensando. Sintió el impulso de defender a sus padres. —Son buenas personas —murmuró—. Solo que... no nos parecemos mucho. No sé a quién me parezco —añadió con un pequeño encogimiento de hombros—. E incluso todo el asunto de Jack, es porque lo aman, tienen un punto ciego enorme en lo que a él respecta. Es

como un hijo para ellos.

—¿Has intentado explicarles? ¿Realmente hacer que te escuchen y entiendan cómo te hizo sentir la infidelidad de Jack?

Ella se mordió el labio. —Es difícil criticarlo frente a ellos.

—Eso no es ser crítica. Es ser honesta y tienes todo el derecho de contar tu historia honestamente.

—Lo sé —miró a Marco y se sorprendió al sentir lo poco que le importaba Jack. Su infidelidad le había dolido, pero cuanto más tiempo pasaba, y quizás incluso cuanto más tiempo pasaba con Marco, menos parecía Jack formar parte de su mente o su corazón.

—¿Quieres venir a Italia este fin de semana? —preguntó él, y el aire a su alrededor se tensó y vibró.

Portia sintió un peso en el pecho. *Quería* decir que sí, pero Italia era algo tan íntimo, no habría dónde huir de esa vocecita en el fondo de su mente que le decía que debía mantener algo de espacio para sí misma. Pero, ¿no había abandonado ya la idea de los límites? ¿Y decidido simplemente disfrutar de Marco mientras pudiera?

—Déjame ver cómo va la semana —dijo—. Me refiero al trabajo.

Él no insistió, y ella se alegró.

A la mañana siguiente, con Marco preparando café y Portia casi vestida, alguien llamó a la puerta.

—¿Te importaría abrir? —gritó Portia. Seguro que era su vecina de arriba. Siempre queriendo pedir prestados leche, pan o detergente.

Oyó a Marco caminando hacia la puerta sobre los viejos tablones del suelo, escuchó el chirrido de la puerta al abrirse, y luego la voz de Marco. —¿Sí?

Su corazón latió con fuerza incluso entonces.

Solo el sonido de su voz, tan sexy y segura. Sonrió, imaginando lo que pensaría su vecina al encontrar a alguien tan guapo como Marco en casa de Portia.

—¿Está Portia?

Portia se enderezó, su mirada se dirigió bruscamente a su reflejo en el espejo y se quedó allí, como si se pidiera a sí misma confirmación de que realmente acababa de oír a Jack.

—Se está terminando de arreglar. ¿Puedo ayudarte? —La propia voz de Marco había adquirido un tono más frío. Lo sabía. Por supuesto, había deducido quién era el otro hombre. Y no estaba contento al respecto.

Portia se abrochó torpemente el resto de los botones, metió la camisa en la cintura de la falda y luego abrió de golpe la puerta de su dormitorio, para encontrar al fantasma de los amantes pasado y presente, ambos de pie, mirándose fijamente en la cocina.

—Jack —Portia instintivamente se acercó a Marco. Podía manejar a Jack por sí misma, de verdad que podía, pero tener a Marco allí le ofrecía una fuerza a la que no veía sentido resistirse. Se paró cerca de él y él le puso una mano en la parte baja de la espalda, suave pero alentadora. *Estoy aquí*.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, cuando Jack no habló y simplemente la miró fijamente.

Él sacudió la cabeza, como para aclarar sus ideas. —Tengo una reunión cerca. Pensé... quería verte.

—¿Por qué? —Le complació lo firme que sonó su voz. Pero era más que eso. Sus nervios estaban tranquilos. No estaba alterada por ver a Jack, no sentía... nada.

—Necesitamos hablar —gruñó, lanzando una mirada molesta a Marco—. A solas.

Portia lo consideró, pero luego negó con la cabeza. —No lo creo.

—Vamos, Portia. Han pasado siete meses. ¿Cuándo vas a dejarme explicar? ¿Cuándo vas a superar esto?

Sintió a Marco tensarse a su lado.

—Ya lo he superado —dijo simplemente—. He superado el shock, el dolor y la angustia, y el preguntarme qué habré hecho mal para que me engañaras.

Jack abrió la boca para decir algo, pero Portia continuó: —He superado el sentirme traicionada, agraviada, abandonada y avergonzada. Solo estoy siguiendo adelante con mi vida.

—Sin mí.

Portia frunció el ceño. —Jack, me engañaste. En nuestra casa. Tú también estabas siguiendo adelante con tu vida, de una manera que me excluía.

El color tiñó sus mejillas. —Fue un error. Ocurrió una sola vez.

—Pero una vez es demasiadas. Y lo de la infidelidad es que es difícil creer que sea algo de una sola vez. La confianza es muy valiosa, y una vez rota, es muy difícil de reparar.

—Pero se puede reparar. Por eso vine aquí. Quería pedirte otra oportunidad. Dios, te echo de menos, Portia. Echo de menos tantas cosas de ti, de nosotros, de quién soy cuando estamos juntos. Echo de menos nuestra vida, y nuestros amigos, y los fines de semana perezosos leyendo el periódico e yendo al pub. Echo de menos los largos paseos por el páramo, y planear vacaciones juntos. Simplemente te echo de menos a *ti*.

Portia sintió como si el mundo hubiera dejado de girar. Ciertamente sintió como si Marco hubiera dejado de respirar.

—Sé que llevará tiempo, solo te pido una oportunidad. Que vayamos a tomar un café, o a dar un paseo. Algo pequeño.

—Pero ¿por qué? —murmuró, parpadeando hacia él, preguntándose qué efecto habría tenido su apasionado discurso si Marco *no* estuviera en su vida. ¿Se habría sentido tentada? ¿O la infidelidad de Jack había sido una herida demasiado profunda para que hubiera alguna esperanza de reparación?

—Porque tenemos algo que vale la pena salvar.

—No pensaste eso cuando te acostaste con otra mujer. —Eso fue Marco y Portia dirigió su mirada bruscamente a su rostro, sorprendida de ver la oscura ira allí, la fuerza de sus emociones.

—Esto no tiene nada que ver contigo —respondió Jack, su propia ira considerablemente menos bien disimulada.

—Concierne a Portia, así que me concierne a mí.

—¿Y quién demonios eres tú? —exigió Jack.

—Un amigo... —dijo Portia rápidamente.

—Marco Santoro.

—¿Santoro? ¿Te estás acostando con tu jefe? —exigió Jack.

—No es mi jefe, es el hermano de mi jefe y no es asunto tuyo. —Respiró hondo—. Jack, mírame —atrajo su atención lejos de Marco, pero apenas. Los ojos de Jack seguían volviendo al rostro de Marco. Los nervios de Portia se estaban crispando ahora—. Yo también echo de menos lo que teníamos. Amaba nuestra vida, y si no me hubieras engañado, o si no lo hubiera descubierto, todavía estaríamos juntos, todavía seríamos felices, y probablemente así habríamos vivido el resto de nuestras vidas. Pero nunca habríamos estado completos, ni realizados. Lo que teníamos no era perfecto. Era una felicidad que nos gustaba a ambos porque era cómoda y familiar. Nos conocemos desde siempre, nuestros padres son amigos, todos los obstáculos fueron removidos para nosotros.

—Portia...

Ella levantó una mano, impidiendo su interrupción. —Lo que echo de menos de nuestra vida juntos es nuestra amistad. Me dolió mucho cuando me engañaste. De verdad. Pero últimamente, he estado examinando por qué podrías haber tomado esa decisión, y creo que es la misma razón por la que me alegro de que hayamos roto: no éramos adecuados juntos. No como pareja. Podríamos haberlo hecho funcionar, porque siempre fuimos amigos, pero ambos merecemos algo mejor. Tal vez con el tiempo podamos volver a ser amigos, pero nunca, jamás, consideraré volver a involucrarme contigo románticamente. Simplemente no hay posibilidad.

Se sintió muy satisfecha de haber expresado sus sentimientos. Estos sentimientos eran importantes, y eran honestos, y fue capaz de expresarlos sin que la emoción hiciera temblar su voz.

—Esto es por él, ¿verdad? —exigió Jack, aparentemente sin escuchar una palabra de lo que Portia había dicho—. Si no te hubieras metido directamente en la cama con este tipo, te sentirías diferente.

Tal vez tenía razón. Tal vez estar en una relación con alguien que hacía que cada parte de su cuerpo chispeara y cantara la había obligado a reconocer cuánta chispa faltaba en su relación con Jack.

—Es por ti —respondió Marco sombríamente—. ¿No estás escuchando nada de lo que Portia ha dicho?

—Cállate —respondió Jack, y luego clavó su mirada en Portia—. ¿No merezco ni siquiera un momento a solas contigo? Estábamos comprometidos, por el amor de Dios.

—Sí, y me engañaste —espetó Portia, frustrada ahora con Jack por hacerse la víctima.

—Cállate —replicó Jack a Portia, pero fue a por Marco, empujándolo en el pecho—. ¿Quién demonios eres tú para estar aquí con ella?

Marco recibió el golpe, apenas perdiendo terreno, mirando a Jack sin moverse. Eso solo enfureció más a Jack y esta vez, levantó una mano y golpeó la cara de Marco.

—¿Te hace sentir mejor? —preguntó Marco, con un tono frío y los ojos feroces—. ¿Culpar a alguien más? Necesitas dirigir tu atención hacia adentro y admitir tus errores. Ver lo que le hiciste a Portia, quien merece, y siempre ha merecido, mucho más respeto del que le diste.

El corazón de Portia dolía y se elevaba.

—¿Qué demonios sabes tú? —Jack estaba casi incoherente, mientras se abalanzaba sobre Marco de nuevo, cuya cara ya había absorbido un golpe y se había vuelto de un sorprendente tono rosado. Esta vez, Marco se movió hacia un lado y Jack, desequilibrado por la fuerza de su intento de embestida, cayó hacia adelante, chocando contra la mesa de la cocina y luego tropezando hasta el suelo. Debió haberse golpeado la cara al caer porque él también tenía una marca oscura en la frente.

—Esto es ridículo —dijo Portia, acercándose a Marco con preocupación, levantando un dedo hacia el moretón que se extendía por su mejilla.

Jack se levantó, Portia lo sintió detrás de ella.

—Deberías irte —el cuerpo de Marco estaba tenso—. He evitado devolverte los golpes porque me das lástima, pero mi autocontrol se está agotando.

—¿Por qué demonios deberías sentir lástima por mí? —escupió Jack.

—Porque tenías la lealtad y el amor de alguien como Portia y lo trataste como si no fuera nada. Qué tonto eres.

El corazón de Portia explotó por todo su cuerpo. Su respiración dolía. Sus pulmones eran demasiado grandes y demasiado pequeños a la vez.

Jack se movió una vez más, abalanzándose sobre Marco, pero este último fue demasiado

rápido. Empujó suavemente a Portia, alejándola del peligro, y bloqueó el puñetazo de Jack con su hombro, luego se giró rápidamente y lo agarró por detrás de los brazos, empujándolo hacia la puerta. Jack no era un hombre pequeño, de ninguna manera, pero no era rival para Marco, quien llevó a un Jack ahora balbuceante y despotricante hacia la puerta y lo empujó afuera, luego cerró la puerta, la cerró con llave y volvió con Portia, toda la preocupación en su rostro era por *ella*.

—*Cara* —murmuró—. ¿Estás bien?

Ella estaba temblando, pero no por Jack, sino por el shock de haber tenido tanta violencia en su propia casa. —Nunca había visto ese lado de él —susurró—. Lo siento mucho —levantó una mano hacia la mejilla de Marco—. No tenía derecho...

—No. Pero no me preocupo por él. Estás temblando. —La atrajo hacia sus brazos, envolviéndola contra su cuerpo grande, fuerte y estable, sosteniéndola allí, dejando que su fuerza fluyera hacia ella, y lo hizo, como un río calmando sus nervios crispados.

Las lágrimas llenaron sus ojos, pero eran lágrimas de gratitud y calidez, de algo grande e importante que no podía analizar. Las emociones la estaban abrumando, pero eso tenía muy poco que ver con Jack. Todo lo que sentía giraba en torno a Marco. Era como si ver a Jack y Marco en la misma habitación le hubiera mostrado cuán insuficiente había sido siempre Jack, cuán completamente insignificante su relación. Cuánto se había estado conformando con él, porque era fácil. No, peor. ¡Porque hacía felices a todos los demás en sus vidas!

Se alejó de Marco, mirándolo. La preocupación en su rostro hizo que su estómago se contrajera, pero eso no era nada comparado con cómo se sintió cuando vio el moretón en su mejilla. —Dios, tu cara —dijo con un grito, olvidando su revelación y moviéndose rápidamente hacia la cocina, sacando una bolsa de guisantes congelados que envolvió en un paño de cocina y le llevó de vuelta, levantándola hacia la carne magullada. Él permitió las atenciones con evidente renuencia.

—He tenido peores.

—Odio la violencia.

—Parece innecesaria, ¿verdad?

—Estabas tan calmado.

—No lo estaba. Los hombres como él me enfurecen.

Ella esperó a que él explicara.

—Ha cometido un error pero luego anda dando tumbos buscando a alguien a quien culpar, como si tu elección de no dejarlo volver a tu vida fuera un fallo tuyo. No puedo soportar la falta de responsabilidad personal.

Portia levantó su mano para tomar el relevo sosteniendo los guisantes congelados.

—No puedo creer que te haya atacado.

—¿Es él un hombre que siempre ha conseguido lo que quiere en la vida, Portia? ¿Alguien que recibió todo lo que deseaba? ¿Que nunca tuvo que trabajar duro por el éxito?

Sus labios se torcieron hacia un lado, y estuvo tentada de señalar que todos los hombres Santoro habían nacido con la proverbial cuchara de plata en la boca, pero no eran malcriados ni perezosos. Trabajaban duro, su negocio era algo que ninguno de ellos daba por sentado, y tenían buenos valores; pensó en cómo todos iban a casa para los almuerzos familiares y ayudaban a su madre a cocinar. Pensó en Marco y su viñedo y el placer que obtenía de las cosas simples como la tierra y las uvas, y su corazón estalló de orgullo por el trabajo duro y la energía que había vertido en esas cosas a pesar de que podría haberse sentado y disfrutado de que le pelaran las uvas.

—Los hombres como él siempre tienen un sentido de derecho exagerado. He conocido a

suficientes para reconocerlo. Te ve como suya. Probablemente desde que eran adolescentes. Te dio por sentado, te engañó porque pensó que no importaría, y simplemente no puede creer que hayas votado con los pies.

Ella asintió lentamente.

—Ese es Jack.

—Nunca habrían sido felices juntos —dijo Marco, con la voz ronca, mientras levantaba el rostro de Portia hacia el suyo—. Lamento que te haya lastimado, pero realmente creo que fue lo mejor.

Portia asintió sin dudar.

—Yo también lo creo. —Y así era.

Doce

—*Cristo*. ¿Qué demonios te ha pasado? —Dante miró con sorpresa el rostro amoratado de Marco—. En serio, ¿estás bien?

—Estoy bien.

—¿Te has peleado?

—No. No importa.

Dante lo estudió durante varios momentos y luego abrió más la puerta.

—Mamá se va a volver loca.

Marco sonrió entonces, lo que hizo que la piel de su mejilla se tensara dolorosamente, pero lo ignoró. Estaba orgulloso de sí mismo por no haber devuelto el golpe, cuando Dios sabía que había querido hacerlo. Qué arrogante y presumido era Jack.

—¿Dónde están todos?

Dante escrutó a Marco un momento más.

—En la terraza. Papá está haciendo pizza.

Ambos se miraron con horror y luego se rieron. No debería haber sido posible estropear una pizza, pero era algo que Gianni Santoro nunca había dominado. La masa estaba demasiado pegajosa o demasiado plana o demasiado salada, los ingredientes elegidos eran totalmente extraños en los esfuerzos de Gianni por "inventar algo nuevo y emocionante".

—Entonces, ¿qué vamos a cenar? —respondió Marco con un movimiento de cabeza, mientras se dirigía a la sala de estar, hombro con hombro con su hermano mayor.

De vuelta en Londres, Marco buscó a Portia de forma automática antes de recordar que no se había quedado a dormir. Ella había susurrado algo sobre una reunión temprano por la mañana y se había escabullido, y él había vuelto a dormirse.

La insatisfacción se desplegó en su estómago.

Estaba harto de que ella no estuviera allí. Harto de la necesidad de su rutina de capa y espada.

Pero, ¿cuál era la alternativa? ¿Sacar esto a la luz? ¿Con qué fin?

Las cosas entre ellos eran diferentes a lo que había anticipado. Le encantaba pasar tiempo con ella, estar con ella, no había señales de que se aburriera como solía hacerlo, y sin embargo, Marco no se hacía ilusiones sobre hacia dónde iba esto. Nunca había tenido una relación a largo plazo, sabía que sería un desastre en ellas, y Portia era la última persona en la tierra a quien querría herir voluntariamente.

Ella había pasado por un infierno, y él se alegraba de poder ayudarla de alguna manera, siendo parte de su vida, pero pronto tendrían que terminar con esto, así que ¿por qué arriesgarse a ser descubiertos por algo temporal?

¿Por qué arriesgar su credibilidad profesional, que tanto le importaba?

Si eso significaba despertar en una cama fría y solitaria algunas mañanas a la semana, que así fuera. Pero su mente se dirigió rápidamente a un fin de semana en Italia; ella había rechazado su última invitación, pero tenía la esperanza de que aceptara la próxima vez, y la idea de tenerla de vuelta en su villa, completamente suya para explorar y disfrutar, para mostrarle su vida y observar sus reacciones, hizo que su cuerpo se animara con anticipación.

Tal vez ella podría usar algunas vacaciones anuales, ¿quedarse más tiempo que un fin de semana? ¿Una semana?

¿Y luego qué? Una voz lo empujó, en el fondo de su mente. ¿Cuándo terminarían con esto?

¿Existía el riesgo de que Portia pudiera salir herida cuando llegara a su fin? ¿Debería estar retrocediendo incluso ahora, poniendo algo de distancia entre ellos?

Estaba haciendo café cuando la puerta de su ático se abrió y se giró, sonriendo, seguro de que sería Portia, viniendo a él porque no podía resistirse.

Así que la decepción al ver a su hermano atravesando el pasillo y entrando en la cocina fue inmensa.

—¿Todo el mundo tiene una maldita llave de mi casa? —murmuró.

Pero la mirada en los ojos de Dante impidió cualquier interrogatorio adicional.

—¿Qué demonios es esto? —exigió Dante, colocando un fajo de papeles A4 en la encimera de la cocina. Marco tomó otro sorbo de su café antes de alcanzar los papeles y hojearlos con una sensación de pánico que se esforzó por ocultar a Dante.

—Tienes que estar bromeando.

—¿Te importaría explicar por qué el ex prometido de Portia te está demandando por agresión?

Marco continuó leyendo, el informe era condenatorio, cuando se leía desde la perspectiva de un extraño. Sin embargo, describía suficiente de la verdad de la situación —que Marco había estado en casa de Portia temprano en la mañana, por ejemplo— para dejar clara la naturaleza de su relación.

—Porque es un pedazo de mierda arrogante y con derecho.

—Puede que ese sea el caso. Pero Marco —Dante se inclinó más cerca, con algo parecido a la desesperación en su rostro—. Por favor, dime que esto no es cierto.

—No lo golpeé.

—Sabes que no es eso a lo que me refiero.

Marco miró fijamente a su hermano, toda su preocupación por Portia. No le importaba él mismo; tenía todo el derecho de ver a quien quisiera.

—Algunas cosas no son asunto tuyo —dijo Marco en voz baja.

—Jesucristo. ¿Te estás acostando con mi asistente?

La cruda descripción enfureció a Marco, porque ya no se sentía precisa. Pero, ¿no se habían prometido, todo el tiempo, que su relación se definía por el sexo?

—Maldita sea, Marco. Quiero decir, *vamos*, hombre. ¿Portia? ¿Mi asistente?

—Ella no es *tuya* —respondió Marco—. Es una mujer adulta que tiene todo el derecho de tomar sus propias decisiones en la vida.

—Claro, por supuesto, pero *tú* no eres la elección correcta, y ambos lo sabemos. ¿En qué demonios estabas pensando? —se enfureció Dante—. No, no estabas pensando, ¿verdad? —Los ojos de Dante se cerraron mientras evidentemente recordaba los últimos meses—. Seguí enviándola aquí. A veces temprano por la mañana. A veces tarde en la noche. ¿Así es como sucedió esto?

—No fue culpa de ella.

—Sé que no fue su maldita culpa. *Conozco* a Portia. Ha trabajado para mí mucho tiempo, la entiendo. Veo quién es y no es alguien con quien tú puedas jugar. No es una de tus conquistas sexuales superficiales y pérdidas de tiempo.

—No es así como yo las describiría —respondió Marco sombríamente, mientras la ira se avivaba en su vientre—. Pero estoy de acuerdo, Portia es diferente a cualquier mujer que haya conocido.

Eso detuvo a Dante en seco. —Entonces, ¿qué es esto? ¿Estás diciendo que realmente estás en una relación con ella?

Marco titubeó. —Yo... no.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Dante. —¿Así que es solo sexo?

—Con todo respeto, no voy a hablar de esto contigo. Portia odiaría eso.

Dante apoyó las palmas en el mostrador. —¿Cuánto tiempo ha estado pasando?

—No mucho —respondió Marco, contando las fechas en su mente, sorprendido al darse cuenta de que habían sido cinco semanas—. Ambos sabemos que es temporal.

—¿Lo saben? —exigió Dante—. ¿Lo saben *ambos*? ¿O simplemente lo han *dicho*?

—¿Qué quieres decir?

—Portia es la última mujer en la tierra que se acostaría con un tipo sin involucrar sus sentimientos. *Cristo*, Marco. Esto es un descomunal desastre.

—No la conoces tan bien como crees.

—No, *tú* no la conoces tan bien como *tú* crees. Yo la conozco de una manera que no está nublada por haberme acostado con ella; la veo como realmente es, y siempre lo he hecho. Vas a lastimarla y voy a matarte por ello.

—*No* voy a lastimarla.

La risa de Dante fue un ladrido áspero, totalmente carente de humor. —¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

¿No acababa Marco de tener exactamente los mismos pensamientos?

—Hablo en serio, Marco. ¿Cómo termina esto? ¿Cuándo has estado con una mujer por más de una semana o dos? Bien, Portia es probablemente más tu igual intelectual que tu presa habitual, así que puedo entender por qué lo has mantenido por más tiempo, pero a menos que estés planeando proponerle matrimonio, necesitas terminar esto *ahora*, antes de que ella haga algo realmente estúpido y se enamore de ti. Eso si no lo ha hecho ya.

Marco miró a Dante con la sensación de que el mundo se le caía encima. —Esto no se trata de amor.

—Nunca se trata de amor para ti, pero ¿cómo sabes lo que está pasando en la cabeza y el corazón de Portia?

—Hemos hablado de ello. No soy un idiota.

—De hecho, lo eres —gruñó Dante—. ¿Puedes decirme honestamente que, en ningún momento, has hecho algo para darle la impresión de que podrías querer más de ella que una aventura rápida?

Destellos de su tiempo juntos atravesaron la visión de Marco. Su fin de semana en Italia. *Eres mía*. La cantidad de tiempo que habían pasado juntos. La feliz domesticidad de las mañanas compartidas, haciendo café, leyendo el periódico.

Sus ojos se cerraron mientras una ola de pánico lo mareaba.

—He sido honesto con ella —insistió, pero era una defensa que ahora carecía de convicción.

—Termínalo —exigió Dante—. O que Dios me ayude, yo... no sé. Esto no puede suceder. —Hizo una pausa, esperando que Marco lo mirara—. Ella es importante para mí, Marco. No es

alguien con quien se pueda jugar. Me preocupo por ella. La considero prácticamente como familia. Termina con esto y no la llames de nuevo. ¿Entendido?

—Lo siento muchísimo. Portia estaba temblando cuando llegó a casa de Marco esa noche, y el primer instinto de Marco fue atraerla a sus brazos y besarla de una manera que la tranquilizara de que todo estaría bien. Pero había estado haciendo eso todo el tiempo, escuchando a su cuerpo y sus necesidades egoístas por encima de lo que sabía que debía hacer.

Dante tenía razón.

Había dejado que su propia fascinación por Portia lo guiara egoístamente y, al hacerlo, había arriesgado crear una falsa impresión, haciendo parecer que quería más de ella de lo que realmente quería. No, que podía *ofrecer* más de lo que estaba dispuesto. Era una distinción importante, porque él quería todo de Portia.

—Fui a la policía después del trabajo y di una declaración, y llamé a Jack y le dije que si no retiraba estos cargos, sería el fin de cualquier esperanza de que fuéramos siquiera amigos, alguna vez. Creo que los retirará. Pero lo siento mucho. Se lo envió a Dante para lastimarme, estoy segura. Dios, es un pedazo de mierda tan arrogante.

—Sí —concordó Marco, abriendo más la puerta—. Entra.

Ella le lanzó una mirada que era en parte arrepentida y en parte pánico. —¿Estás bien?

—*Sí*. —La besó en la mejilla, la llevó con él a la cocina, donde había servido dos copas de vino tinto, también de su finca. Había estado planeando llevarla a ver las uvas, que crecían en uno de sus lugares favoritos de la propiedad, pero ahora sabía que sería una tontería.

—¿Cómo estuvo Dante?

—Te lo puedes imaginar.

—Parecía muy preocupado por mí. Dios, qué pesadilla. Lo siento mucho.

—¿Por qué te disculpas conmigo?

—Porque fue Jack quien...

—Tomamos la decisión de hacer esto. Cuanto más tiempo pasaba, menos probable era que pudiéramos mantenerlo en secreto.

Sus labios se separaron mientras asimilaba eso, pero antes de responder, tomó un sorbo de vino. Su mano temblaba ligeramente.

—Estoy aliviada de cierta manera —dijo suavemente—. Odiaba andar a escondidas a espaldas de Dante. Lo valoro demasiado como para mentir, y cuanto más tiempo pasamos tú y yo juntos, más deshonesta me siento. Me alegro de que lo sepa. Ya no tendremos que fingir.

El silencio latió pesadamente en la habitación.

—¿Marco?

Maldita sea. Odiaba que hubiera llegado a este punto, pero Dante tenía razón. Esto tenía que parar. No podía jugar con Portia, no podía arriesgarse a lastimarla, y cuanto más tiempo pasara, más real se volvería ese riesgo. Claro, Marco no quería terminarlo ahora, no estaba ni cerca de aburrirse, pero era realista: ese día llegaría. Seguiría adelante, y Portia lo odiaría por ello. Mejor terminarlo ahora, antes de que se volviera serio.

—Dante también te valora. Está muy enojado por esto... enojado conmigo.

—No debería estarlo. Esta fue nuestra decisión, tuya y mía.

—Sí, pero fui muy egoísta al involucrarme contigo, Portia.

Ella lo miró fijamente, claramente sin palabras.

—Podía ver que estabas vulnerable. No sabía por qué, pero podía notar que había una debilidad en ti. Me aproveché de eso porque te deseaba.

—No lo hiciste —respondió ella enojada—. Yo estaba allí esa mañana, Marco. Ambos

queríamos lo mismo.

—Debí haberlo sabido mejor.

—¿Por qué? ¿Por qué deberías haber sabido más que yo?

—Porque eres completamente diferente a mí —respondió él—. Yo hago este tipo de cosas todo el tiempo, tú no. Eso era obvio desde el principio.

Ella abrió la boca, la cerró, boquiabierta, sin saber qué decir. —¿Todo el tiempo? —murmuró finalmente.

—No esto exactamente, pero sí.

—Marco, dime algo.

Él permaneció en silencio.

—¿Normalmente llevas a las mujeres con las que te acuestas a tu casa en Italia?

Nunca había hecho eso antes, pero en el momento en que lo admitiera a Portia, sabía que ella le daría demasiada importancia, así que solo tenía una opción: mentir. Mentir para protegerla, porque aunque había llevado a Portia a un lugar que era especial y sagrado para él, no *significaba* nada. Al menos, no significaba lo que ella podría pensar. —Sí, cuando me conviene.

Sus ojos se cerraron, y él sintió la traición de eso, porque tan pronto como lo dijo, quiso tragarse las palabras. La idea de estar allí con otra mujer, de compartir esas cosas con alguien más, le era anatema.

Pero ya había empezado por este camino, y ahora tenía que terminarlo.

—Dijimos desde el principio que esto sería solo sexo. Se convirtió en algo más, para ambos —admitió—. Lo veo. Pero no hay futuro aquí, Portia. —Levantó una mano hacia su mejilla, acariciándola suavemente—. Te prometí que no te lastimaría y si dejo que esto continúe, no sé si podré mantener esa promesa.

Ella tragó saliva, su garganta moviéndose visiblemente. —¿Cómo lo sabes?

Su sonrisa carecía de humor. —Porque me conozco a mí mismo.

Los ojos de ella se cerraron.

—Yo era tu chico de rebote, no alguien de quien quieras algo más, ¿recuerdas?

Sus labios se torcieron, sus ojos permanecieron cerrados. El estómago de Marco dolía.

—Tenemos que terminar esto.

—Yo... —negó con la cabeza, parpadeando hacia él ahora, claramente queriendo luchar contra él en este punto—. Marco, no.

—Sí. Es lo único que tiene sentido. Debí haberlo hecho antes. Me *gusta* pasar tiempo contigo. De verdad, pero esa no es razón suficiente para seguir viéndote. No ahora que te conozco y te entiendo. No puedes separar el sexo del amor. No para siempre.

Ella desvió la mirada, luego tomó su vino y bebió la mitad. —Tienes razón.

Su corazón se desplomó. No esperaba su aquiescencia, aunque se alegraba por ello. ¿No es así?

—Durante las últimas semanas, al menos, he estado sintiendo algo, algo contra lo que he estado luchando, de lo que me he estado convenciendo, ignorando intencionadamente, porque sé que no es lo que acordamos, porque complica todo, y porque es lo último que quiero después de Jack. Esto debía ser simple y fácil. Esto debía ser despreocupado y casual pero Marco, escúchame. ¿Nunca sientes que, cuando estamos juntos, has encontrado a la otra persona que estabas destinado a encontrar en esta tierra? ¿Nunca sientes que lo que sea que falta dentro de ti existe completa y totalmente en mí?

Sus palabras eran como interferencias en su cerebro. Las escuchaba pero no podía dejar que penetraran en su mente porque todo era demasiado problemático. Nunca había estado en una

relación a largo plazo antes y la idea de practicar con Portia era horrible. Sabía que terminaría lastimándola porque se aburriría de ella y se iría, como siempre hacía. No tenía capacidad de atención para las personas.

Así que mintió de nuevo.

—No.

Y ella retrocedió como si la hubiera abofeteado y algo importante dentro de Marco pareció encogerse y morir.

—Esto tiene que terminar —dijo en voz baja—. Fue divertido y fue fácil, pero con Dante en el panorama ahora, no podemos seguir como estábamos.

—¿Tienes miedo de tu hermano? —Se burló, terminando su vino—. Lo que yo haga en mi vida personal no es de su incumbencia.

—Pero sí es de su incumbencia y tiene razón en sentirlo, porque me conoce. Mejor que tú. Sabe que no hago cosas a largo plazo. No me comprometo. Sabe que me aburro y abandono las cosas y a las personas. Esa es mi vida, Portia, es quien soy.

—Mira tu viñedo —lo contradijo ella—. Y tu trabajo de caridad. Haces lo que te importa y lo haces a largo plazo. Te comprometes con eso. En cuanto a tu incapacidad para estar con una mujer por mucho tiempo, eres mucho más inteligente que yo: yo me comprometí con el hombre equivocado, en lugar de hacer lo que tú has hecho, y simplemente disfrutar de la gente a corto plazo mientras me convenía. ¿Cuánto mejor es eso? Pero yo no soy equivocada para ti y tú no eres equivocado para mí. Lo sabes. Esto es diferente a cualquier persona y cualquier cosa que hayas hecho antes.

Su respiración parecía quemar en sus pulmones. Estaba perdiendo el valor de sus convicciones, pero todo en lo que podía pensar era en la certeza de Dante de que la lastimaría, y eso subrayaba perfectamente las propias dudas de Marco, basadas en sus experiencias. Nada le importaba más que no lastimar a Portia, especialmente después de lo que ella había pasado.

—Me importas —dijo finalmente—. Pero no lo suficiente, o tal vez demasiado. No voy a arriesgar tus sentimientos. Sé cómo termina esto, y no es bueno para ti. Confía en mí cuando digo que es mejor para ambos alejarnos ahora. Sin resentimientos.

—Sin resentimientos —repitió ella. Pero negó con la cabeza, rechazando instantáneamente lo que él había dicho—. ¿No tengo voz en esto? Si estás tan preocupado por *mis* sentimientos, ¿no debería ser yo quien los proteja?

Marco solo la miró fijamente. Por primera vez desde que lo conoció, parecía perdido. —No seré alguien más de quien tengas que recuperarte.

—Todos y todo tiene el potencial de ser un obstáculo en nuestra vida. Pensé que me estaba casando por seguridad. Pensé que Jack era un buen tipo que siempre me cuidaría, pero no lo era. Me lastimó. Me engañó. La vida es impredecible. —Se enderezó, miró a Marco a los ojos—. Es mi vida, mi riesgo a tomar. Jack me lastimó, pero lo superé. Soy fuerte. También sobreviviré a ti.

Sus ojos se cerraron. —Pero no lo haré. No sabiendo que te he hecho daño. Dijimos que lo terminaríamos cuando quisiéramos, que seríamos honestos al respecto. No quiero que esto se manche con malos recuerdos. Solo quiero terminar en un punto alto.

No tenía sentido. No dado cómo se sentían ambos. Sus palabras, claro. Sus palabras se basaban en la lógica, pero en el segundo en que Portia dejó de pensar y simplemente escuchó cómo se *sentía*, supo que dejar a Marco ahora era completa y absolutamente incorrecto.

—¿Entonces estás bien con que salga por esa puerta y nunca vuelva? ¿Con que nunca nos volvamos a ver?

Un músculo se tensó en su mandíbula. —*Si*. Es hora, *cara*.

—No. No me llames así, como si esto hubiera significado algo para ti —Podía sentir que sus emociones se le escapaban, su autocontrol vacilaba ante el dolor, la conmoción y la angustia.

Él estaba atento pero en silencio, como si entendiera que cualquier cosa que dijera probablemente inflamaría aún más su rabia. O quizás simplemente había dicho todo lo que estaba dispuesto a decir.

Esto no estaba abierto a debate.

Lo estaba terminando, tal como habían acordado, y aunque el corazón de Portia se estaba rompiendo, aunque sentía que esto estaba mal con cada fibra de su ser, había luchado duro para recuperar su orgullo después de Jack. No iba a perderlo de nuevo.

—Está bien —dijo en una baja exhalación—. Si eso es lo que quieres —Se mantuvo firme un momento, con la respiración contenida en la garganta, porque sabía que tenía una oportunidad de decir las palabras de su corazón y siempre se arrepentiría si no lo hacía—. Pero debes saber que me he enamorado de ti.

Sus ojos se clavaron en los de ella, con una mirada de sorpresa angustiada en sus facciones, lo cual era toda la confirmación que necesitaba, pensó con una profunda tristeza en el pecho, de que él no sentía nada parecido por ella. Sin embargo, siguió adelante.

—Estoy aquí, ofreciéndote todo de mí, porque te amo, y creo que sabes lo especial que es esto. Quiero esto. Te quiero a ti. Por el tiempo que dure, a riesgo de salir herida, quiero más de lo que estamos haciendo. No te estoy pidiendo para siempre. Solo te estoy pidiendo más.

Sus ojos se encontraron con los de ella. Emociones oscuras arremolinaban en sus profundidades. No habló.

La voz de Portia se quebró. —Pero si estás seguro, si realmente estás seguro de que no sientes lo mismo por mí, me iré. Es tu decisión.

Él maldijo suavemente. —No. No digas eso. No estás enamorada de mí.

—Yo-

—Estás enamorada de la distracción que te he ofrecido, de tu compromiso roto. De la forma en que te he hecho sentir: una mujer hermosa y sexual que merece ser adorada. Estás enamorada de esas cosas, no de mí.

Ella se estremeció ante el rechazo enojado en sus palabras. —No me conoces —dijo, enderezando la espalda, recordando la importancia del orgullo y el dominio de sí misma incluso cuando te estás desmoronando por dentro—. Y ahora mismo, desearía no conocerte. Adiós, Marco.

Aun así esperó, solo un momento, dándole la oportunidad de discutir, de decir algo, cualquier cosa, para deshacer este horrible lío. Todo había surgido completamente de la nada.

Pero él guardó silencio, y Portia estaba agotada. Dejó su copa de vino en el mostrador, recogió su bolso, luego caminó silenciosamente hacia la puerta y salió de la vida de Marco.

Trece

—¿Tienes planes para este fin de semana?

Portia levantó la mirada de la computadora, encontrándose con los ojos de Dante con lo que esperaba fuera una expresión normal. En la semana desde que Marco había terminado las cosas, nada se había sentido normal, y menos ella misma. —No. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Solo estoy comprobando. ¿Estás bien?

Su preocupación habría conmovido su corazón si fuera capaz de sentir algo, pero Portia lo mantenía encerrado en hielo.

—Bien —mintió.

Dante claramente no estaba convencido. Se sentó en el borde de su escritorio con un suspiro pesado. —Escucha —su voz era un rumor profundo y algo en el timbre o su acento le recordaba tan fuertemente a Marco que sus entrañas se tensaron. Ella volvió a su pantalla, preparándose para lo que fuera que Dante iba a decir—. Marco es un buen tipo. Uno de los mejores. Pero no es el adecuado para ti.

Ella apretó los dientes. Adoraba a Dante y no quería pelear con él, pero esta conversación definitivamente no era una buena idea.

—Se aburre fácilmente. Es confiable y predecible. Nunca ha estado con nadie por mucho tiempo. Es por eso que generalmente sale con mujeres que tienen las mismas expectativas que él en la vida. Personas que viajan mucho, personas que son casuales, como él.

—Yo soy diferente —dijo ella en voz baja.

—Sí, exactamente. No te pareces en nada a esas mujeres.

Ella se volvió para mirarlo. —Entonces, ¿por qué estás tan seguro de que nuestra relación habría tenido el mismo resultado?

Dante frunció el ceño. —Tú eres diferente, pero él no.

—Conmigo sí lo es.

Su ceño se profundizó. —Ves lo mejor en las personas. Es una de tus fortalezas, pero también puede ser una debilidad.

Absorbió eso, salvada de reaccionar con ira solo por el hecho de que era Dante, y sabía que tenía sus mejores intereses en mente.

—Veo lo mejor en Marco —dijo después de una pausa—. Y creo que se lo merece.

—Portia...

Pero sus nervios se estaban estirando y no podía soportar mucho más de esto. —Estoy bien —le aseguró abruptamente—. Creo que te equivocaste al interferir, y él se equivocó al terminarlo, pero estaré bien. Lo prometo.

Marco había decidido cinco minutos después de llegar al bar que era un error. Pero habiendo

hecho un arreglo para reunirse con amigos, sabía que necesitaba quedarse al menos por una bebida. Aunque no tenía que disfrutarlo.

Se sentó en el borde del reservado, escuchando solo a medias la conversación, sin prestar atención cuando una hermosa rubia vino y tomó el asiento frente a él e intentó desesperadamente captar su interés. Prestando aún menos atención cuando una mujer con la que había estado hace un par de años se acercó y le pasó un brazo por los hombros, susurrándole al oído una oferta de otra bebida, o lo que quisiera.

Terminó su cerveza, se levantó y se fue, frunciendo el ceño todo el camino a casa.

Portia miró la foto con un corazón que dolía más de lo que había creído posible.

Marco la había dejado. Ella había sabido cómo era su vida antes de ella, así que naturalmente su vida había retomado sus patrones habituales. Es decir, estaba saliendo de nuevo.

Otras mujeres.

Otras mujeres estaban en su cama.

Con él.

Sintiéndose especiales.

Siendo amadas.

Oh Dios.

Arrojó el periódico a la basura y se fue a trabajar, pero por dentro, una parte de ella estaba muriendo.

Marco no vio el periódico personalmente, pero al final del día, uno de sus amigos le envió una captura de pantalla. Odiaba cuando esto sucedía, pero era imposible para alguien con el dinero de su familia salir y no ser ocasionalmente fotografiado por los paparazzi.

Pero esto era diferente.

Respondió con un mensaje:

¿Qué periódico?

La respuesta casi lo destruyó, porque sabía con certeza que era el mismo periódico que Portia recibía fielmente todos los días. El periódico que leía en la cocina con un pie presionado contra la otra pierna, al estilo flamenco.

¿Había alguna posibilidad de que no lo hubiera visto? ¿Había alguna posibilidad de que no pensara que él estaba aquí con Charlotte ahora mismo?

Era posible, pero no probable, y esas eran probabilidades que a Marco no le gustaban.

—¿Qué haces aquí? Portia estaba más que cansada. La última semana y pico la habían alcanzado. Estaba fatigada más allá de lo soportable y solo quería meterse en la cama y cubrirse la cabeza con el edredón. Haber llegado a casa y encontrar a Marco parado en la acera frente a su apartamento era lo último que esperaba o necesitaba.

Marco se quedó muy quieto, observándola. La ira se encendió en sus venas, dándole un muy necesario golpe de adrenalina.

—¿Marco? Estoy cansada. Voy a entrar. Así que si estás aquí por alguna razón, suéltalo.

Pero él solo la miraba fijamente, como si nunca la hubiera visto antes. Como si hubieran pasado tres años y no una semana y media. Y maldito sea su cuerpo por responder a él, por vibrar inmediatamente ante su proximidad, como si pudiera simplemente ir hacia él y besarlo y todo estaría bien.

—Había una foto en el periódico esta mañana. Sucede a veces, cuando salgo.

Su corazón se retorció. —La vi.

Asintió una vez. —Pensé que podrías haberlo hecho.

—Está bien —dijo ella rápidamente. Tenía experiencia en esto ahora: actuar como si todo

estuviera bien cuando realmente, realmente no lo estaba—. Supuse que cuando termináramos empezarías a ver a otras personas. No es gran cosa.

Él se quedó callado en respuesta a eso.

—No estaba con ella. La foto fue tomada en un momento en que ella se acercó a hablarme. Fue engañosa.

Portia le creyó. Incluso después de todo lo que había pasado con Jack, Marco era diferente y ella sabía que no vendría aquí a mentirle.

—Pero estarás con otras personas —dijo ella, como si fuera un hecho—. Y yo también. Es solo cuestión de tiempo. Por favor, no sientas que necesitas venir a explicar cada vez que eso suceda. Ese es el punto de terminar una relación: no tenemos voz en la vida del otro. Así es como funciona esto.

Le dolía decirlo.

Sus entrañas se estaban desgarrando, pero ¿y qué? Estaba diciendo la verdad, y en cierto modo se sentía orgullosa de sí misma.

—¿Algo más? —preguntó ella, cuando él no habló.

Marco negó con la cabeza y Portia entró rápidamente antes de dejar caer una sola lágrima.

Tontamente, no lo había pensado en esos términos antes.

Incluso después de terminar las cosas con Portia, él seguía siendo suyo. Y ella era suya. Simplemente no podían estar juntos.

Pero por supuesto que eso era estúpido. Estúpido, estúpido, estúpido. Un fallo en su lógica.

Porque Portia seguiría adelante. Tal vez incluso buscaría a otro chico para ayudarla a superarlo, así como se había acercado a Marco para destruir el fantasma de Jack.

Gimió en su coche, maldijo en voz alta, golpeó el volante con la palma de la mano.

Esto era inútil.

No podía estar aquí.

Londres era un tormento. Saber que estaba tan cerca de ella y no poder tocarla lo estaba matando.

A la mañana siguiente, voló a Italia, sin intención de regresar a Inglaterra durante el mayor tiempo posible.

—Te debo una disculpa. A regañadientes, había aceptado reunirse con Jack durante su hora de almuerzo. Después de lo que había sucedido la última vez, realmente sentía que todo había terminado entre ellos de una vez por todas. Sin embargo, tenía algunos adornos navideños que devolverle, así que al menos podría tachar eso de su lista mental.

Había aceptado tomar un café en el lugar justo debajo de su oficina, para que fuera lo más rápido posible.

—Me tomó completamente por sorpresa verlo en tu apartamento. No me di cuenta de que estabas saliendo con alguien. Lo cual es increíblemente egocéntrico de mi parte, dadas las circunstancias de nuestra ruptura. Lo siento. Me comporté mal.

—Sí, lo hiciste —estuvo de acuerdo, pero este era Jack, con quien había crecido acampando, jugando a las peleas de agua, trepando árboles y montando en bicicleta, y contándole todas sus historias. Él había sido su amigo antes que nada—. Pero está bien. Lo entiendo.

—En realidad, me alegro por ti —dijo él después de un momento.

—¿Ah, sí?

—Creo que la razón por la que me molesté tanto fue porque pude ver cuánto te amaba él. Cuánto lo amabas tú. Ustedes dos simplemente parecían... una pareja tan unida.

—¿Por qué dices eso?

—Simplemente... la forma en que hablaba de ti. Te defendió. No es que no te lo merezcas, pero fue tan rápido en señalar lo idiota que había sido yo, con razón... simplemente vi la puerta cerrándose a cualquier posible vida para nosotros. Reaccioné exageradamente porque estaba en shock.

Portia asintió, sin confiar en sí misma para hablar, luego metió la mano en su bolso para sacar el pequeño paquete de adornos. —Estos son para ti.

—¿Las decoraciones? —Su nariz se arrugó—. Deberías quedártelas.

Su sonrisa era pequeña. —Me he quedado con algunas. Estas son tuyas.

Él las tomó, y cuando sus dedos se conectaron, ella no sintió nada más que calidez. Familiaridad y afecto. Las lágrimas brillaron en sus pestañas.

—¿Portia? —Él se inclinó, poniendo una mano en su rodilla—. ¿Qué pasa?

Ella negó con la cabeza, mortificada por estar al borde de un colapso emocional aquí, donde sus colegas venían a almorzar. Jack entendió, porque había conocido a Portia desde siempre.

—Ven afuera —murmuró, recogiendo sus cosas y guiándola hacia la calle concurrida.

—Es solo agradable verte... así. Como un amigo —dijo ella.

Él asintió. —Siento lo mismo.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Qué está pasando?

Ella negó con la cabeza una vez más.

—Portia...

—Terminamos.

Jack frunció el ceño, sin entender al principio.

—Marco. No estamos juntos. Es... Lo siento. No necesitas escuchar esto.

—Te debo un hombro para llorar —corrigió él, poniendo una mano solícitamente en su brazo.

—Jack, te amé, lo sabes. Pero era diferente. Éramos amigos, realmente, que nos gustaba estar juntos lo suficiente como para pensar que sería una buena forma de vivir el resto de nuestras vidas. Pero no estábamos enamorados. Por eso me engañaste. Buscabas una conexión más profunda. Y aunque no apruebo lo que hiciste, ahora lo entiendo. —Respiró profundamente—. Me enamoré, de cabeza, aterradoramente, abrumadoramente de Marco. Fuerte y rápido y de golpe, en todos los sentidos. Su mente, su cuerpo, su corazón, su potencial, su todo.

Para su mérito, Jack se mantuvo cerca y escuchó, asintiendo alentadoramente, y Portia no sabía cómo se sentía él porque sus propias emociones eran demasiado grandes para dejar espacio para las suyas.

—Pero él no me amaba. —Era la primera vez que decía las palabras en voz alta, o incluso a sí misma. Era una admisión devastadora.

—Portia, Dios, lo siento mucho. Hubiera jurado que era algo serio entre ustedes dos.

Ella se secó las lágrimas, hizo un esfuerzo por sonreír, y tal vez había algo en el estoicismo de su expresión que quebró a Jack porque simplemente la atrajo hacia sus brazos en un gran abrazo, deseando poder eliminar cualquier pizca de dolor de la vida de Portia, que él, o cualquier otra persona, le hubiera causado alguna vez. —Te mereces algo mucho mejor.

Ella negó con la cabeza contra su pecho. —Eso es lo que él dijo.

Dante Santoro salió de su coche y se dirigió hacia los ascensores, pero por alguna razón, un repentino cambio de movimiento o simplemente un giro aleatorio de su cabeza, miró a la izquierda en el momento exacto en que Portia sonrió y Jack la abrazó. Detuvo su andar, el tiempo suficiente para cerciorarse de que sus ojos no lo engañaban, y luego volvió a entrar en el

vestíbulo del edificio Santoro, frunciendo el ceño.

—HA PASADO UN MES.

Marco miró de reojo a su hermano mayor, cerveza en mano. De fondo, su padre cantaba viejas canciones italianas mientras tocaba el piano, acertando la mayoría de las notas, pero de vez en cuando soltaba una tan desafinada que todos hacían una mueca.

—¿Tienes algún punto?

Dante alcanzó su propia cerveza y bebió un trago. —¿Cómo estás?

Marco miró al frente. —Bien.

—No has estado en Londres.

—Lo sé.

—¿Por Portia?

Marco apretó los dientes. —¿A dónde quieres llegar?

—Vi algo hace un par de semanas.

Marco miró brevemente a Dante y luego apartó la vista de nuevo.

—No iba a mencionarlo, pero creo que probablemente tienes derecho a saberlo.

Marco permaneció en silencio.

—La vi con Jack.

Marco se levantó de un salto, todo su cuerpo reaccionando. —¿Me estás tomando el pelo?

—Podría haber sido inocente. Pero se estaban abrazando. Ella parecía... feliz.

Marco sintió como si le hubieran vaciado las entrañas. —Feliz —repitió, alejándose de la mesa y luego volviendo a ella. No, no estaba vacío, estaba en llamas. Ardiendo hasta el punto de la incineración al pensar en Portia volviendo con ese *bastardo*.

No la había dejado ir para eso.

Se suponía que ella debía estar... feliz.

Lo cual Dante dijo que parecía.

—¿Cómo está ella por lo demás? ¿En la oficina? ¿Está bien?

Dante lo miró fijamente, realmente fijamente, y luego maldijo. —Marco, escúchame —Se puso de pie, se acercó a su hermano y le puso una mano en el hombro—. De vez en cuando, cometo un error.

Fue un pobre intento de humor que cayó en saco roto porque ambos estaban en vilo.

—La amas.

Marco se sintió enfermo.

—Estás enamorado de ella. Por eso te sientes así. Por eso te obligas físicamente a mantenerte alejado de ella. Me equivoqué contigo. Y ella tenía razón —Dante sacudió la cabeza con frustración, su tono apologético—. Ella dijo que no te conocía. Que no sabía cómo eran ustedes juntos. No debería haber interferido.

Marco hizo caso omiso de eso. —Estabas cuidando de Portia. Nunca juzgaré a nadie por hacer eso.

Los ojos de Dante se abrieron de par en par. Era la respuesta perfecta para mostrar cuánto amaba Marco a Portia. —Escucha, Marco. Yo he estado enamorado. Y la perdí. Perdí a la mujer más maravillosa y perfecta del mundo, la madre de mi hijo. Mi hijo... —su voz se quebró y Marco puso una mano en el hombro de su hermano. Incluso ahora, no se había vuelto más fácil para Dante hablar de ellos. Marco deseaba poder decir algo, pero su cabeza daba vueltas.

—Daría todo lo que tengo por un día más con ellos —Dante levantó un solo dedo—. Un día. Tú tienes la oportunidad de estar con Portia toda una vida —Dante hizo una pausa, recomponiéndose con un esfuerzo visible—. Tienes que ir a buscarla.

El mundo dejó de girar. Marco miró a su hermano mayor con una mezcla de sentimientos. Amor, simpatía, lástima, irritación, porque si Dante no se hubiera metido en medio de esto, Marco probablemente seguiría disfrutando de Portia, y eventualmente se habría dado cuenta de que la amaba, ¿no? Tal vez no. Tal vez había sido necesario perderla para sacudirlo y hacerle comprender.

—¿Y Jack?

Dante hizo una mueca. —Con más razón debes ir a buscarla.

—Si ella ha decidido que lo quiere a él...

—Ella no sabe que puede tenerte a ti —señaló Dante—. No sabe que tú también la amas.

Y esa era una realidad con la que Marco simplemente no podía vivir. Pasara lo que pasara, necesitaba que ella supiera que había tenido razón. Lo que habían compartido era especial. Lo más especial que Marco había sentido en su vida, y nunca quería que terminara.

HABÍA CONTEMPLADO SIMPLEMENTE PRESENTARSE en su puerta, pero no quería tomarla por sorpresa de nuevo.

Más importante aún, se admitió a sí mismo, no quería correr el riesgo de encontrar a Jack allí.

Así que le envió un mensaje de texto.

¿Tienes diez minutos?

Ni siquiera se había dado cuenta, hasta regresar a Londres, de que era casi Navidad, y los recuerdos de la tarde y la noche que habían pasado decorando su árbol lo golpearon en el plexo solar.

¿Para qué?

Tenía razón en ser cautelosa.

Te lo explicaré cuando te vea. Hay un bar de vinos cerca de tu oficina. ¿Podemos vernos después del trabajo?

Tres pequeños puntos aparecieron para indicar que estaba escribiendo, pero tardó un tiempo excruciantemente largo en llegar un mensaje. Marco contuvo la respiración todo el tiempo, hasta que se le formaron estrellas en los ojos.

Diez minutos, eso era todo.

Era algo. Algo más de lo que había esperado, y ahora, solo tenía que confiar contra toda esperanza... sus nervios eran un desastre, y sabía que estaba a punto de tener la conversación más importante de su vida. Dios lo ayudara, nada importaba más que esto.

SU ESTÓMAGO ESTABA lleno de mariposas, sin importar cuánto intentara contener los nervios.

Había pasado demasiado tiempo, y aún no estaba lista para esto. No estaba preparada. Sentía mil y una cosas y deseaba, de alguna manera, haber sido lo suficientemente fuerte para negarse a verlo.

Pero este era Marco.

Lo había amado, intensamente, y decirle que no nunca iba a ser fácil.

Además, la parte de ella que quería verlo, sin importar qué, era dominante, y por eso la había escuchado.

Pero estaba decidida a que este encuentro solo duraría diez minutos. Se negaba a dejarse arrastrar a algo más largo.

Ayudaba que el bar de vinos estuviera ocupado. La Navidad estaba a solo días de distancia y todos estaban con el espíritu festivo, llenos de vino, alegría y júbilo. Villancicos sonaban por los altavoces, pero casi se ahogaban con el bullicio de las conversaciones. Sus ojos escanearon la habitación, pasando por alto a Marco al principio. Pero no, ahí estaba. En una mesa, mirando fijamente al frente. Le tomó un momento, luego sus ojos se dirigieron hacia la puerta y fue casi como si hubiera sentido su llegada. Se puso de pie, y el mundo dejó de moverse.

La sala se vació. Al menos, en lo que a Portia concernía. El aire entre ellos formó un vacío, y sus pies la llevaron hacia adelante por voluntad propia. Se acercó cada vez más a él y con el máximo esfuerzo, finalmente se detuvo.

—Marco —dijo, a modo de saludo.

Él simplemente la miró fijamente.

Ella miró a su alrededor, consciente de sí misma, con los sentimientos a flor de piel, luego se volvió para mirarlo. Pareció sacarlo de su silenciosa reflexión.

—Está lleno —hizo una mueca disculpándose—. ¿Está bien así?

—¿Por diez minutos? Está bien.

Él asintió rápidamente, como si estuviera de acuerdo con los términos que ya habían discutido.

—Pedí esto para ti. —Deslizó una copa de vino hacia ella. Ella la ignoró.

—¿Para qué querías verme?

Un músculo se tensó en su mandíbula, fascinante y distrayente.

—Ha pasado mucho tiempo.

Ella asintió lentamente.

—Te he echado de menos.

¡Bang!

Como una flecha en el pecho.

Era lo último que esperaba que dijera.

Se dio la vuelta, mirando hacia la multitud, luchando contra las lágrimas.

—Te he echado de menos de una manera que no puedo explicar. Nunca he conocido nada igual. Portia, la cagué. De manera monumental. Y lo siento.

Apenas podía respirar. Continuó mirando a la multitud, porque no podía mirar a Marco. Intentó sacar fuerzas de la gente que los rodeaba, pero por dentro temblaba.

—Sé que lo nuestro se acabó. Que probablemente has seguido adelante —dijo con brusquedad, por lo que ella frunció el ceño—. Pero solo quería que supieras... yo también me enamoré de ti. Completamente. Eres todo para mí. Todo.

Inhaló aire, pero no llegaba a sus pulmones. Estaba muriendo, ahogándose, volando, libre.

Se volvió para mirarlo, lentamente.

—¿Qué?

Necesitaba oírlo de nuevo. Verlo decirlo.

Debajo de la mesa, sus dedos pellizcaron la carne de sus muslos a través de los pantalones.

—Te amo. —Extendió la mano, como si quisiera tomar la de ella, pero luego se detuvo, alcanzando su vino en su lugar, sosteniéndolo sin levantarlo—. Eres diferente a cualquier

persona que haya conocido, y mis sentimientos por ti son diferentes a cualquier cosa que haya sentido. No lo entendía. Estaba tan concentrado en no lastimarte, en no ser alguien más de quien tuvieras que recuperarte, que no me detuve a pensar por qué tu felicidad me importaba tanto.

Cerró los ojos ante la oleada de emociones que amenazaban con devorarla.

—No estoy diciendo esto porque espere que me aceptes de vuelta, o porque crea que aún sientes lo mismo por mí, o porque piense que algo saldrá de esto, no lo creo. Pero tan pronto como entendí cómo me siento, no podía vivir en un mundo donde tú no lo supieras también. No podía soportar la idea de que pudieras creer que me habías amado y que yo no había sentido lo mismo por ti. Estábamos tan bien juntos, Portia.

—Sí —susurró, temblorosa—. Lo estábamos.

—Y lo arruiné.

—Porque me amabas —dijo suavemente.

—Sí.

El silencio crepitaba en el aire que los rodeaba. Portia permaneció inmóvil, todas las opciones desplegadas ante ella, las dudas impidiéndole decir algo más.

—Te mentí, ¿sabes?

Ella parpadeó mirándolo.

—Cuando me preguntaste sobre ex novias y la villa. Nunca había llevado a nadie allí antes, es un lugar muy personal para mí. Así que mentí, pero no solo a ti. Me estaba mintiendo a mí mismo, porque sabía que era significativo que te hubiera llevado allí. Que hubiera cocinado contigo y compartido tanto de mí contigo, y no sabía lo que significaba. O tal vez sí lo sabía, y estaba asustado, así que intenté que sonara normal. Pero nada sobre nosotros ha sido normal desde el principio, *cara*.

El corazón de Portia martilleaba contra sus costillas. La hacía sentir inexplicablemente feliz saber que lo que habían compartido allí había sido solo de ellos.

—Portia, sobre Jack...

Ella entrecerró los ojos, observando, escuchando.

—No es mi lugar preguntar, pero tengo que saber...

Bebió un sorbo de vino, luego puso las manos en su regazo, esperando.

—¿Han vuelto a estar juntos?

Casi se ahoga con su bebida. —¿Qué?

—Está bien. Lo entiendo. Estuviste con él mucho tiempo.

—¿Qué? —repitió, incrédula—. ¿Por qué demonios pensarías...?

—Dante los vio juntos. Abrazándose.

—¿Cuándo? ¿Hace semanas?

—*Sí*.

Cerró los ojos. —Quería disculparse por todo el asunto de haberte atacado. De hecho, me dijo que estaba feliz por mí, por haber conocido a alguien que claramente me amaba. Y lloré, porque tú y yo habíamos terminado, y mi mundo se había desmoronado. Él me consoló. Eso es lo que Dante vio, supongo.

Marco dejó escapar un largo y lento suspiro. —¿No has vuelto con él?

—No.

—Vale. Bien. —Asintió, con una sonrisa tensa en los labios—. Aunque no es asunto mío preocuparme.

Ella frunció el ceño. —¿Eh?

—Puedes hacer lo que quieras. Con tu vida. Es tu vida.

—Marco —negó con la cabeza, y ahora no pudo evitar sonreír—. Para alguien tan inteligente, eres increíblemente malo en esto, ¿lo sabías?

El calor tiñó sus mejillas.

—Acabas de decirme que me amas.

—Te amo.

—Lo sé. Y yo te amo.

Sus ojos se clavaron en los de ella y su estómago se contrajo al ver la incertidumbre en ellos.

—¿Incluso después de lo estúpido que he sido?

—Em, sí. Incluso entonces. Por siempre y para siempre. Así es como funciona el amor.

—No sé lo que estoy haciendo.

—Eso es obvio.

—Quiero volver a cómo estaban las cosas antes.

—No podemos hacer eso —dijo ella en voz baja—. Ahora somos diferentes. Las últimas semanas han sido las más difíciles de mi vida. No podemos fingir que no sucedió.

—No —dijo él, aún inseguro.

—Pero podemos empezar de nuevo —dijo ella, levantándose y moviéndose hacia su lado del reservado, deslizándose junto a él.

—¿Podemos? —Se aclaró la garganta.

Ella puso una mano en su rodilla debajo de la mesa y la apretó. —Sí.

—¿Como, ahora mismo? ¿Podemos empezar de nuevo, desde este momento?

—Sí.

—¿Eres mía?

—Siempre lo fui.

—Y yo soy tuyo.

—Lo sé.

Sonrió, una sonrisa verdadera ahora. —No te merezco.

—Sí que me mereces. Esto es todo lo que ambos merecemos. —Pero se puso un poco seria, parpadeando hacia él—. Por favor, no vuelvas a hacerme daño.

Él gimió, negando con la cabeza, tomando sus mejillas y sosteniéndola firme. —Nunca. Jamás en toda mi vida. Tú lo eres *todo* para mí —y cuando la besó, fue con toda la pasión y necesidad y anhelo y, lo más importante, amor que sentía en su corazón. Fue todo, para ambos.

Epílogo

EL MUNDO EXTERIOR dejó de existir.

Durante días y noches y más días y noches, Marco y Portia desaparecieron en la dicha solitaria de su lujoso apartamento, descubriéndose el uno al otro de nuevo, haciéndose promesas con sus cuerpos y su cercanía, promesas de no volver a separarse jamás.

Fue casi por casualidad que recordaron que era Nochebuena. Portia, recogiendo distraídamente el periódico por primera vez desde que llegó al apartamento de Marco, leyó la fecha en la parte superior y se sobresaltó.

—Bueno —dijo Marco con voz pausada, cuando ella se lo hizo notar, sus ojos oscuros encontrándose y sosteniéndole la mirada—. ¿Qué te parecería venir a casa conmigo?

Su corazón titubeó. —Me encantaría volver al viñedo contigo, pero en algún momento tengo que ver a mis padres también.

Él se puso de pie y la atrajo hacia sus brazos. —No me refiero al viñedo. Me refiero a la villa de mi familia. Quiero que los conozcas, *cara*.

—Ya conozco a la mayoría de ellos —señaló ella.

—Quiero que los conozcas como mi otra mitad.

—Oh —susurró ella, con los ojos brillantes de lágrimas de felicidad.

—¿Qué te parece esto? —Y ella escuchó mientras él exponía un plan simple: salir casi inmediatamente hacia Italia, donde pasarían la Nochebuena con su familia, antes de volar temprano al día siguiente para estar con la familia de ella para el almuerzo.

—¿Realmente crees... —Se mordió el labio.

—¿Qué pasa? —murmuró él, solícito.

—Conocer a los padres es un gran paso...

Marco se rió entonces, atrayéndola hacia él en un gran abrazo. —Vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, ¿no?

Era la primera vez que lo decía así. No exactamente una propuesta, sino una declaración de expectativa, tan simplemente expresada que ella supo que era completamente genuina y esperada.

Ella le sonrió y asintió.

—Entonces vamos a contárselo a las personas que amamos. —Le besó la punta de la nariz—. No puedo esperar para presumirte.

—Dante... —murmuró ella.

—Estará encantado por nosotros. —La confianza de Marco era contagiosa. No fue hasta que el jet privado aterrizó en Florencia y el coche de Marco atravesaba el campo, con colinas ondulantes a ambos lados, que el estómago de Portia se pobló de mariposas una vez más.

—Te adorarán —la tranquilizó Marco, al percibirlo. Pero cuando se acercaron a las grandes puertas de seguridad dobles de la finca familiar, detuvo el coche a un lado de la carretera y la miró fijamente a los ojos.

—No sabía qué pasaría cuando vine a Londres. —Su tono era serio, su rostro pálido—. No me permití tener esperanzas. Me dije a mí mismo que era suficiente ser honesto contigo sobre lo que siento por ti.

Las entrañas de Portia se contrajeron.

—Pero en el fondo de mi mente, esperaba. Esperaba que tu amor no se hubiera ido. Esperaba que lo que habíamos sentido fuera demasiado fuerte para ser arruinado por mi estupidez.

Ella extendió la mano y la puso sobre su muslo.

—Quería —murmuró él—, que supieras cuánto te amo. Y sobre todo, quería que tuvieras esto. —Metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo, la miró un momento, antes de abrir la tapa para revelar el anillo más hermoso que Portia había visto jamás. Una esmeralda brillante en el centro, perfectamente redonda, rodeada por un círculo de diamantes blancos brillantes en un engaste de oro platinado.

Su corazón se aceleró cuando el significado del anillo se hizo evidente.

—Marco... —miró el anillo, fascinada, luego levantó la mirada hacia su rostro, con emociones agitándose en su interior—. Es muy hermoso.

—Todo lo que podía pensar, cuando lo vi, eran tus ojos.

Ella volvió a mirar el anillo, algo extraño apoderándose de ella ahora.

—En mis sueños más locos, cuando compré el anillo, imaginé proponerte matrimonio, que podrías aceptar pasar el resto de tu vida conmigo. Pero incluso si ya no me amaras, incluso si sintieras que no querías confiarme tu corazón, esperaba que pudieras quedarte con el anillo y pensar en mí a veces, cuando eligieras usarlo.

Los ojos de Portia se llenaron de lágrimas. —Te amo.

Él la miró rápidamente, con los labios apretados.

—Sabes lo que siento por ti y lo que quiero. Pero, ¿aceptarías este anillo mientras piensas en lo que *tú* quieres? Úsalo hoy, para darte confianza, como distracción, o simplemente como un recordatorio constante de cuánto te amo y te respeto.

—Marco —susurró ella de manera inestable, pero con urgencia—. Todavía no eres muy bueno en esto.

Él frunció el ceño, inseguro.

—Te amo —le recordó ella—. Estoy bastante segura de que lo que tú quieres y lo que yo quiero es lo mismo en la vida.

Sus ojos se ensombrecieron de incredulidad al principio y luego de alivio, mientras sacaba el anillo de la caja y lo sostenía entre el índice y el pulgar.

—Para que quede claro, te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Ella se rió suavemente. —Eso lo entendí.

—¿Y estás diciendo...

—Sí, por supuesto. —Se rió, con el corazón completamente tranquilo, la felicidad omnipresente. Esto no era nada parecido a lo de Jack. Cada instinto de su cuerpo le gritaba que aceptara, asegurándole que estaba aceptando la propuesta del hombre que había sido puesto en esta misma tierra solo para ella.

—*Ti amo* —dijo él mientras deslizaba el anillo en su dedo y luego la besaba, antes de que ella pudiera siquiera verlo puesto—. *Ti amo per sempre*.

Y ella asintió, porque sabía, absolutamente, que era la verdad.

YA LOS HABÍA CONOCIDO a todos antes, pero esto era diferente.

Ahora, no estaba aquí al lado de Dante, en calidad profesional, tomando notas y guardándose su opinión. En cambio, estaba con Marco. Realmente con él.

Fue lo primero que se mencionó, después de que entraron. Bueno, casi lo primero.

—¿Portia? —Era Rafaelo, recibiéndolos en la puerta—. ¿Estás aquí? ¿Con Marco?

Sus ojos volaron hacia los de Marco, buscando confianza. La encontró en abundancia cuando él le sonrió.

Fue la novia de Rafaelo, Marcia, estadounidense y siempre segura y ruidosa, quien habló después.

—Mierda. Y están comprometidos. ¿En serio? —Extendió la mano hacia la de Portia, palideciendo mientras miraba fijamente el anillo de compromiso monumentalmente hermoso.

—Vaya. —Ese fue Rafaelo—. Felicidades, tío —dijo, sin perder el ritmo. Portia esperó que Marcia dijera algo similar, pero la rubia simplemente se quedó mirando el anillo, como si estuviera congelada en el lugar. Portia frunció el ceño, pero un momento después, Rafaelo la envolvió en un gran abrazo de oso, apretándola contra su cuerpo y todo lo que pudo sentir fue felicidad. Felicidad sublime.

Marcia se recompuso.

—Felicidades —dijo, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Esas son grandes noticias.

Portia lo tomó al pie de la letra. Solo se habían encontrado un puñado de veces. Realmente no conocía a la mujer, no podía adivinar la razón de su extraña reacción. Además, tenía cosas más importantes de qué preocuparse, como el resto de la noche.

Al final, no hubo necesidad de preocuparse.

No había necesidad de nada más que felicidad.

La familia de Marco era maravillosa: todo el gran grupo extendido, que incluía a sus padres, tías, tíos, primos y hermanos, todos reunidos para celebrar la Nochebuena al estilo clásico de los Santoro. Con demasiada comida, muchas risas y charlas, y luego, después del *panettone* y el café, Gianni Santoro se sentó al piano, tocando una selección de villancicos, y la familia cantó junto a él. A estas alturas, habían bebido lo suficiente como para no preocuparse por pequeños detalles como cantar afinados, y el ruido era casi ensordecedor.

Portia no podía dejar de sonreír. Marco mantenía un brazo alrededor de su hombro, sosteniéndola cerca, no porque ella necesitara estar a su lado, sino porque era lo que él quería, más que nada en el mundo.

—Entonces —Maria, la madre de Marco, se unió a ellos más tarde, mientras el canto de villancicos continuaba, pero ahora más silenciosamente, ya que algunos de los Santoro se habían ido a la cama—. ¿Cuándo se casarán?

Portia sonrió a Marco, y antes de que pudiera responder, él dijo:

—Si fuera por mí, tan pronto como sea legalmente posible.

Los ojos de Maria brillaron.

—Eso no deja mucho tiempo para planear una gran boda —señaló.

Cuando Portia se iba a casar con Jack, había planeado la boda durante más de un año. Pensaba que todos los detalles importaban. Desde las flores hasta el pastel, los músicos y el fotógrafo, nada se escapó de su radar. Planeó la boda con el mismo grado de precisión que un general de cuatro estrellas podría utilizar al planear un ataque militar. Fue meticulosa y enfocada. Más enfocada en la boda que en el matrimonio.

Con Marco, todo era diferente. Sentada junto a él en Nochebuena, con la nieve comenzando a caer fuera de las ventanas, se dio cuenta de que no le importaba lo que vistiera, ni lo que comiera, ni qué música sonara o incluso *dónde* se casaran. Solo le importaba que fuera Marco quien tomara su mano en la suya y prometiera amarla por el resto de su vida.

Ningún detalle importaba más que eso.

—No necesitamos una gran boda —dijo, sonriendo con la fuerza de mil estrellas navideñas—. Solo nos necesitamos el uno al otro.

Maria se limpió el ojo y asintió con lo que Portia pensó que podría haber sido aprobación.

—De acuerdo. Lo haremos realidad. Portia, ¿tienes familia?

Portia asintió, pero el dolor en su vientre cuando reflexionó sobre su pequeña y tranquila familia no se materializó.

—Tengo padres —dijo simplemente. Ni siquiera había tíos o tías, primos, a los que necesitara invitar.

—Bueno, no puedo esperar para conocerlos, para darles la bienvenida aquí. —Abrió la boca para decir algo, luego la cerró de nuevo—. ¿Me avisarás cuando hayan hecho sus planes?

Marco sonrió, asintiendo.

—Buen trabajo, mamá. Sé lo difícil que fue eso para ti.

Maria puso los ojos en blanco, pero con evidente afecto.

—Él cree que soy una controladora.

—Creo —corrigió Marco—. Que cuando se trata de tu familia, harás lo que sea necesario para hacernos felices.

—Y tienes razón —dijo Maria con un asentimiento, poniéndose de pie—. Háganme saber qué puedo hacer para ayudar. —Luego, volviéndose hacia Portia—. Estamos tan encantados de tenerte con nosotros, Portia. *Famiglia é tutto.*

—Es temprano. Dante sorprendió a Portia en la cocina, donde ella estaba de pie mientras el sol susurraba su promesa a través del valle toscano, insinuando el día por venir. Esperaba que el café se preparara, añorando su máquina de cápsulas en lugar de la cafetera de espresso que tenían los Santoro.

Se volvió para mirarlo, sus ojos recorriendo su rostro. Era la primera vez que estaban solos desde que ella y Marco habían llegado ayer. Él los había saludado, abrazado a ambos, pero eso fue todo. Después, Dante pareció perderse en las sombras. Estaba allí, pero no estaba.

—Feliz Navidad —dijo ella, en voz baja, acercándose.

Él no dijo nada.

—Dante —murmuró, poniendo una mano en su hombro—. ¿Estás bien con esto?

Él pareció confundido.

—¿Con...?

—Marco y yo. —Miró su anillo—. Con todo.

Él tragó saliva, su garganta moviéndose.

—Estoy aliviado —dijo honestamente—. Casi lo arruino para ambos.

—No tenías el poder para hacer eso —contradijo ella—. Marco no debería haberte dejado persuadirlo.

—Él te amaba.

—Lo sé.

—No me di cuenta.

—Eso también lo sé.

La cafetera hizo un ruido y Dante se acercó a ella, haciéndose cargo de la preparación del

café, vertiendo el espeso líquido negro en las dos tazas que ella había sacado. Una era para Marco, pero Dante la llevó a sus labios en su lugar. Portia ocultó una sonrisa: era normal que Dante pensara en términos de él y Portia. Habían sido un equipo durante mucho tiempo y les tomaría un tiempo a todos acostumbrarse a la nueva dinámica.

—Entonces, ¿esto cambiará las cosas? —preguntó él, con el ceño fruncido.

—¿En qué sentido?

—En el trabajo. ¿Todavía quieres trabajar siquiera?

Ella estalló en carcajadas.

—Um, sí. ¿Por qué no querría?

Él se encogió de hombros.

—Te estás casando con Marco. ¿Dónde van a vivir siquiera?

Los ojos de Portia se abrieron de par en par.

—No lo había pensado... —parpadeó—. No lo hemos discutido —dijo, honestamente—. Pero dado que él puede hacer lo que hace desde cualquier parte del mundo, y yo amo trabajar para ti, voy a adivinar que viviremos en Londres. Por el momento al menos —añadió, pensando con anhelo en la casa de Marco. Pero era un viaje fácil desde Londres a su casa en Italia. Podrían hacer que esto funcionara, incluso si significaba volver solo los fines de semana inicialmente.

—No *tendrás* que trabajar —señaló Dante.

Los ojos de Portia se abrieron aún más.

—Dante Santoro, ¿acaso me conoces en absoluto?

Él sonrió entonces.

—Tienes razón. Pregunta estúpida.

—Vaya —murmuró ella—. ¿Crees que solo porque me estoy casando con tu ridícula familia adinerada de repente perdería todas mis ambiciones?

—No. Te conozco mejor que eso —coincidió él—. Lo siento. Estaba pensando en voz alta. —Y luego añadió—: No soy yo mismo hoy. —Se giró, mirando por la ventana—. A ella le encantaba la Navidad, ¿sabes?

El corazón de Portia se encogió. —¿Bianca? —Era extraño decir el nombre de su difunta esposa. Hablaban de ella, pero no a menudo usando su nombre. Dante diría 'ella' o 'nosotros'.

—Livvie —corrigió él, con voz ronca—. A Bianca le daba igual, pero para Livvie era el principio y el fin de su mundo. Le encantaba como no te puedes imaginar. Así que ahora, yo la odio —dijo apretando más su taza—. Intenté evitar venir aquí, ¿sabes? Cada año hago lo posible, pero mi madre insiste, y ya has visto cómo es.

—Creo que probablemente ella entiende lo importante que es para ti estar con las personas que más te quieren en el mundo, especialmente en Navidad —dijo Portia, acercándose, bebiendo su café y manteniendo la mirada de Dante—. Lo siento mucho —susurró—. Ojalá hubiera algo que pudiera decir o hacer para mejorarlo...

—¿Vendrías a dar un paseo conmigo? —preguntó él—. Quiero mostrarte algo.

Y aunque Portia era consciente del tiempo y de su inminente viaje de vuelta al Reino Unido, no podía, no quería decirle que no a Dante en ese momento. Así que asintió y, sosteniendo sus cafés, se abrigaron con abrigos del cuarto de las botas antes de salir. A unos cientos de metros, había una casa del árbol.

—La construimos para ella —dijo Dante—. Papá, Raf y yo lo hicimos, un verano. Ella tenía cuatro años y le encantaba trepar a los árboles y fingir ser una princesa. Le dimos la casa del árbol por su cumpleaños. No se lo podía creer. —Se quedó de pie en la base, mirando hacia arriba.

El corazón de Portia se encogió.

Se quedaron allí, bebiendo café, y Dante se abrió a ella más que nunca, en una forma de catarsis que ella sabía que él necesitaba, y Portia se alegró de estar allí. Alegre de no ser solo su asistente y amiga, sino también su familia ahora.

Famiglia é tutto.

—No te voy a mentir —la boca de Stephanie Mason era una línea de desaprobación—. Estoy sorprendida.

—Estás molesta —aclaró Portia, con las manos temblando un poco cuando alcanzó la cuchara, revolviendo la salsa como había hecho una y otra vez en Navidad.

—No, cariño, no —respondió Stephanie rápidamente, sorprendiendo a Portia con su fervor, luego bajando la voz—. Cualquiera puede ver lo perfectos que son el uno para el otro, cuánto te ama. No estoy molesta. Sorprendida, sí, porque he pasado mucho tiempo pensando que tú y Jack...

—Lo sé —dijo Portia, apoyando su cadera contra la encimera—. Yo también lo pensaba. Pero nunca fuimos el uno para el otro. Me hizo falta enamorarme de Marco para entenderlo. Lo que Jack y yo teníamos... no era amor. No como debería ser cuando planeas casarte.

—No —el ceño de Stephanie se profundizó—. Creo que podrías tener razón en eso.

—Merecíamos algo mejor, los dos. Espero que Jack también encuentre a alguien, mamá. Espero que se enamore, como yo lo he hecho. Simplemente él no era para mí, y yo no era para él. Nunca habría funcionado entre nosotros.

Stephanie puso un brazo alrededor de los hombros de Portia. —Cuéntame sobre Marco.

Era un tema sobre el que Portia podría haber hablado durante horas, así que llenó el resto del tiempo que tenían, alabando su inteligencia y dedicación a la filantropía silenciosa, su papel en la empresa, su familia—. Oh, te encantarán, mamá, y ya han dicho lo mucho que están deseando conoceros a ti y a papá. Son ruidosos y un poco locos, pero muy divertidos y cariñosos —,

—Muy locos —coincidió Marco, sonriendo mientras entraba en la cocina, interrumpiendo, pero de una manera que era completamente bienvenida, especialmente cuando rodeó la cintura de Portia con sus brazos y la besó en la cabeza.

—¿Os casaréis en Italia o aquí? —preguntó Stephanie—. Perdón si es demasiado pronto para saberlo —,

Las miradas de Marco y Portia se encontraron y dijeron al unísono: —Italia.

Parecía apropiado, y ninguno podía decir por qué, solo sabían que la villa de Marco era especial e importante para ambos, que no podía haber nada mejor ni más correcto que prometerse amarse por toda la eternidad allí, entre las vides.

—Oh, maravilloso —los ojos de Stephanie se llenaron inesperadamente de lágrimas—. Qué romántico.

—Tendremos que sacarnos los pasaportes, ¿eh, cariño? —Gary, el padre de Portia, entró en la cocina con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones beige.

El corazón de Portia se hinchó con una mezcla de afecto vulnerable y adoración por sus padres y el hecho de que nunca habían estado en el extranjero. De repente, no quería que se detuvieran en Italia.

—Deberíais —asintió rápidamente—. Y usar Italia como punto de partida para el viaje del que siempre habéis hablado. Id a París y Berlín y Madrid, todos los lugares con los que habéis

soñado.

—Mi padre era artista —explicó Stephanie—. Tenemos una lista de las galerías que albergan sus obras más famosas. Siempre hemos dicho que algún día haríamos una peregrinación para ver su trabajo.

—Oh, deberíais hacerlo —dijo Portia, entusiasmada—. No sigáis postergándolo. Una vez que estéis en Italia, ya estáis a medio camino. Más que eso.

—Tiene razón, cariño —coincidió Gary—. No hay mejor momento que el presente, ¿eh?

Comieron el clásico almuerzo navideño de la familia Mason —pavo, verduras asadas, vegetales verdes, salsa de arándanos, gravy y relleno— y después, se retiraron a la sala de estar para el discurso del Rey y tazas de café.

Mientras estaban sentados allí, Marco desapareció. Portia no lo cuestionó. Se preguntó si incluso habría ido a echarse una siesta, en un coma inducido por el pavo, después de tanta comida.

Pero poco después, regresó, llevando algo grande a su espalda.

—Tengo un regalo de Navidad para ustedes —se dirigió a los padres de Portia.

—Oh —Stephanie pareció avergonzada. Naturalmente, no tenían nada para Marco, ya que no tenían idea de que se uniría a ellos—. Eso realmente no es necesario, Marco. El mejor regalo que podrías darnos es la felicidad de nuestra hija, y podemos ver lo bien que lo has logrado.

Sus ojos se encontraron con los de Portia y sonrió, una sonrisa especial y privada que le prometía el mundo. Curiosa, Portia se quedó donde estaba, preguntándose qué podría tener para sus padres. Fuera lo que fuese, era grande y rectangular. ¿Una fotografía? ¿De ellos?

Frunció el ceño.

Marco, sin embargo, era un enigma y ella realmente no podía adivinar.

—Aquí tienen —se lo entregó a Stephanie, luego vino a sentarse junto a Portia, tomando su mano.

Ambos observaron cómo, frunciendo el ceño, Stephanie quitaba cuidadosamente la cinta y desplegaba el papel de regalo. Y jadeó.

—Marco—,

Su voz temblaba. Todo lo que Portia podía ver desde su posición era un respaldo oscuro. Curiosa, se puso de pie al mismo tiempo que su padre, moviéndose cada uno a un lado de Stephanie.

Y también jadearon.

El cuadro era claramente una de las obras del padre de Stephanie, un conocido Richard Barry, una naturaleza muerta que Portia solo había visto en internet.

—Lo tenía en mi colección privada —dijo Marco, poniéndose de pie y moviéndose para estar junto a Portia—. Tan pronto como supe de tu conexión con él, quise devolverlo.

—Pero esto es... —los ojos de Stephanie brillaban—. ¿Tú eras el dueño?

Él asintió.

—A Marco le encanta coleccionar arte —dijo Portia, con una mezcla de orgullo y asombro, y tanto amor que casi la partía en dos—. Tiene muy buen gusto.

—Siempre he sido un admirador del trabajo de tu padre. Su uso de la luz es extraordinario.

—Sí —asintió Stephanie, con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Oh, Marco, no sé cómo agradecerte. Esto significa mucho para mí.

Él restó importancia a su gratitud. —Es justo que lo tengas tú. —Y Portia sospechaba que a partir de ese momento, Marco compraría cualquier pieza de Richard Barry que pudiera, sin importar el precio, con el interés de reunir las obras con la familia.

Nunca lo había amado más.

Finalmente a solas, de vuelta en el apartamento de Portia, porque querían ver un árbol de Navidad en la noche de Navidad y el suyo era la única opción, se acurrucaron en el sofá y reflexionaron sobre las últimas veinticuatro horas.

Todo había salido mucho mejor de lo que ella había imaginado.

Los ojos de Portia estaban pesados y su corazón rebosante, y cuando se quedó dormida, fue con una enorme sonrisa en su rostro.

UNA SEMANA DESPUÉS DE NAVIDAD, era Nochevieja, y Portia y Marco recibieron el año nuevo juntos, lado a lado, solo ellos dos. Y aunque su boda aún estaba a un mes de distancia, en esa noche invernal, en la finca de Marco, se hicieron una promesa mutua de que así era exactamente cómo planeaban pasar el comienzo de cada año que tuvieran la bendición de compartir.

POCO DESPUÉS DE AÑO NUEVO, los pies de Portia apenas tocaban el suelo cuando se dirigió a la oficina por primera vez en lo que parecía un siglo. Era tan diferente ahora de quien había sido entonces. Tan diferente y tan feliz.

Se deslizó en el asiento detrás de su escritorio justo un momento antes de que sonara un golpe en la puerta y un repartidor entrara con un enorme ramo de flores.

Parpadeó ante las rosas, con el corazón en la garganta, mientras extendía la mano y leía la tarjeta.

Mi siempre y para siempre, mi amor.

Apretó la tarjeta contra su pecho en un gesto totalmente instintivo, con los ojos cerrados, antes de que un zumbido en su teléfono la hiciera alcanzarlo.

El rostro de Marco le sonreía. Deslizó el dedo por el teléfono para contestar.

—Eres increíblemente romántico. Estas flores son hermosas.

El silencio recibió su declaración.

—¿Marco? Las enviaste tú, ¿verdad?

Él se rio ante eso. —Sí, yo las envié. Quería que pensaras en mí hoy.

—Oh, ya estaba pensando en ti.

Volvió a guardar silencio.

—¿Marco?

—Escucha —dijo él, con voz seria—. ¿Está Dante allí?

—Aún no. ¿Por qué?

—Acabo de enviarte un correo electrónico —dijo—. Léelo.

Ella frunció el ceño, encendiendo su computadora, con los ojos volviendo al enorme ramo de rosas mientras esperaba que arrancara. Y aunque había un montón de cosas que quería decirle a Marco, no lo hizo. Porque algo le decía que él estaba llamando por un asunto importante, y no era el momento de susurrarle dulces palabras.

Era un artículo de periódico. O más bien, una foto de uno.

—¿De hoy? —preguntó, escaneando el titular:

¡FUSIÓN Y MATRIMONIO DE ACTO!

Su corazón se aceleró.

—Esta mañana —confirmó él—. Ya te habías ido.

—Tuve un comienzo temprano —murmuró ella, leyendo el primer párrafo.

Después de más de un año de especulaciones sobre un cambio de manos, se ha confirmado hoy en una declaración del ex CEO de Acto Corp, Conrad Scott, que la empresa será absorbida por Valentino Investments. El Sr. Scott añadió, con deleite, que la fusión no es solo empresarial. Su hija, la CEO en funciones de Acto Corp, Andrea Scott, pronto se casará con el CEO de Valentino Investments, Massimo Valentino. La familia, según la declaración, está encantada.

El artículo continuaba describiendo la trágica pérdida de la esposa de Conrad Scott, y cómo esto marcó el comienzo del valor de la empresa. Portia dejó de leer, giró en su silla.

—Tienes que estar bromeando —dijo, sacudiendo la cabeza, sintiéndose indignada y herida en nombre de Marco *y* Dante y cada Santoro que había trabajado incansablemente para llevar a cabo este trato—. ¿Nos ha estado engañando?

—Dudo que el compromiso sea legítimo —dijo Marco—. Lo sabría si estuvieran involucrados. Los he investigado exhaustivamente.

—Y sin embargo, lo están —señaló Portia—. Según una declaración dada por su propio padre.

—Claro. —Su voz estaba llena de escepticismo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Hablar con Dante. No va a querer abandonar esto.

Portia asintió. —No puedo creerlo, Marco. Tenías razón...

—No tienes idea de lo poco que me complace eso.

Portia frunció el ceño. —Lo siento.

—Sabes, estoy enojado, porque odio la deshonestidad, pero lo gracioso de amarte tanto es que estoy bastante seguro de que nada podrá molestarme realmente de nuevo.

Portia sonrió. —Yo también —dijo, pero un momento después, Dante apareció en la puerta y era evidente por las nubes de tormenta en su rostro que ya se había enterado—. ¿Marco? Te llamo luego.

Terminó la llamada y se puso de pie, sacudiendo la cabeza con enojo. —¿Ya lo sabes?

—Reúne a la familia —dijo él, sombríamente—. Necesitamos hacer un plan.

FIN

A continuación, se presenta un extracto del Libro Dos de la emocionante serie RIVALES ITALIANOS, SEDUCIDA POR SU FALSO PROMETIDO MULTIMILLONARIO.

Extracto

Seducida por su Falso Prometido Multimillonario

Uno

ANDIE SCOTT NUNCA había sido propensa al nerviosismo. Incluso de niña, tenía la costumbre de lanzarse a cualquier situación con todas las armas. O saltar antes de mirar, como solía decir su madre.

Pero esta no era una situación cualquiera y Max Valentino no era un hombre cualquiera.

Con el corazón latiendo más rápido de lo que creía seguro, Andie estaba sentada en su coche frente a las elaboradas puertas de hierro forjado, esperando que la voz incorpórea volviera al intercomunicador. Afuera hacía frío. Había conducido a través de parches de nieve de camino aquí, y con solo bajar la ventanilla, su coche parecía un refrigerador.

—El signore Valentino ha accedido a recibirla —dijo la mujer, aunque el intercomunicador crepitó un poco. Un momento después, las puertas se abrieron hacia adentro, revelando un camino curvo flanqueado por álamos, antiguos y enormes, que le hicieron tomar una profunda bocanada de aire. Las colinas se extendían a ambos lados, hacia un sol poniente, y mientras se acercaba a la villa, un gran lago se alzaba rodeado de rosales y estatuas intercaladas con árboles cítricos.

Detuvo su coche de alquiler en el estacionamiento de grava frente a las puertas dobles de gran altura y anchura, ahogando un bostezo por el jet lag, y salió del coche, estirando los brazos por encima de la cabeza. La camisa que llevaba era de suave cachemir, y se soltó de la cintura de sus vaqueros al levantar los brazos, por lo que el fresco aire de la tarde le rozó la piel, provocándole piel de gallina. ¿O era la sensación de que la estaban observando?

Sus ojos se dirigieron a las ventanas, de las cuales había muchas incrustadas en las paredes de terracota de este lado de la villa, aunque estaban demasiado oscurecidas para ver a través de ellas correctamente, y se estremeció, pero no solo porque fuera principios de enero.

Se dirigió a la parte trasera del coche, sacó primero su chaqueta y se la puso, luego el portadocumentos que había traído, con los nervios disparándose en sus venas mientras cruzaba los anchos escalones de cemento que conducían a la puerta. En el centro de los escalones, la huella era más baja, después de siglos de uso. Andie, como siempre, estaba fascinada por la historia y el sentimiento de Italia, pero ignoró todo lo que no fuera relevante para su situación actual.

Esta conversación era de vida o muerte.

No quería pensar en cuánto dependía del éxito de sus negociaciones, pero si no actuaba rápidamente, el negocio se perdería para siempre. El legado de sus padres vendido al mejor postor, con Andie impotente para detener la venta o tener voz en la futura dirección de la empresa.

Perder a su madre casi la había destruido. Enviar a su hermano a rehabilitación había sido

como beber ácido. Ver a su padre vaciado por ambos eventos y no saber cómo aliviar su dolor porque el suyo propio era demasiado fuerte, le había provocado una culpa que apenas podía manejar.

Pero si el negocio se vendía, dejándolos sin nada del duro trabajo y éxito de sus padres, simplemente no podría vivir consigo misma.

—No mientras yo pueda evitarlo —masculló, sosteniendo los documentos cerca de su pecho mientras presionaba con el dedo el timbre dorado.

La puerta se abrió hacia adentro un momento después y una mujer —presumiblemente la misma mujer que había estado hablando con ella a través del intercomunicador— miró a Andie sin sonreír.

—¿Señorita Scott?

—Llámeme Andie —respondió, consciente de lo estadounidense que sonaba en este gran y resonante vestíbulo.

—Por aquí, por favor. —La voz de la mujer mayor tenía acento y sonaba ligeramente desaprobadora, aunque Andie no podía, ni por asomo, imaginar por qué. De todos modos, no importaba.

No había volado a Italia para hacer amigos. Esto se trataba de una cosa y solo una cosa.

Caminaron por el pasillo, pasando una amplia escalera alfombrada de rojo con una barandilla de madera tallada y sinuosa, sobre baldosas blancas y negras que brillaban con el reflejo dorado de la araña de luces en el techo. Al final del pasillo, la mujer llamó a una pesada puerta de roble.

—Adelante. —La voz del interior era profunda y retumbante, y aún más cargada de desaprobación que la del ama de llaves.

Andie tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta, deseando a medias poder alejarse. Olvidarse de toda esta estúpida idea. Y *era* estúpida. Absurda y arriesgada. Pero también era su último recurso. No podía dejar ir el negocio familiar.

No lo haría.

—Pase —dijo la mujer, abriendo la puerta y empujándola desde fuera, revelando una rendija de una oficina.

Andie dudó, consciente de que los próximos minutos iban a cambiar fundamentalmente su vida, sin importar cómo resultaran.

Tocó el collar que llevaba —una simple cadena pero con el anillo de compromiso de su madre colgando en el centro— rogando por fuerza mientras obligaba a sus piernas a moverse, llevándola a cruzar el umbral de una oficina que, notó rápidamente, era bastante magnífica. Los techos aquí eran tan altos como en el pasillo, las paredes con un acabado antiguo ligeramente texturizado y un riel de cuadros del que colgaban impresionantes obras de arte. Las ventanas enmarcaban cautivadoras vistas del campo, y donde no había ventanas, había estanterías, algunas cargadas de viejos libros de cuero, otras con pequeñas estatuas y piezas de, suponía, significado personal. No había fotos personales.

Pero fue el gran escritorio de madera en el centro de la habitación lo que atrajo rápidamente su mirada, como un imán, y más específicamente, el hombre detrás.

Max-Massimo-Valentino, el hijo mayor de la familia Valentino, era famoso por ser ambicioso, despiadado y frío. Había oído rumores sobre él, sabía que se suponía generalmente que la muerte de su mejor amigo tenía algo que ver con su tendencia a alejar a la gente, aunque Andie también sabía lo duro que trabajaba, porque en las últimas seis semanas, lo había investigado. Había hecho una investigación exhaustiva sobre su empresa, sus negocios, sus previsiones, sus estrategias, y sabía que para lograr lo que él había conseguido, se necesitaban

días larguísimos y una concentración casi infatigable.

Era esa concentración con la que ella contaba.

Eso, y la rivalidad con los Santoros que definía a la familia Valentino.

—Signore Valentino, gracias por recibirme.

Sus ojos eran de un azul penetrante, su cabello de un castaño oscuro, y su rostro tenía una simetría casi intencional. Su mandíbula era cuadrada, su nariz aguileña y sus cejas espesas. No sonrió, pero se puso de pie cuando ella se acercó —un signo innato de respeto— y cuando estuvo lo suficientemente cerca, le tendió la mano para que la estrechara —un gesto de igualdad que ella apreció.

—Andie Scott —dijo ella.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Acto Corp?

—Sí. —Exhaló un lento suspiro, sus propios ojos, también azules pero mucho más pálidos, inconscientemente mostraron dolor al mencionar el negocio tambaleante de sus padres. En unos meses, estarían en bancarrota, o el negocio sería vendido definitivamente, fuera de sus manos para siempre.

Su rostro reveló muy poco, su expresión no cambió, pero mientras le indicaba que tomara asiento frente a él, hubo un ligero movimiento en la base de su mandíbula, como si un músculo se contrajera involuntariamente.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Ella vaciló. Era posible que la información que había recibido fuera errónea, y que los Valentino no estuvieran tratando desesperadamente de presentar una oferta de última hora por Acto Corp. Que él realmente no supiera por qué había venido.

O era posible que estuviera fanfarroneando, haciendo que ella mostrara sus cartas antes de considerar revelar las suyas.

A Andie le había enseñado a jugar a las cartas uno de los mejores: no tenía sentido farolear cuando las apuestas eran tan altas.

—Voy a ir directa al grano —dijo, sentándose y cruzando una pierna sobre la otra.

—Por favor, hágalo.

—Usted sabe que estamos en medio de negociaciones para vender.

Algo oscuro y enojado destelló en las profundidades de sus ojos.

—Usted lo sabe —continuó ella, inclinándose un poco hacia adelante, encontrando ahora su terreno, porque *esto*, los negocios y las negociaciones, era algo en lo que realmente sobresalía—. Porque estamos negociando con los Santoros. No sé cuáles son los detalles de la rivalidad entre su familia y la de ellos, pero sí sé que son enemigos jurados y que harán cualquier cosa para superarse mutuamente como puedan.

Sus ojos se estrecharon ligeramente.

—Todo el mundo sabe que somos enemigos jurados.

—Ha estado tratando de recaudar capital para hacer una contraoferta, ¿no es así?

De nuevo, ese músculo se contrajo en su mandíbula.

—No puede permitirse comprar toda la empresa. Incluso en nuestro estado actual, el valor de mercado es demasiado alto. Si no hubiera invertido en una aerolínea y una cadena de hoteles justo antes de la pandemia, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación, pero su propia empresa está en apuros en este momento. Lo último que necesita es extralimitarse adquiriendo Acto, especialmente por un estúpido rencor.

Se reclinó en su silla, un estudio de relajación.

—Ha hecho su investigación.

—Siempre.

¿Era eso aprobación lo que brillaba en sus ojos? Ella ignoró el calor que se extendió por su cuerpo ante el gesto.

—La oferta de los Santoro es razonable. Quiero decir, nos están ofreciendo poco, pero no tan mal como podrían dado nuestro actual bajón.

—Son tan buenos tipos —dijo él con evidente sarcasmo.

Andie lo ignoró. No estaba interesada en su rivalidad, excepto en cómo podía usarla a su favor.

—He intentado que compren una parte de la empresa en lugar de toda, pero no están interesados en eso.

—Por supuesto que no lo están. Dante Santoro solo quiere hacer las cosas a su manera, eso significa el control total de todo lo que toca.

—Usted no puede permitirse comprar toda la empresa —dijo ella después de una pausa—. Pero puede permitirse fácilmente la mitad. Bueno, no exactamente la mitad —añadió con una sonrisa tensa—. El cuarenta y nueve por ciento.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Qué está sugiriendo?

Pero aquí es donde se ponía difícil.

—¿Honestamente? —Dijo con una ligera risa nerviosa—. Esto va a sonar un poco loco.

Arqueó una ceja oscura y bien definida.

—¿Loco?

Ella asintió rápidamente.

—Soy plenamente consciente de que mi sugerencia podría ser algo que usted rechace de inmediato, pero escúcheme.

—Continúe.

—Le venderé el cuarenta y nueve por ciento, ahora mismo. Con eso, frustraremos el trato con los Santoro. Usted gana.

Él se quedó muy quieto.

—¿Pero? —La instó, cuando ella no continuó.

Ella suspiró.

—Mi padre quiere vender. Los últimos años han sido... personalmente muy difíciles para nosotros —dijo, apartando la mirada, odiando que su garganta ardiera con lágrimas no derramadas y sus ojos se sintieran borrosos. "Muy difíciles" era una forma reductiva e insuficiente de expresar el tormento que habían vivido—. Él ya no quiere saber nada de Acto.

—Pero usted sí.

—No. Es el legado de mis padres y quiero, más que nada, mantener el control. Necesito un comprador que trabaje conmigo, en lugar de intentar una toma de control completa.

—Ya veo.

—Pero es más complicado que eso —admitió, poniéndose de pie, caminando hacia una de las estanterías y estudiando un pequeño pájaro de cerámica allí—. Cuando le planteé esta idea a papá por primera vez —de encontrar a alguien que invirtiera en la empresa en lugar de venderla toda— la rechazó por completo. Está acabado. Como dije, los últimos años...

—Han sido difíciles —terminó por ella, con un toque de impaciencia en sus palabras. Ella inclinó la cabeza para mirarlo y encontró sus penetrantes ojos azules fijos en su rostro con curiosidad no disimulada.

—Exacto. Él solo quiere cerrarse al mundo, pero creo que esa es la decisión equivocada. Sé que se arrepentirá. Cuando el dolor se desvanezca y las cosas vuelvan a la normalidad, querrá tener algo de su antigua vida a lo que volver. No se perdonará por deshacerse de la empresa.

—De acuerdo, estoy escuchando. ¿Cómo funcionaría esto?

—Bueno, la cosa es —dijo tentativamente, y de una vez—, si él pensara que esto es más que un negocio, creo que podría convencerlo.

—¿Más que un negocio?

—Oh, Dios. Escúchame —suplicó.

Un gesto de desaprobación torció sus labios.

—¿Y si dijéramos que estamos comprometidos? —No podía mirarlo mientras expresaba en voz alta la descabellada sugerencia que se le había ocurrido—. Solo por un tiempo —añadió.

—Comprometidos —Se levantó rápidamente, su cuerpo doblándose como una navaja desde la silla. Lo que demostraba que su primera reacción definitivamente no era de entusiasmo rotundo.

—Si papá creyera que esto es más que negocios, creo que podría ser persuadido —continuó—. Él piensa que estoy actuando por dolor también, y tal vez lo esté, pero aún sé que esta es la decisión correcta.

Las fosas nasales de Max se dilataron; ella prácticamente podía ver su mente trabajando. —Necesito pensar en esto.

—No hay tiempo.

Una ceja se arqueó.

—He retrasado esto todo lo que he podido. He tenido a nuestro equipo de contratos dando las excusas más ridículas, pero la empresa tiene que venderse, de una forma u otra. Estamos en la hora undécima.

Sus ojos se estrecharon, claramente poco impresionado con el plazo.

—Piénsalo —insistió ella—. Podrías alardear frente a la familia Santoro, que has conseguido lo que ellos desean desesperadamente.

—Has hecho tu investigación —repitió.

—Siempre.

Él se irguió. —Excepto por una cosa: no estoy interesado en casarme.

—Yo tampoco —le aseguró, aunque eso no era completamente cierto. En algún momento, esperaba conocer a alguien y enamorarse, encontrar a una persona tan adecuada para ella como lo habían sido su padre y su madre, pero por el momento, su corazón estaba demasiado destrozado, su atención demasiado dividida entre su padre, su hermano y la empresa, como para contemplar siquiera algo así—. Esto sería un compromiso falso, puro y simple. Apenas tendríamos que vernos, excepto para que parezca real ante mi padre, y en un sentido profesional, porque tengo la intención de estar muy involucrada en la dirección de Acto. Una vez que todo sea oficial, esperaríamos un tiempo, tal vez un par de meses, y luego nos separaríamos amigablemente. Papá se decepcionará, pero para entonces, habremos asegurado la empresa y con suerte él será más como él mismo. Lo suficiente como para alegrarse de que hayamos mantenido una participación controladora del negocio.

Max permaneció en silencio, mirándola pero sin ver realmente los rasgos de Andie. Se dirigió hacia la ventana, miró hacia afuera, pasándose una mano por la mandíbula.

—¿Y los Santoro?

—Encontrarán alguna otra empresa tambaleante donde meter su dinero —murmuró—. Mira, no tengo nada en contra de ellos. De hecho, han sido bastante razonables para tratar. Pero no

considerarían una compra parcial y yo no quiero vender todo.

—¿Y no consideraste otros compradores?

—Ninguno con la misma motivación que tú —dijo en voz baja—. Has estado tratando de arrebatar Acto de sus narices de todos modos. Solo te estoy facilitando eso.

—Yo también quiero una participación controladora.

—No tengo duda —murmuró—. Pero creo que podrías disfrutar frustrando a los Santoro casi tanto.

—Estás contando con eso, ¿no?

—Francamente, sí.

Su risa fue lo último que ella esperaba: un sonido oscuro y retumbante.

—Discutamos esto más a fondo —dijo en voz baja, volviendo a su escritorio y apoyando las palmas contra él—. Quieres que nos comprometamos —dijo, asintiendo una vez, como si mentalmente estuviera asimilando la necesidad de eso.

—Falso compromiso —añadió rápidamente—. Y a cambio, podrás comprar casi la mitad de la empresa.

—No.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Quiero el cincuenta por ciento.

Cerró los ojos. Era algo en lo que se había dicho que no cedería. —Eso es demasiado complicado. Tiene que haber un socio con mayor voto. De lo contrario, nos bloquearemos todo el tiempo.

—¿Y si estamos de acuerdo más de lo que anticipas?

—No creo que eso sea probable.

Su sonrisa fue más bien una mueca.

—Además —continuó, como si de alguna manera ella hubiera cedido a su estipulación sobre los porcentajes—. Tu concepto de nuestro compromiso necesita trabajo.

—¿Oh?

—Tú vives en Nueva York, yo vivo aquí.

—¿Y?

—No hay una persona en la tierra que crea que estoy comprometido con alguien con quien no vivo.

Algo estremeció la columna de Andie. Ese era un obstáculo que no había anticipado.

—No creo que haya forma de evitar eso.

—¿No? —Se estaba burlando de ella. Mofándose. El calor le subió a las mejillas y entonces resintió amargamente su inexperiencia con los hombres. Pero entre el alcoholismo de Carlisle y el deterioro de la salud de su madre, los últimos años realmente no le habían dejado mucho tiempo a Andie para formar relaciones.

—Tendrás que mudarte aquí —dijo encogiéndose de hombros, como si fuera la cosa más simple del mundo.

Escandalizada, sus labios se separaron. —No puedo hacer eso.

—Relájate. Es una casa enorme y puedes tener tu propio apartamento. Podríamos continuar viviendo vidas separadas, pero para el resto del mundo, el compromiso parecería más legítimo.

—No puedo mudarme a Italia. La sede de Acto está en Nueva York. Quiero construir la empresa, no esconderme en el extranjero y ver desde la barrera cómo se va a pique.

La consideró por un momento. —Dividiremos nuestro tiempo —dijo, de manera decisiva—. Iré a Nueva York, me quedaré contigo, pero también tendremos que pasar tiempo aquí. Acto no

sería la única empresa que superviso.

Cerró los ojos. Él lo estaba haciendo sonar tan razonable pero también, de alguna manera, tan íntimo. El uso de la palabra "nosotros" la hizo sentir como si hubiera dado un paso que no podría deshacer.

—¿No podemos simplemente... decir que soy anticuada o algo así?

—Tú podrías serlo, pero yo no. Lamentablemente, mi historial de citas está al descubierto. También el hecho de que ya he estado comprometido una vez, con una mujer con la que efectivamente vivía. Los Santoro, y tu padre, verán fácilmente a través de tu artimaña si no la hacemos parecer auténtica.

Se mordió el labio. —Pero nosotros no... no sería... —Se obligó a respirar profundamente y calmarse, a dejar de actuar como la virgen inocente que era—. No voy a tener sexo contigo ni nada parecido.

—Dios no lo quiera —respondió, con más burla en su voz profundamente acentuada.

—Hablo en serio.

—Yo también. Créeme, Andie, tengo tan poco interés en una relación personal contigo como tú conmigo.

—Es solo que vamos a trabajar juntos —explicó rápidamente—. Y no quiero que nada complique eso.

—Cuando estemos con colegas y socios comerciales, también tendremos que actuar —continuó él pensativo.

—Sí, ambos podemos fingir de maravilla —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pero a puerta cerrada, siempre habrá límites claros.

—Eso suena como una precaución sensata.

—Vale —exhaló ella con un suspiro tembloroso—. Espera un momento. ¿Estás de acuerdo con esto?

—Has interpretado perfectamente mis deseos —la elogió él con tono sombrío—. No me detendré ante nada para adquirir Acto, y tú me lo estás ofreciendo en bandeja de plata. Sería un tonto si dijera que no.

—Sí, lo serías —dijo ella con una sensación de alivio tan intenso que casi se desmaya—. Entonces, ¿por qué no echas un vistazo a estos contratos? Si estás de acuerdo, se los llevaré a papá mañana para que firme el trato.

SEDUCIDA POR SU FALSO PROMETIDO MULTIMILLONARIO ¡ya está disponible para reservar!

Libros de Clare Connelly

TÍTULOS DE HARLEQUIN

- Comprada para la venganza del multimillonario
- Inocente en la cama del multimillonario

Prohibido
La entrega de su noche de bodas
Quémame una vez
Atada por los votos del multimillonario
La temporada para pecar
Su seducción inocente
Unidos por su bebé de Navidad
Su secreto culpable
Heredero inesperado para el rey
El bebé de mil millones del griego
El bebé de la venganza del español
La novia tras el velo de mil millones
Continuidad Dare
Por mi Hart (Los infames Hart libro 1)
TÍTULOS INDIVIDUALES
La seducción navideña de su guardián
Robada por el rey del desierto
En manos del jeque
Su seducción de nueve meses
La novia por contrato del jeque
Seducida por el magnate vengativo
La novia robada del jeque
El bebé secreto del jeque
La novia de un millón de dólares del jeque
La amante virgen del magnate
La rehén virgen del jeque
Intercambiada al jeque
El matrimonio arreglado del jeque
Casándose por su heredero real
La venganza matrimonial del griego
El hijo del amor de Velasco

La novia virgen del sultán
Atada al jeque
La amante de los Medici
Su amoroso engaño
La conveniente amante del jeque
El amante prohibido de la princesa
Casándose con su enemigo
La indecente proposición de Rakanti
Seduciendo al español
La novia inocente del italiano
El affaire prohibido del magnate griego
Los términos de su affaire
Una segunda oportunidad para el amor
La amante navideña del jeque
A las órdenes del jeque
La venganza navideña del multimillonario
Seducida por el magnate italiano
Criando al hijo del soldado
Calentando la cama del jeque
La cautiva navideña del magnate
La amante olvidada del brasileño
Traicionada por el director ejecutivo
La venganza despiadada del multimillonario
La traición del multimillonario italiano
La princesa reticente del sultán
Amor en la vía rápida
Comprada por el jeque
La seducción veraniega del magnate
Todo lo que quiere para Navidad
Una noche con el jeque
Un lecho de promesas rotas
Tentada por el multimillonario
El deseo navideño del jeque
Al mejor postor
El bebé secreto del magnate
Acostándose con su inocente amante
El trato del bebé del jeque
La virgen cautiva del griego
La novia heredada del jeque
Reclamando a su bebé secreto
Chantajeada por el español
Su Navidad sorpresa con un bebé
COMPENDIOS
Novias Casacelli
Magnates mediterráneos
Gobernantes del Desierto

Chicos Malos Multimillonarios
Demasiado Caliente para Manejar
Reyes del Desierto
Felices para Siempre
El Café de los Brotes de Mayo
Bodas Reales
La Serie Evermore

Únete al Club

¡N*unca te pierdas un nuevo lanzamiento o sorteo!*

Suscríbete al boletín de Clare para mantenerte al tanto.

Consulta la lista completa de libros y biografía en

www.clareconnelly.com

Sigue a Clare en las redes sociales como @Clarewriteslove (porque lo hace)

Y si te encantó este libro, por favor tómate un momento para dejar una reseña cuando hayas terminado. ¡Gracias!

Si te encanta escuchar tus finales felices, no olvides que puedes encontrar LA SERIE EVERMORE en audiolibros, con nuevos títulos que se lanzan constantemente.

Disponible en audible.com y iBooks.

La imagen muestra un dibujo animado de una mujer sentada en el suelo escuchando un audiolibro. Tiene el pelo largo y lleva pantalones rosas y una camisa azul.

A continuación encontrarás una lista completa de los títulos de Clare Connelly: más de 80 novelas románticas para enamorarse una y otra vez. ¡Feliz lectura!